

Colum McCann

Trece formas de mirar



Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Trece formas de mirar

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Donde estás, ¿qué hora es?

SHJOL

Tratado

Nota del autor

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En la *nouvelle* que da nombre a este libro, un juez octogenario rememora su ilustre pasado e intenta tomarse con humor un presente penoso, sin saber que esa mañana será la última de su vida.

En «Shjol», una madre se enfrenta a la desaparición de su hijo mientras nadaba en el mar, lo que la llevará a reflexionar sobre la limitación de las palabras a la hora de referirnos a la pérdida. En «Tratado», una monja descubre en las noticias que el hombre que la secuestró y abusó de ella, miembro de la guerrilla latinoamericana, está vivo y se hace pasar por un agente de paz. Y en «Donde estás, ¿qué hora es?», un escritor trata de elaborar una historia creíble sobre una marine estadounidense en Afganistán que llama a su casa por Navidad.

*Para Lisa, Jackie, Mike y Karen. Para todos los que siguen construyendo
Narrative 4.
En memoria de mi padre, Sean McCann.*

TRECE FORMAS DE MIRAR

I

*Entre veinte montañas cubiertas de nieve,
lo único que se movía
era el ojo del mirlo.*

La primera está escondida bien arriba, en una biblioteca de caoba. Ofrece una panorámica de la habitación en la que él duerme acostado en una cama de matrimonio, entre un montón de almohadas.

El cabecero tiene una talla intrincadísima. El somier, forma de trineo. El edredón, motivos amish. Sobre la mesita de noche de la izquierda reposa una urna. Un reloj de linterna antiguo cuelga en la pared, cerca de un espejo de plata alargado que el tiempo ha oscurecido y llenado de motas. Debajo del espejo, en un rincón, casi oculta a la vista, hay una bombona de oxígeno pequeña.

En la butaca, lejos de la cama, reposan media docena de almohadas, y varios cojines ocupan una silla de roble con reposabrazos de cuero.

En el escritorio, al lado de la puerta, hay varios papeles cuidadosamente apilados, un abrecartas de plata, un sello seco y un portátil abierto. Se ve una pipa, pero ni caja de tabaco, ni cerillas ni cenicero.

Obras contemporáneas: tres paisajes urbanos, líneas y bloques nítidos, y una pequeña marina en la pared de la puerta del baño.

Y en medio de todo aquello, él yace en la cama hecho un bulto; la cabeza, apenas un borrón.

II

*Me debatía en tres puntos,
como un árbol
en donde hay tres mirlos.*

Nací en mitad de mi primerísimo discurso. Debería levantarse, buscar un cuaderno y anotar la frase, pero, como en la habitación hace un frío glacial y la calefacción no está en marcha todavía, prefiere no moverse. Al menos las sábanas están tirantes y calentitas. Puede que Sally haya entrado a arroparlo otra vez, porque ahora le viene a la memoria su travesía, o sus varias travesías, o —para ser más precisos— sus infinitas travesías al baño. *Nací en mitad de mi última travesía heroica.* Arriba, el ventilador del techo da vueltas. Los de mantenimiento han cambiado el sentido del giro. Pero ¿cómo va a dar calor un ventilador que gira en sentido contrario? Si pudiéramos dominar la corriente, cambiar el sentido del giro... *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado.* Curioso, que se replantee lo de sus memorias a su edad, pero ¿qué otra cosa va a hacer? Lo flojo de las ventas, en los ochenta, fue una auténtica sorpresa, tan bien editadas, tan bien presentadas, tan bien corregidas. Con todos los detalles. Ni tragándose una píldora de humildad habría imaginado que sólo iba a vender unos cuantos ejemplares aquí y otros allá, pero casi todos acabaron en las mesas de saldo a los tres meses. *Nací en mitad de mi primer fracaso público.* Pero, a ver, ¿eso cuándo fue, de verdad? *Nací la primera vez que le hice el amor a Eileen. Nací cuando toqué la mano de mi hijo Elliot de bebé. Nací cuando me senté en la cabina de un Curtiss SOC-3.* Va, gilipollec. Gilipollec con DOBLE ELE mayúscula. Para ser sinceros, nació en medio de ese primer caso, cuando, ayudante del fiscal del distrito recién salido del cascarón, se plantó en el tribunal de Brooklyn y les dio a sus palabras la forma exacta que había soñado, y penetraron en el aire y las vio revolotear, y advirtió el efecto que provocaban en las caras del jurado,

hombres todos, y en el comprensivo juez, que sonrió con algo muy parecido al orgullo. *Un discurso muy sólido, señor Mendelssohn.* Y en ese preciso momento supo que nunca iba a dejarlo. El derecho era lo suyo. ¿De eso cuántos eones hace, ahora? Debería anotarlo. Pero la edad tiene ese problema, ¿no es cierto? Tienes impresiones, pero te faltan fechas. Y a la que das con las fechas, la impresión la pierdes.

Lápiz y papel, Sally, querida, ¿es pedir demasiado? *Nací en mitad de mi primerísima pérdida de memoria.* ¿Se puede saber por qué no tengo nunca papel al lado de la cama? ¿Debería usar una grabadora? Un portento digital de éstos. Puede que mi BlackBerry tenga una; a fin de cuentas, todo lo demás ya lo tiene. Últimamente le ha dado por embutirla en el bolsillo del pijama, donde pasa toda la noche con la lucecita roja parpadeando. Máquina prodigiosa, le trae noticias de los triunfos y los terrores más recientes mientras él se adormece y ronca. Golpes de Estado y revoluciones y rebeliones y desgracias variadas, todos cómodos en la cama, planeando su fuga.

Curioso: los pijamas los diseñan para que el bolsillo quede en el lado izquierdo, encima del corazón. ¿Con criterios médicos, tal vez? Un pequeño compartimento para el doctor. Un sitio donde poner los *stents* y los tubos y las píldoras en caso de ataque. Los accesorios de la edad. Tendría que preguntárselo a su viejo amigo, el doctor Marion. ¿Por qué está el bolsillo encima del corazón, Jim? Tal vez no sea más que cosa de la moda, un tic. Y a todo eso, ¿quién diantres inventó el bolsillo del pijama? ¿Y con qué propósito? ¿Para que quepa un poquito de pan o una galletita salada o una tostada, por si de noche nos entra el hambre? ¿Es un escondrijo para antiguas cartas de amor? ¿Una funda para el *alter ego*, que, ahí fuera, espera entre bambalinas?

Ay, la mente va vagando, planea su fuga: por la ventana escarchada. Y a todo eso, ¿quién inventó el lado fresco de la almohada?

Bajo la sábana, mueve un poquito los dedos de los pies y los frota los unos contra los otros despacio, deja que el calor vaya reptando cuerpo arriba. Nunca ha entendido las calefacciones de Nueva York. Tanta tubería subterránea y tanto camión de gasóleo y tanta reunión de la junta del edificio a propósito de la caldera, tanto premio nobel de ingeniería y arquitecto

sabihondo y experto en calentamiento global, un auténtico grupo de sabios, genios todos ellos, y ni así te libras de ese espantoso clac, clac, clac de todas las mañanas. Es Dante, en el sótano, tratando de dar una capa de imprimación a las tuberías. Por Dios bendito, cualquiera diría que en el siglo XXI podrían resolver el misterio de la puta calefacción, y perdón por lo soez de mi inglés, y de mi polaco, y de mi lituano, pero no, no pueden, nunca han podido y es probable que no puedan jamás. No encienden la caldera hasta las cinco de la mañana a menos que en la calle estén como en Siberia Oriental. El portero del edificio es maestro de ajedrez, de Sarajevo, se ha enfrentado a Spaski, se jacta de su capacidad cerebral y dice que es miembro de Mensa, ¿y ni él puede poner en marcha la condenada calefacción?

Coge la BlackBerry y la resucita a golpe de tecla. Todavía faltan veintidós minutos para que las tuberías empiecen a chutar como es debido. Se siente tentado de saltarse su ritual, de hacer una consulta anticipada a las noticias y al email, pero vuelve a guardar la BlackBerry en el bolsillo del pijama. *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado y salí a Court Street con alas en los pies.* No es del todo cierto. Nunca he tenido alas en los pies, ni siquiera entonces. Siempre he andado rezagado. No soy un Joe DiMaggio ni un Jesse Owens ni un Wilt Chamberlain. Las alas las había guardado plegadas, ocultas en el lenguaje, en la entonación, en la forma de sus palabras. A veces pasaba la noche entera despierto, sentado a la mesa de caoba, puliendo frases. De joven quiso ser escritor. La fuente del Helicón. *Nací en mitad de mi primera contradicción.* Los grandes discursos no tenían nada que ver con la sustancia. El estilo lo era todo: la palabra precisa en el momento adecuado. Hasta el más tonto sabe que una frase rimbombante aquí y otra allá pueden sacarle brillo a cualquier estupidez. En la sala, estudiaba las caras del jurado para ver qué palabras podría deslizarles piel abajo. Garbo de orador y silueta de serpiente, ¿o garbo de serpiente y silueta de orador, más bien? Era un cumplido, como fuera. Hasta las eses de la serpiente son sibilantes.

A Eileen le encantaba leer sus discursos, sobre todo en los últimos tiempos, después del ascenso al Tribunal Supremo de Kings County, cuando siempre tenía algún periódico detrás buscándole las cosquillas, el *Village Voice*, el *New York Times*, ese periodicucho de tres al cuarto de Nueva

Ámsterdam, ¿cómo se llama? El *Brooklyn Eagle*, no, ése lleva tiempo fuera de circulación. Una vez, en una caricatura lo sacaron como una mantis religiosa. Le habían dibujado una cara odiosa, esas mejillas caídas, esos lentes encaramados en la nariz, la tripa como colgada en bandolera mientras masticaba a otra mantis religiosa. Idiotas. No habían entendido nada. Es la hembra la que se come al macho al término del combate amoroso. Con todo, aquello no era un cumplido, precisamente.

¿Y por qué a los jueces siempre los presentaban como imponentes montañas de carne? Él era de lo más flaco, de toda la vida. Una estaca. Un espantapájaros. Hasta en un cuchillo de carnicero había más grasa, solía decir Eileen. Pero los dibujantes de viñetas cómicas, y hasta los de la sala de vistas, se empeñaban en darle un tris de papada o un pelín de tripa. A Eileen eso la sacaba de quicio. Llegó a racionarle las calorías hasta que ya casi ni se veía en el espejo cuando se ponía de perfil. Él pensaba que la vejez, dadivosa, lo libraría de la vanidad y, sin embargo, últimamente ésta se hacía notar todavía más: la piel que colgaba, las arrugas, los ojos sorprendidos ante la visión de sí mismo. El otro día alcanzó a verse fugazmente en el espejo, ¿y cómo demontre se me ha puesto la cara del padre de mi padre? Los años no llegan, no, se presentan sin que nadie los haya invitado, se cuelan por la puerta y hacen estragos, la vajilla vacía, las venas rotas, las cuencas de los ojos hundidas, las encías doloridas, pero quién es él para quejarse, ha tenido muchos años para ir acostumbrándose, no es que fuera un Adonis, para empezar, y a la chica se la llevó igual, la encandiló, le robó el corazón, la pilló, sí, *nací en mitad de mi primer gran amor*.

Deja caer el brazo al otro lado de la cama. *Saudade*. Buena palabra. Portuguesa. Acércate, Eileen. Ven a acurrucarte aquí a mi lado. Jamás hubo palabra más certera. La añoranza de lo ausente.

Ella siempre le decía que sus primeras actuaciones en el tribunal de Brooklyn derrochaban paciencia, astucia e ingenio. Una referencia literaria; Eileen era fan de Joyce. Silencio y exilio. En casa le planchaba la camisa y el cuello todas las mañanas, y cada vez que ganaba un caso le compraba una antología poética y una corbata de las de la tienda de Montagu Street. Podría haberlas colgado todas, de casa al taller de los chinos: las corbatas, claro está, no las antologías. Eileen debía de mantener ella sola a las costureras de

Gucci, con la de corbatas que había colgadas en el armario, todas perfectamente ordenadas, cuidadosamente identificadas y dispuestas. El pelo oscuro de Eileen, su naricita respingona, ese lunar solitario en el borde de la mejilla. Preciosa, ayer y siempre, como la chica de la canción. *Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo*. A veces todavía rocía un poco de perfume en la almohada de Eileen, sólo para oler y fingir que sigue allí. Sentimental, por supuesto, pero ¿qué es la vida sin sentimiento? Y, aceptémoslo, ¿cuál fue la última vez que lo asaltó un acceso de lujuria de la buena? Pregúntaselo a la BlackBerry, ella lo sabrá. A fin de cuentas, todo lo demás ya parece saberlo: hijos caprichosos, hijas con el corazón roto, otro vertido más en el Golfo.

Oye a Sally, que ya se ha levantado y está en la cocina. Las cucharas que repican. El platito que se desliza. El contacto de la taza de té. El tilín del vaso naranja. La licuadora que sacan del armario. El suave suspiro de la cinta de goma de la nevera. El chirrido del cajón de abajo. Van saliendo las zanahorias, las fresas, la piña, las naranjas, y después, sigue el ruido del hielo. El jugo de frutas. Sally dice que debería llamarlo batido, pero a él no le gusta la palabra, tal cual, de batido eso no tiene nada. El otro día, en el parque, arrastrándose como de costumbre —el verbo no puede ser otro, ahora se arrastra todos los días—, vio a una mujer en los bancos, cerca del lago, con unos limones de aspecto jugoso estampados en el pecho de la sudadera, y a él no le quedó más remedio que admitir, a su edad, que la analogía era acertada. Le presentaba sus disculpas a Eileen, por supuesto, y a Sally también, y a Rachel, y a Riva, y a Denise, y a MaryBeth, y a Ava, por supuesto, y a Oprah, y a Brigitte, e incluso a Simone de Beauvoir, ¿por qué no?, y al resto de las mujeres del mundo, disculpas a todas, pero sí que eran jugosos, cómo botaban, con ese breve gajo de piel oscura que los coronaba, y hubo un tiempo, de eso hace mucho, en el que les habría dado un buen estrujón, que no me vengan ahora con batidos. Él tuvo su fama, pero aquello nunca pasó de pasatiempo inofensivo. Nunca se apartó del buen camino, aunque un poquito de ganas sí que tuvo. Perdóname, Eileen, por esas ganas y más ganas y más ganas. Fueron los colegas conservadores del tribunal los que le echaron el mal de ojo. Mojigatos. Menudas ciruelas pasas, o ciruelos, o las dos cosas: ¿qué sería lo que, maniobras partidistas aparte, propició su elección? ¿Qué

estarían pensando? ¿Que un hombre debe ocultar su vida bajo la toga? ¿Que debe volver a meter su aventurera cabeza en el caparazón? ¿Que el único ruido que iba a hacer sería el del mazo? No, no, no, de lo que se trataba era de pelar la vida. De extraer el líquido. De olvidarse de la pulpa. De exprimirla. El Jugo del Judío. Un batido.

Ay, los meandros de la mente. Disculpa, Eileen. Fui apasionado, y la palabra es ésa. Podría decirse incluso que tuve mis coqueteos. Nada más. Nunca fui de los que se ponen pesados. Eso, en cambio, había quedado para el pequeño Elliot. Vaya lástima. Y ahora míralo, al pobre. Pero dejémoslo ahí. No es manera de empezar el día, con el bala perdida de su hijo y sus ojos traviosos, traviosos como sus manos, sus oídos, su garganta y su billetera.

Ya empieza a oír los primeros ruiditos. Vamos, calor, date prisa. Avanza tuberías arriba.

¿Por qué será que Nueva York no ha dado un genio precoz que arregle el problema de la calefacción? Con la de niños que nacen en esta gigantesca metrópolis, cualquiera diría que al menos a uno el ruido de las tuberías y el silbido del vapor iban a sacarlo de quicio. Que alguno resolvería su dilema cotidiano. Pero no, no, no. Todos acaban tirando para Wall Street y Broadway y Palo Alto y Los Álamos y para donde sea, y cuando vuelven a casa se encuentran con un apartamento pensado para cavernícolas.

Y a todo esto, ¿cuánto valdrá este apartamento de mala muerte? Hace veintisiete años, medio millón. Vendieron el adosado de piedra caliza de Willow Street y enfilaron rumbo al Upper East Side. Y todo para que Eileen estuviera contenta. Le encantaba pasear por el inmenso prado del parque, relajarse a orillas del lago, hacer excursiones a la panadería Greenberg. Hasta llegó a colgar una mezuzá al lado de la puerta de entrada. Para proteger su inversión, más que nada. Ahora son dos millones de dólares, dicen, dos doscientos, tal vez, dos cuatrocientos, ¿y ni así pueden encender la calefacción antes de las cinco de la mañana? ¿Podemos poner a un negro en la Casa Blanca y no somos capaces de estar calentitos? ¿Logramos enviar una misión a Marte y tenemos que estar helándonos las pelotas en la calle Ochenta y seis? ¿Hemos conseguido guardar la BlackBerry en el bolsillo del corazón del pijama y no podemos guiar el vapor pared arriba sin armar un escándalo?

Pero aquí viene, aquí viene. El primer ruidito del día. Como si ahí abajo hubiera un tipo desgajando las tuberías. El segundo ruidito. El tercero. Y un golpe. Topetón, mamporro, golpetazo. Un buen tipo, este Dante. Esto sí que es una divina comedia. Abandonad toda esperanza. Jazz en las tuberías de la calefacción. Ay, ojalá. Despiértame, Thelonious Monk. Ven a pasar una temporadita en los conductos de vapor. Y date una vuelta por el sótano, ya que estás.

—¡Sally!

Oye cómo el aparato aplasta el hielo, el tartamudeo de las cuchillas y el golpe seco contra el recipiente de vidrio.

—¡Sally!

El exprimidor se detiene poco a poco, el ruido se atenúa hasta convertirse en silencio.

—¡Sally! ¡Ya me he levantado!

Algo que, evidentemente, no ha hecho. De ninguna manera. Le han colgado una barra blanca al lado de la cama y otros artilugios que le ayudan a levitar por las mañanas. En un momento dado, Elliot hasta quiso instalar en el cuarto una grúa hospitalaria. Como si él fuera una especie de contenedor gigante. *Te hace falta una grúa, papá.* Grúa, los cojones, hijo querido. La ganzúa de la grúa la robó la cacatúa. A Eileen, huelga decirlo, la rima no le habría parecido gran cosa: a ella le gustaba una poesía de signo muy distinto, nunca fue amiga de sus versitos baratos. Era fan del irlandés ese, Heaney, y sentía debilidad por otro greñudo que se llamaba Muldoon. Iba a sus recitales siempre que se le presentaba la ocasión. A la caza de los bardos bullangueros, Eileen siempre le arrancaba una sonrisa. Una vez él vio a los dos poetas, estaba en una cena, en el Waldorf: tendrían que haber escrito una rima sobre el pollo correoso y los camareros de paso pausado. Cruzó la sala, se puso a la cola, sacó su pluma buena, hizo que los poetas le firmaran una servilleta y la escondió —tenía miedo de que lo pillaran con las manos en la tela, un juez derecho al banquillo— y la llevó a casa para dársela a Eileen, que, apretujándola, se la acercó al camisón y luego le dio un señor beso de buenas noches: te veo en mis sueños.

Vaya. Ruido. De. Cojones. Esta. Mañana. Pero hete aquí, por fin, el sonoro silbido del vapor. Ya lo nota, empieza a inundar la habitación. Buenos días, Thelonious. Levantémonos, cantemos, a la gloria del Señor. Katya solía cantársela, de eso hace muchos años. Con esas cancioncitas para jugar al dreidel.

Coge bien la barra, ladea las rodillas y las apoya en la cama, se desliza para moverse debajo de las sábanas y mecagüendiós. Ahora la nota, debajo de los pantalones del pijama. Le ha puesto una compresa. Sí, una compresa. Ni más ni menos, con otras palabras, que un pañal. ¿Por qué narices lo hará? Un condenado pañal. ¿Y cuándo diantres se la puso? ¿Y cómo es posible que él no lo recuerde? Se acuerda del ruido de los coches en Court Street de hace cincuenta millones de años, se acuerda de Heaney en el Waldorf, y de Muldoon también, se acuerda de que al nacer era un joven abogado, por el amor de Dios, de la tienda de corbatas de Montague Street, de Katya y sus cancioncitas, se acuerda de cuando se montaba en el SOC-3, pero no es capaz de recordar a Sally endilgándole una compresa esa misma mañana.

Los perros negros de la mente.

—¡Sally!

Alta y larga, un rato, pero de paso ligero no es, precisamente. ¡Sal, Sally! Sally la Losa, a la de una no sale. A la de siete, más bien. A la de ocho.

—Ya casi estoy aquí, señor J.

Bueno, como Janucá. Y como el siglo XXI. Y como el fin del mundo visible. Date prisa y ayúdame, mujer. Un condenado pañal. ¿Por qué demonios me has enchufado este cochambroso cacharro? ¿Qué he hecho yo para merecerlo? ¿Qué crimen? ¿Qué crueldad? ¡Un pañal! Puede que ochenta y dos años atrás necesitara uno, cierto, Sally querida, y perdón por lo soez de mi polaco y de mi lituano y de mi yiddish a medio cocer, pero coño, ya, mujer, ahora no me hace falta.

Está bajando de la cama, prácticamente flotando en el aire, cuando oye un débil resuello y, después, pasos en el corredor. Que se arrastran despacio. Sally se detiene, para tomar aire, quizá, y a él le cuesta un rato decidir si avanza hacia él o en sentido contrario. Las miradas impacientes al reloj. El agua que hierve. La calma al andar.

La crueldad del tiempo. Cuando lo necesitas nunca alcanza, y cuando ya no te sirve, siempre sobra.

—¡Salllly!

Otro suspiro, un «ay, no...» bien audible, cuatro pasos más y, después, el pomo dorado que gira.

—Aquí me estoy, señor J.

Aquí me estoy, aquí se está, ¿es que en Tobago no hay reglas gramaticales? Funden el idioma. Lo confunden. Lo transfunden. No tienen manual de estilo que valga, ni el de la Universidad de Chicago ni el de Strunk y White. Sally no firmará nunca un artículo en el *New Yorker*, eso seguro. Ni en el *Times*, ni siquiera en el *Daily News*. Un hueco en el *Post* sí que podría buscárselo, pero justo, justito, raspando, por el pelito de su barbilla.

Y, sin embargo, su cadencia tiene un no sé qué encantador. Habla con monedas relucientes en la voz. Con una pandereta en la garganta. Se ha tragado un pájaro, esta Sally James, el primero de la mañana. Ahí entra, tan campante, fresca como la copa de un árbol, alta como una secuoya, fuerte como un roble. Su figura en la cama, encima de él. Los pendientes que se balancean. Su pelo disparado en ángulos fantásticos. Media vida con ese peinado. Rulos y planchas y peines y artilugios de todo tipo. Al principio, la oía levantarse a las cuatro de la mañana sólo para arreglarse, con los rulos y el secador y las trenzas.

Tiene un olor muy suyo, un buen olor, como de cera para muebles, querida Sally de Tobago, ¿o era Trinidad? Y a todo eso, ¿en qué se distingue un sitio del otro? Y, francamente, ¿a quién le importa un pimiento? ¿Qué más da que Sally sea del norte, del sur, del este o del oeste, de arriba o de abajo, cuando lo fundamental es que él lleva pañales y tienen que quitárselos rápidamente, sigilosamente, *ahora*?

¿Cómo diantres ha podido pasar, Sally? ¿A qué horas se le ha aparecido?

Imagina, el pijama bajado hasta los tobillos, el bolsillo, todavía sobre el corazón, el reloj de la BlackBerry, tictac, ¿y qué le habrá parecido, o le parecerá, mi herramienta? No soy hombre de manguera larga. Cuántas veces la ha visto ya, enrollada o desenrollada. Hecha un caballito de mar. Encapuchada. Que los vivos no se rían. Esperemos.

—¿Sally?

—¿Sí, señor J.?

—¿De verdad necesito el equipo de invierno?

Se ha convertido en su frasecita: el equipo de invierno. La idea de llamarlo pañal lo irrita, y compresa de incontinencia es una retahíla tan larga que casi no cabe en la boca, ni en la mano, bien mirado, ni un balde, ya puestos. Y en vez de cambiar el pañal, ¿qué es lo que dicen los ingleses? Qué extraordinario dominio de las palabras, el suyo, han aprendido a usarlas de los irlandeses, o eso decía siempre Eileen. Pero hasta los grandes maestros de la lingüística fracasan aquí. Mudar el pañal, parece que dicen en Inglaterra. ¿A qué genio se le ocurrió, por todos los santos? ¿A qué mente preclara de Oxford?

—No me gusta, Sally.

—Así no se desgracia mientras duerme, señor J.

—Pero me desgracio al levantarme, vaya que sí.

Sally echa la cabeza para atrás y enseña una boca llena de empastes negros, pero no es cosa de risa, Sally, no es cosa de risa en absoluto. Aquí me tienes. Y allí me estoy. Se encorva hacia mí, el perfume fuerte, el pelo que me hace cosquillas, y aparta el nórdico ejecutando un rápido tirón de sábanas. Oh, ¿habrá algo peor en estos negros mundos de Dios? Él se mueve en la cama para ponerse de lado y lo nota al instante. Enciérreme, señoría. Tire la llave. Oh, Señor, te has meado y te has cagado encima, Mendelssohn. ¿Quién es el dueño de este cuerpo, esta inmunda casita en ruinas, esta mansión majareta? ¿Quién nos ha asignado esta infecta comedia? De divina no tiene nada. ¿Y cómo diantres he podido quedarme dormido con eso encima? El anciano meón que llevo dentro. Una fuente del Helicón, en efecto.

Ella lo sujeta y alarga la mano para coger el andador Zimmer; y a todo eso, ¿quién demonios era ese tal Zimmer? Él se inclina hacia delante y dice que ya se encarga él del resto, de quitarse el equipo de invierno, de bajar esquiando hasta pie de pista.

Y entonces dice: Por favor.

Oh, acaba del todo con este cuerpo, Sally, rómpelo en pedacitos, que así podré andar con la cabeza y el corazón todavía en funcionamiento, dejar las piezas inservibles atrás. Id con Dios, tripas, colon, bolsillo del pijama,

próstata errante, piezas insostenibles vosotras todas. Dejad que la mente de Mendelssohn merodee. Dejad que el corazón salga de paseo. Decidle adiós al viejo cascarrabias. Siempre he obrado conforme a las leyes de la naturaleza. Es un niño desnudo contra un lobo hambriento. *Nací en mitad de mi primerísimo cambio de pañal.* Ni siquiera del primero, a decir verdad.

Vuelve a inclinarse hacia Sally y siente sus brazos fuertes y robustos y su mano en los riñones, ¿y quién habría dicho que la última mujer de su vida tendría unos pechos tan redondos y generosos como los de Sally? Suaves y fragantes. Redondos y jugosos. Blandos y abundantes. Eres una buena mujer, Sally James, de Tobago, o de Trinidad, o de Jamaica Plains, o de donde sea, ¿y cuánto te pagaba? Tengo que asegurarme, reasegurarme, requeteasegurarme, de que en mi testamento haya algo para ella, tiene buen corazón, y también buenas intenciones, por mucho que la gramática se le atravesase, aunque también se me atravesara a mí de vez en cuando, *yo es, yo soy, yo era, yo seré*, pero, oh, me sujeta flotando en el aire, ahora todo se reduce a una cuestión de ciencia, levántame, llévame a la cima de la montaña, resucítame, corre la piedra, y él siente que el cuerpo cruje y avanza, a la de siete, y se medio desploma sobre el andador y suelta un gran suspiro de alivio, aunque nota el contenido del equipo de invierno allá por los bajos.

—Con cuidado, señor J.

—Tú llévame a la iglesia a tiempo.

—¿Eh?

—Al baño, Sally. Al baño.

—Sí, señor.

Dilata las fosas nasales, Mendelssohn. Date prisa. Espabila. Basta ya de crujidos. Dale tiempo a la vida y ella resolverá todos tus problemas, hasta el de estar vivo.

—Está pálido, señor J.

—Nunca me había sentido mejor.

—Nos olvidábamos —dice ella.

Sally cruza la habitación y se agacha en el vestidor. Tensando el blanco del uniforme en dos mitades exactas. Soy un hombre terrible, pero, Señor, hay vistas muchísimo peores. Más vale taparse los oídos y la boca, pero, a mi edad, ¿no podría echar ni una miradita?

—¿Me olvidaba de qué, Sally?

Y ahí que aparece, toda carne y sonrisas, columpiando un par de pantuflas en el aire.

—¡Ay, Sally, no necesito ningunas pantuflas ridículas!

—¿Señor J.?

—¿Me has oído? Nada de pantuflas, mujer.

Sally se agacha, le da unos golpecitos en la pierna y consigue que, al menos, levante el pie.

—Es para que no resbale, señor J.

—Esto no es una condenada pista de patinaje, Sally.

Ella le clava el blanco de los ojos y él levanta el pie derecho en un delicado gesto de disculpa. Ay, Sally, pero ¿tenías que escoger las de pelo? ¿No había un par más discreto? ¿Se ha reducido mi vida entera a unas pantuflas peludas? Y tampoco son de las de Brooks Brothers, que me quedan como un guante. ¿De verdad tenías que ponerme pañales en plena noche? ¿Ha vuelto a buscarse líos el traicionero de mi hijo? ¿Les ha pasado algo a mis preciosos nietos? ¿Ha regresado ya mi hija de su misión de paz?

Se alegra, se alegra muchísimo, de que Eileen no tuviera que ver nada de eso. Se fue hace ya dos años, la querida Eileen. No había fumado un cigarrillo en su vida, mira tú, y el cáncer acabó devorándole los pulmones. Un mutis repentino. Al menos eso. Sal, espectro. Y llévate a Hamlet contigo.

—Todo a punto, señor J.

Listos para la salida. La copa Zimmer. Podría ir a buscar una bandera de cuadros, ya puestos. Fingid una virtud si es que no la tenéis, dijo el bardo. ¿Cuándo demonios empezó a llamarme señor J., si mi verdadero nombre es Peter, Petras, Peadar? Alcanzaría a ver mis iniciales en alguna ocasión, supongo. Y eso no es lo único que ha alcanzado a ver, menuda lástima. Ay, Mendelssohn, idiota desgraciado. Firme como la roca de Pedro no eres.

—Gracias, Sally.

—Umpf —replica.

Sé un hombre, Dios, y acaba ya conmigo y mis penas. Llegar al baño ya es todo un esfuerzo. Maniobra con el andador sobre el perfil de remate del suelo y consigue cerrar la puerta. Se queda allí parado: el baño está lleno de

asideros. Un emporio de asideros: asideros para el lavamanos, asideros para la ducha, asideros para levantarse de la bañera, asideros para los asideros.

Empuja las pantuflas para quitárselas, se desata el cordón y deja que el pijama caiga a sus pies, y, despacio, sale del charco de tela. El cordón se le enreda en el dedo gordo y por poco se cae, pero se agarra al borde del lavamanos. Una mirada fugaz al espejo. Dichosos los ojos. El de delante de mí no soy yo. Ni el de delante mío tampoco. Dios santo, parezco un par de cortinas viejas con una cenefa enorme debajo del cuello. Gomoso, podría estirarme eternamente.

Adelante. Adelante, ahora. La vida es corta, pero es la mañana la que se te come el tiempo.

Lávate, Mendelssohn, recobra la compostura. Elegancia y dignidad. *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado, aunque a veces tengo la impresión de haber nacido también en otros momentos.* Y a todo eso, ¿a quién demonios le interesarían unas segundas memorias, cuando lo cierto es que las primeras fueron un fracaso estrepitoso? Ridículo, la verdad.

Alarga la mano y tira de un lado del pañal. Con cuidado, ahora. El contenido del compartimento inferior podría haberse desplazado durante el vuelo.

Ay, Dios santo, no hay nada peor que el ruido del velcro.

No hay nada peor en esta bella tierra.

III

*El mirlo giraba en los vientos de otoño.
Era una parte pequeña de la pantomima.*

En el salón hay dos cámaras, y las dos se activan a distancia. La primera está oculta en la biblioteca, y la otra, bien escondida en una repisa, al lado de la ventana. Las dos tienen el objetivo de ojo de pez, lo que les confiere a las imágenes un efecto ligeramente marítimo, todo extendido en una ola móvil.

Con las cortinas descorridas, la luz inunda la sala con efecto teatral. En foco, la gran mesa de comedor de roble rodeada de seis sillas Chippendale labradas a mano. Sobre la mesa reposa un jarrón chino con flores y un plato con dibujos que contiene llaves, cartas y plumas.

Sobre la mesa, en la pared, hay un gran cuadro, un retrato de Mendelssohn con traje y corbata, gafas de montura gruesa y cara seria.

Hay otros cuadros en la sala, de estilo y gusto eclécticos, entre los que destaca una marina de Maine. Una alfombra persa ocupa parte del suelo del comedor. Una mesita auxiliar, toda de vidrio, flanquea un sofá muy largo. Los libros que sostiene parecen flotar en el aire: Roth, Márquez, Morrison.

El resto de la sala tiene más historia, es más acogedora: un Steinway negro con la tapa abierta, unos atizadores al lado de la chimenea atascada, una barra de madera, pieza de anticuario, con varias copas de cristal encima.

Más tarde, los agentes de homicidios se sorprenderán de la presencia de las cámaras: descubrirán que fue Elliot, el hijo de Mendelssohn, quien las instaló en secreto para espiar a Sally James, aunque no parece haber motivos de peso para sospechar de ella, y tampoco para vigilar a Mendelssohn cuando está a la mesa, bebiendo café y leyendo el periódico mientras su retrato lo mira por encima del hombro, el más anciano de los dos, notablemente más pálido.

Hacen un barrido del vídeo digital y examinan detenidamente las imágenes que siguen al momento de la muerte. De vez en cuando Sally James camina delante de la cámara. Aspira. Recoloca los cojines. Pasa una hora sentada leyendo revistas. El mismo Mendelssohn aparece en la imagen empujando su andador exactamente en tres ocasiones: una, cuando se arrastra hasta el escritorio, lee un libro, garabatea una nota y mira la BlackBerry; otra, cuando se arrastra hasta la ventana para, es de suponer, mirar la nieve de afuera; otra, cuando se queda parado en la habitación, muy de mañana, con la mirada perdida al frente.

Cuando se vuelve hacia la cámara, ésta lo sorprende en el desvaído esplendor de su batín granate. Tiene las mejillas arrugadas, los párpados caídos y la sonrisa parca que dan los años, pero todavía conserva algo del chico robusto que fue, el recuerdo de ese cuerpo parece seguir moviéndose bajo su piel.

Los agentes ven a Sally entrar varias veces en el salón, pausada y diligente. Cada una de esas veces, la abertura del objetivo tarda unos instantes en regularse. Un fogonazo a contraluz y, después, un oscurecimiento gradual. Lleva bata blanca de enfermera y pantuflas. Es ancha y robusta, de hombros ondulantes. Menea mucho las caderas al andar. Sin rastro de mala idea ni de impaciencia. Nada impropio ni sospechoso. Llega, deja en la mesa el batido mañanero, las tostadas y el café, le da el periódico y vuelve a aparecer con un tarro de mermelada de naranja amarga. Las imágenes son escalofriantes de puro normal.

Tampoco hay gran cosa que pueda interesar a los agentes ni aportarles pruebas cuando, más tarde, Sally ayuda a Mendelssohn con el abrigo, lo envuelve con la bufanda, le pone el sombrero, lo sujeta del codo y sale con él del salón.

Observarán a Sally cuando vuelva al apartamento para ver si trasluce alguna otra emoción, pero ella se limita a sentarse en una butaca, apoyar los pies en el reposapiés y leer una revista. Más tarde, cuando reciba la noticia por teléfono, levantará los brazos al cielo y cruzará el salón a toda prisa volviéndose una sola vez para coger el abrigo y los zapatos. A media tarde caminará impaciente, arriba y abajo, y con la confirmación de la noticia de la muerte de Mendelssohn caerá de rodillas al suelo, desconsolada.

Hay tantas vías posibles, saben los agentes, oposición y conflicto, teorías errantes que se cruzan y se alejan. Cambios fruto del acto de observación mismo. Las antiguas leyes de la física. Velocidad y posición. Tiempo y distancia.

Peinarán las imágenes buscando cualquier detalle, la brisa de la sorpresa, una pista. Cuanto más abstruso el momento, más valiosa la información. Siempre existe la posibilidad de ver algo que se les haya escapado.

Su trabajo se parece mucho al de los poetas: la búsqueda de una palabra fortuita que, en el lugar adecuado, aporte mayor precisión al poema.

IV

Un hombre y una mujer

son una sola cosa.

Un hombre y una mujer y un mirlo

son una sola cosa.

En tiempos, doblar el periódico era todo un arte. Eso era cuando veraneaban en la isla. Menudo pipiolo. Sentado en el cercanías de Long Island entre muchos otros trajes y corbatas. Era una habilidad espectacular, la de poder doblar el periódico en pulcras secciones alargadas. La coreografía del trayecto diario. Un ballet mañanero. Podían ir sentados en filas de tres, rodilla con rodilla, y pasar las páginas sin que los codos llegaran a tocarse jamás. Una ejecución estudiadísima. Los más meticulosos conseguían dobleces perfectos entre las historias, cuatro pasillitos de papel de periódico delicados como el dobladillo de un traje hecho a medida. Cuando el mundo era respetuoso y cortés. Maletines y paraguas y puertas que sujetar. De vez en cuando aparecía un cretino incapaz de doblar el periódico, y ahí lo tenías, los brazos disparados en todas las direcciones y el papel que crujía, sin respeto alguno, un acordeón de codos, éstos eran de la especie de los que nunca encontraban el bono de tren o derramaban el café, siempre rebuscando algo, siempre haciendo ruido, armando alboroto. Al menos entonces no había teléfonos móviles de los que preocuparse.

La semana pasada había cogido el tren a Stamford para ir a casa de Elliot, a su mansión, mejor dicho, qué sitio tan horroroso, doce dormitorios y piscina y salón multimedia y garaje de cinco plazas, pero ni por éstas dejaba de ser barata y chabacana, como la de al lado y la de más allá, una fila de casas de Ikea, semejante mediocridad opulenta, su propio hijo, su hijo calvo y grandote, ¿quién lo iba a decir? Esa calva, ese corpachón, esa estupidez, en una casa pensada para que las visitas se aburran como una ostra, ni pizca de

carácter, toda madera clara y luces fluorescentes e impolutas máquinas blancas, por no hablar de su flamante esposa, la número tres, otra impoluta máquina blanca recién salida del molde y derecha a la vida de Elliot, aunque también podría haber salido del microondas, con esa piel naranja y esos dientes blanquísimos. Una auténtica pieza de caza mayor, pero ¿por qué eso de *pieza de caza mayor*? ¿Para tener algo que cazar si iba de safari?

Eileen no la había conocido, y tanto mejor. Con la de esperanzas que tenía puestas para ese niño suyo alto y grandote, ¿y qué había recibido ella a cambio? Cero nietos, una tonelada de penas y dos divorcios. Por no hablar de los tres niños con los que Jacintha llegó bajo el brazo, aquello fue una paternidad envuelta para regalo, directa del catálogo, toda piernas y granos y angustia. Sus nietastros, un burbujeante caldero de adolescencia, a duras penas recuerda sus nombres o sus caras, y a todo eso, ¿quién diantres llamaría a su hijo Aldous, hoy en día? Feliz este mundo no es, precisamente.

¿Por dónde iba? Últimamente mi cabeza va que vuela. *Nosce te ipsum*. ¿Lo decía por lo de los móviles? ¿O era por lo de doblar el periódico?

En tiempos, lo leía de la primera página a la última saltándose los deportes y luego lo abría por el crucigrama y lo terminaba al cabo de veinte minutos exactos. Ni uno más. Y sigue siendo uno de sus momentos favoritos del día, el *brunch* mental del *New York Times*. Abre y da con una pieza sobre la República Centroafricana. Qué cosa tan terrible, esos machetes. Letra impresa. Al filo de la sevicia. Un informe sobre Corea del Norte. El acelerador de partículas, sin fondos. Las conversaciones de paz en Oriente Medio, en punto muerto. Bueno, eso siempre, claro está. La imagen no acaba de funcionar, porque, y él lo sabe bien, casi ni llegaron a ponerse en marcha, para empezar. Pobre Katya, en misión diplomática por esas tierras, una semana sí y la otra también, venga a suplicar y a adular y a calmar los ánimos, cuando lo cierto es que esos hijos de puta no quieren la paz, tal cual, ninguno, ni un bando ni el otro, ni judíos ni árabes ni cristianos ni coptos ni nada, antes se matarían mutuamente en pedazos con una bomba, es el hombre de la calle el que sufre, y las mujeres también, por no hablar de la pobre Katya, allí, con sus nietos adolescentes, de astros, éstos no tienen nada, qué niños tan guapos, Laura, James, Steven, pero esa vida bajo el microscopio

que llevan, con guardias armados por toda la casa, ¿y por qué tuvo que escoger Israel, precisamente?, ¿no podía haberse metido en Belfast o en algún otro sitio donde todavía les quedara un poco de cordura?

Pobre Eileen, odiaba ver las noticias de Irlanda del Norte. Siempre se derrumbaba. Por los unos y los otros que se volaban los sesos sin motivo alguno, lanzando cócteles molotov, marchando en desfiles en honor de los muertos, haciendo ondear sus estandartes, el rey Guillermo a caballo. Toda guerra, cualquier guerra, la inmensa estupidez humana, Israel, Irlanda, Irán, Iraq, todo íes, ahora que caigo, aunque al menos en Islandia lo han hecho bien. Curioso. Nunca llega ni medio rumor de guerra en Islandia, pero, bien mirado, ¿quién iba a querer pegar tiros por un trecho de tundra helada?

Miseria y nada más, por todas partes, a decir verdad. ¿Por qué no quedamos en que el mundo entero es una casa de locos y lo dejamos correr? ¿Me equivoco, Sally? Apuesto a que hasta tu país tendrá sus más y sus menos.

—¡Sally!

Está en el dormitorio, pasando el aspirador y cantando a voz en grito. Mi madre solía cantarme mientras limpiaba la casa, de eso hará una eternidad. Lejos, lejos. En la cocina. La estufa era grande y roja y panzuda. El conducto era inmenso y pintado de azul, a saber por qué. Allí de pie, con harina en las manos. Sacudiéndoselas en el frente del delantal. Todas esas melodías lituanas. Flores de montaña y canales helados y riberas y transbordadores.

Vilna, Vilnius, Wilno. El mundo tiene una geografía complicada. Años más tarde, su madre lo pondría al corriente de los pormenores de su lugar de nacimiento: las cuchillas que usaban para hacer patines, la manera en que la luz de la luna caía sobre los ríos, la chaquetita roja que siempre le ponía, los guantes que le cosía con cinta elástica al interior de las mangas, cómo botaban cuando corría por el parque Kalnų. Una vez, un perro se puso a perseguirlo atraído por el movimiento de sus guantes. Perros negros por todas partes. Después del episodio tuvo pesadillas. Entonces, el día mismo instauró la negrura. Salieron de la ciudad justo a tiempo. Su madre intuyó los vientos que soplaban. ¿Cuántas guerras había habido ya? Pobre Vilna, Vilnius, Wilno, rebautizada en cada ocasión. ¿Cuántas veces la habían invadido, ocupado? Era una ciudad espléndida y señorial, toda ladrillo amarillo y altas

cornisas, pero estaba cosida a balazos. Su padre, médico de renombre, vendió la casa de la calle Vokiečių, cogió sus ahorros y facturó a la familia en un tren a París. Por aquel entonces, las fronteras todavía podían cruzarse con facilidad. Tenían mucho dinero con el que ir tirando. Ni joyas escondidas ni bendiciones del rabino, nada. Ni plegarias furtivas. Ni maldiciones, tampoco. Ni historias del gueto. Ni bebés a los que tiraban por la ventana. Su madre había dejado casi toda la tradición a sus espaldas. No le interesaba ser lituana ni polaca ni rusa ni, de hecho, ninguna otra cosa, ni siquiera judía. Su padre también era un ateo acérrimo. No sentía el menor interés por la ceremonia, aunque de vez en cuando leía la Torá y hasta recitaba partes del *kadish*, decía que sus versos eran recetas para grandes ideas. *En este lugar sagrado, y en cualquier otro, haya paz abundante del cielo.* O algo por el estilo. Cabeza a la izquierda, cabeza a la derecha. Y sería algo, en efecto, ¿no? ¿*Paz abundante*? Dos posibilidades, como dicen por ahí: remota y ninguna.

El tren de vapor, con su traqueteo, dejó atrás los espigados árboles de Alemania, Bélgica y Francia. Vivieron en un hotel a orillas del Sena. De noche se reunían en la cocina del hotel, alrededor de la radio, la chimenea entrañable del mundo, tantos odios inflamados, tantas cenizas, Europa se partía en dos. Las noches de los cuchillos largos, las semanas, los meses, los años.

Y, entonces, en plena guerra, a Dublín. A su padre le ofrecieron trabajo en el Real Colegio de Cirujanos. Una ciudad que descansaba bajo un cielo pletórico. Que aplaudía su propia grisura. La tenía de sombrero, de Homburg, de bombín. Él estaba encantado. Fueron sus dos veranos más felices. Una casa en Leeson Street, no muy lejos del canal. Tenía diez años, llevaba pantalones cortos y calcetines elásticos largos que sujetaba con una liga. Brincaba por las calles adoquinadas y al anochecer regresaba al cálido fuego del hogar. Una escalera. Una larga mesa de comedor. Dos candelabros de plata en el centro. Oh, la mente es un pozo profundísimo. Bájame y deja que toque el agua. Hasta trató de coger acento de Dublín. Otras dos posibilidades: ninguna y ni media.

Por la mañana salía disparado hacia el canal. Dos cisnes preciosos entrelazaban sus cuellos. Por la tarde, su madre lo llevaba de paseo por las herbosas riberas donde podía quedarse en calzoncillos y saltar al agua, pálido

y flacucho, con los otros niños. Por algún motivo que nunca desentrañó, empezaron a llamarlo Quinn y, al cabo de un tiempo, Quinner. Tal vez se pareciera a algún niño con ese nombre o tal vez fuera cosa de una jerga dublinesa que no sabía identificar, pero le encantaba, sobre todo porque en su idioma no existía la Q. ¡Quinner! ¡Eh, Quinner! Escribía su mote con letra primorosa en cuadernos de papel pautado. Hasta sus profesores se hicieron al nombre y, cuando entregaba los deberes, escribía Peter J. Quinn Mendelssohn.

Ay, hace falta mucho volumen para llenar una vida. Eso decía Pasternak. Creo. Eileen lo sabría. Solía leerlo de noche, en voz alta. Han arrancado el techo a nuestro amor y ahora se encuentra a cielo abierto.

A decir de uno de sus boletines de colegio de Dublín, mostraba cierta disposición juvenil para la especulación filosófica. ¡Disposición juvenil! ¡Especulación filosófica! ¡A los once años! Una frase como aquélla sólo podía pronunciarla un jesuita, sin duda. El chico prometía mucho, decían. Hicieron la vista gorda con sus orígenes y, bajo mano, le pasaron libros de fundamentos del catolicismo. De vuelta a casa, andando por los canales, Aquino no dejaba de parlotear en su cabeza. Pero en las tardes de verano él sólo quería saltar por las lóbregas esclusas del canal sujetándose las rodillas, tirándose al agua de bomba. Había una fotografía suya y todo, del 15 de junio de 1944, publicada en *The Irish Press*: lo habían sorprendido en plena caída con el cuerpo hecho un ovillo, las costillas tensas, los brazos fibrosos, el trecho de canal oscuro a su espalda, el cielo, encima, blanco, e intensa cara de concentración. El pie, escueto, rezaba: *Niño sobre el canal*. Su madre compró todos los ejemplares que pudo encontrar en la tiendecita del puente de Baggot Street. Ya se habrán puesto amarillos, ya se habrán desintegrado, pero su recuerdo sobrevivía: la tenía en la puerta de al lado, literalmente, en la casa de al lado, y ella le había pasado el recorte por debajo de la puerta. Él la miraba desde la ventana salediza. Eileen Daly. Incluso entonces era una belleza. Piel de alabastro y una fila de delicadas pecas dibujadas con pincel sobre la nariz. Tan bella, de hecho, que en aquellos años él no le habló nunca. Ni una sola vez. Ni siquiera un hola o un adiós de refilón, un ¿cómo estás, Eileen Daly?, qué radiante está hoy Dublín. Él la miraba de lejos y ella lo dejaba sin aliento. Le abría un hueco en el estómago.

El día que se marchó de Dublín, ay, ese día. Claro y moteado de luz, el sol los había sorprendido. El taxi se detuvo en la calle, un enorme coche plateado, en un lado, una bocina de timbre imperioso. El equipaje estaba hecho. Las maletas, cargadas. Se escondió en el armario de debajo de la escalera. América. No quería ir. No tenía ningunas ganas de marcharse de Irlanda. Pero su padre tenía una oferta de trabajo. Había llegado una carta. Escrita con esmerada caligrafía. Un sello de ocho centavos con la imagen de un bimotor de carga. Una invitación, o una acusación, tal vez. Otro continente. Lo sacaron a rastras del armario y, a empujones, le hicieron bajar los escalones de la entrada y lo metieron en el coche que esperaba. Lanzó una mirada hacia atrás, por la ventana trasera, y allí estaba ella, Eileen Daly, con sus once años —¿o tenía diez?—, saludándolo con la mano desde la ventana de su salón. Las cortinas blancas que le cerraban la cara cual paréntesis. La cabeza ligeramente ladeada. Unos mechones de pelo negro en los hombros. Los labios ligerísimamente entreabiertos, como si fuera a hablar. Y, ya entonces, él supo que la vería así para siempre, su mente había revelado una fotografía que le quedaría marcada a fuego en el cerebro. Quería volverse para saludarla otra vez, pero el taxi ya había llegado a la esquina y acabó despidiéndose del sucio muro de ladrillos.

Irlanda.

Adiós.

A chuisle mo chroí.

A saber qué querrá decir. Amor de mi corazón o algo así. *Bubbala*, se diría en yiddish. Ella se lo había explicado a menudo, pero era un idioma raro, el irlandés, o el gaélico, nunca logró cogerle el tranquillo, eso era como tener canicas en la garganta, los *dún an doras*, los *má sé do thoil é*, pero la puerta se había cerrado, sí, el cielo se puso y cayó al mar de Irlanda.

En el barco que zarpaba de Dun Laoghaire, vomitó por la borda y se volvió a mirar la tierra hasta que quedó convertida en el blanco de una ola. El cielo derramaba un mísero sol. Al menos podría haber tenido la decencia de llover por última vez, pensó. Y después, de Liverpool enfilaron hacia América. En camarotes de primera: la ida, a babor, y la vuelta, a estribor. Andaba cabizbajo por cubierta, Eileen Daly, Eileen Daly, Eileen Daly. El nombre delicadamente posado en su lengua. No le dejaban entrar en el bar

del barco, ni siquiera en la biblioteca, pero al lado de los camarotes de primera había una sala de billar donde él se quedaba escribiendo cartas sentado en un rincón, cada segundo que pasaba despierto se consumía en la mirada que ella le lanzó desde la ventana. Incapaz de dirigirle la palabra, no le cabía en la cabeza: ¿qué lo había paralizado? Habían pasado casi dos años viviendo puerta con puerta y ahora le escribía una página detrás de otra hablándole de las puestas de sol en el mar y de esa extraña manera de crujir que tenían los botes salvavidas, de cuando se había vuelto a mirarla en Irlanda, de todo y de nada, escribía a un ritmo frenético con la cabeza gacha y la pluma corriendo sobre el papel, nunca había escrito tanto en la vida, sus once años —¿o tenía doce?— no importaban, tenía la vieja enfermedad, estúpida, ridícula, eterna, aquello era su primer acceso de lo que más tarde descubriría, íntimamente, maravillosamente, la mejor de todas las palabras de cuatro letras.

Ay, Eileen, qué ganas y más ganas y más ganas.

Vivir no es atravesar un prado. De nuevo Pasternak. Y esta vez era él, seguro, y, ay, la mente es un pozo de piedra profundo, en efecto, pero cuán a menudo un balde inesperado se hunde en él y alcanza a tocar el agua fresca. De noche, Eileen solía leer los libros de los poetas rusos en voz alta con su cadencia irlandesa y una manta bien subida hasta el cuello, lana suave, Avoca, donde confluyen los dos ríos, o eso le había dicho ella. Era una fuente de sabiduría irlandesa, y de sabiduría rusa, y hasta de sabiduría judía algunas veces, una fuente del Helicón, sí, señor, con algo de griego ahí en medio y una pizca de latín. Afortunadamente, nunca tuvo que verme en pañales, ni cambiar ni mudar mi equipo de invierno, en los jardines de Salley me encontré con mi amor.

Inclina la taza de café y suspira. Ahora está vacía, no hay más que un riachuelo que discurre por el interior de la porcelana. Una vida entera reducida a esto. El goteo. La gota. Los pies blancos como la nieve.

Su lenta caída, su caída lenta. Al otro lado de la ventana. Grandes ráfagas blancas contra el cristal. A Eileen ese cuento también le gustaba muchísimo, nevaba de igual modo sobre toda Irlanda, Michael Furey sentado a la ventana, pobre Gabriel, solo, el descenso de la última postrimería.

Vuelve a inclinar la taza una última vez y deja que la gota caiga sobre el periódico, donde la observa mientras se seca y se expande. *A bi gezunt*, habría dicho su madre. Siempre tenía algún dicho antiguo a punto. Si ya tienes salud, ¿qué más quieres?

—¿Sally?

La oye en la cocina, la escandalera del lavaplatos abierto, el ruido metálico de las ruedecitas. Por qué tiene que poner en marcha el lavaplatos, no lo sabrá nunca, no es que yo haya puesto cien platos perdidos de tostadas con mermelada.

Y a todo esto, ¿qué es lo que le quería decir a Sally? Estaba ensimismadísimo, de vuelta en Irlanda, los buenos tiempos, para qué interrumpirlos ahora, aunque el recuerdo es tan vivo, y nieva de igual modo sobre la calle Ochenta y seis, los medio vivos, y creo que murió de amor, Eileen, creo que murió de amor.

—¿Señor J.?

—Afuera nieva.

—Sí, señor J.

Ahora lo mira, espera algo más. No era como para distraerla del lavaplatos, esa noticia de lo que ya sabe, de que la nieve cae como una defensa de la nieve.

—Estaba pensando, nada más.

Ella asiente y sus pendientes de oro tintinean. Ahora lo mira muy intrigada. ¿Qué le pasará por la cabeza? ¿Que estoy senil? ¿Viejo y loco del todo? ¿Un viejo blanco en su viejo cuerpo blanco? ¿Pensará en los barcos negreros que surcaban las olas? ¿Pensará en su nieto querido, en el Caribe? ¿No ahorra por eso? ¿Para mandarlo al colegio? Una buena educación para su nieto, ¿o era su sobrino? La buena de Sally, toda su vida centrada en ese niño. No dejes que te rompa el corazón, Sally. ¿Y se acordará de mis buenos tiempos con Eileen? ¿Se acordará de ese hogar nuestro tan magnífico? Aunque, a decir verdad, a veces se las tenían, Eileen y Sally tuvieron sus buenas discusiones acaloradas, blanco y negro, y Eileen era de lengua afilada, a veces cortaba a Sally de raíz, cómo se desplomaba ese árbol tan grande y tan alto, y, ay, ¿qué quería decir yo? ¿Qué me hacía falta?

—Creo que hoy me apetece ir a Chialli's, Sally.

Su ritual casi diario.

—Sí, señor. ¿Nevando?

—Nevando, sí, señora.

—¿Ya se ha reservado?

Mendelssohn, en la silla, se echa para atrás. Sí, Sally, aunque, para ser sincero, lo que de verdad me reservo es mi opinión sobre tu gramática. Pero ya casi ni vale la pena corregirla, lo pasado, pasado está.

—¿Qué hora es, Sally?

—Diez quince, señor.

—Hagamos la reserva para la una, Sally. Llama a Chialli's. Y yo llamaré a Elliot. Puede que, por una vez, sea capaz de hacer el esfuerzo.

Bella ayer y bella siempre, Sally James, claro de luna en el pelo, la brisa, siguiendo a la niña, abanica la campiña, yo la acompañé un buen día, bajo la arboleda umbría, ay, no he besado a una negra en mi vida, pero muchas tienen unos labios preciosos, eso hay que decirlo, y unos dientes que no les van a la zaga, pero Sally no, menuda lástima, o tanto mejor, quién sabe, fuera viejas tentaciones. Con todo, las canciones antiguas son siempre las mejores.

—Sí, señor J.

—Gracias, Sally.

Aunque uno no olvida jamás el primer beso y, por mucho que antes de Eileen hubiera habido unos cuantos —algunos, la verdad sea dicha, habían sido de pago, en Dresde, con las tentadoras gentiles del muro del cuartel, de célebre virginidad dudosa—, lo cierto es que Eileen siempre fue la única y, aunque no fue la primera, sí que lo fue, siempre lo sería, ahora y mañana y pasado mañana. ¿Cuántas cartas le había mandado en todos esos años? Cientos. Miles, quizá. Eileen Daily, llegó a rebautizarse ella una vez. Eileen Cada Día. Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo. Él le escribió desde su instituto en el Bronx. Le escribió desde los pasillos de Fordham. Le escribió cuando se alistó en la fuerza aérea. Y todo ese tiempo sin haber hablado con ella en persona ni una sola vez. Qué raro es conocer a alguien tan bien sin haber dicho una sola palabra en su presencia. Tenían el teléfono, claro está, y habían podido charlar al aparato, desconcertado cada uno ante el acento del otro, pero en persona, nunca, y tuvo que llegar 1952, cuando lo destinaron a Dresde, a oficinas, a controlar patrones de vuelo, un día tras otro,

resmas de papeleo, nubes de humo de pipa, pero él siguió escribiéndole dos cartas al día y ella le contestaba, solemnes profesiones de amor y literatura, y entonces le concedieron un permiso de descanso de una semana, y con los zapatos relucientes y brillantina en el pelo embarcó en un avión rumbo a Glasgow, allí alquiló un coche y se reunió con Eileen en Edimburgo, donde ella estudiaba Literatura, y ninguno pudo recordar jamás las primeras palabras que se cruzaron, debieron de quedarse mudos, pero esa misma noche él se hincó de rodillas en el suelo y le pidió que se casara con él, eres el amor de mi vida, *a chuisle mo chroí*, eso me lo escribiste en varias cartas, no sé muy bien qué significa, pero cástate conmigo, por favor, Eileen, cástate conmigo. Ella se puso colorada y aceptó y bajó los párpados, y él notó el corazón que le martilleaba bajo la camisa y le dijo que sería una boda con mucho estilo, aunque, a decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, no conviene olvidar que casi nada es auténticamente idílico a menos que eches la vista atrás y, para ser sinceros, él se llevó un ligerísimo chasco con Eileen Daly cuando la vio de nuevo, no era exactamente como la recordaba en esa ventana en Leeson Street, mirando a la calle con gotas de lluvia en los ojos, no, estaba un pelín más regordeta, y su piel tenía una palidez que distaba del sonrosado de sus recuerdos, y el color de sus ojos era muy normal, aunque todo eso no tardó en olvidarlo, y ella volvió a ser preciosa, si no más preciosa todavía, pero, para ser sinceros otra vez — todavía más sinceros—, tampoco es que él fuera un ejemplar perfecto, un tipo larguirucho con gafas grandes en la nariz y ojos nerviosos, y los pantalones a media asta, como si su cuerpo estuviera de luto por lo que Dios le había dado, y con esos brazos de alambre, no era un nautilus humano, precisamente, ni para el carruaje le alcanzaba, algún que otro pelo distraído en la barbilla, la bóveda que empezaba a clarear, una pequeña península ahí en todo lo alto, y esa misma noche, al meterse en la cama del cuarto de al lado, no tuvo más remedio que admitir que se había llevado la mejor parte casándose con Eileen Mendelssohn, Daly de soltera, y quedaban muy bien los dos juntos, de la mano por Anne Street, el mundo entero abierto ante ellos, a los seis meses ya estarían casados y viviendo en Nueva York, donde ella probaría el apellido

nuevo con su lengua, y los dos pasearían por la avenida de las Américas entre las flores de mayo, ay, el mayo, y Leopold Bloom también le encantaba, claro está, y ¿de dónde diantres habría sacado la expresión *virginidad dudosa*?

Lo que me recuerda que tengo que llamar a mi hijo descarriado.

¿Dónde diantres he metido la BlackBerry, Sally? Está aquí, debajo del periódico, al filo de la noticia, sujeta por la taza de café vacía.

Oh, Eileen, te echo de menos. Eileen Daily. Cada Día. Cada día.

V

*No sé qué prefiero,
la belleza de las inflexiones
o la belleza de las alusiones,
el mirlo mientras silba
o justo después.*

Los poetas, igual que los policías, saben que la verdad cuesta: no pasa por casualidad, sino que nace del cincel y del trabajo, es fruto del tiempo, la distancia y el deslome. La poeta debe estar abierta a la posibilidad de tener que andar lo suyo antes de que asome una palabra o cuaje una frase o se abra un ritmo, e incluso entonces no hay nada asegurado, ni siquiera las palabras que reivindican su propiedad o su significado original. A veces sucede en el momento menos pensado, y la poeta debe adentrarse en el misterio y reconstruir el poema a partir de allí.

Cada una de las cámaras del edificio de Mendelssohn —el 59 de la calle Ochenta y seis, entre Madison Avenue y Park Avenue, a escasos doscientos metros del restaurante— contiene treinta y cuatro días de grabaciones. La primera registra la puerta doble de vidrio de la entrada a ese edificio de antes de la guerra, los peldaños de la entrada y la marquesina. La imagen se amplía hasta la acera distante, el lado norte de la Ochenta y seis. Ángulo limitado y poca profundidad de campo, de norte a sur, registrada con un objetivo de cincuenta milímetros. Otra en el vestíbulo. Una en el lavadero del sótano. Una en la escalera. Una en el tejado. Una en el cuarto de calderas. Otra en el almacén del sótano.

La tarde de su muerte, Mendelssohn sale del ascensor —un viaje plácido, parado en silencio al lado de Sally James— y entran juntos en el vestíbulo.

Es uno de esos halls antiguos de Nueva York, mármol y flores y lámparas de araña. Apliques de bronce. Una mesa de caoba. Suelo ajedrezado. Recorrido en su centro por una alfombra de pasillo. Cuadros de los malos en las paredes, de éstos expresamente creados para no ofender.

Sally desaparece un instante por la esquina y Mendelssohn da unos pasos solo. Lleva un abrigo largo. Tocado con un Homburg. En la cara, una determinación somnolienta. El espacio aguarda su destino crónico. El zoom nos lo muestra ojicaído y boquiabierto, con unas medias lunas de fatiga bajo las gafas. Las arrugas le asoman de los ojos. El pelo, del lado del sombrero. La cabeza profundamente venada en las sienes. En el cuello, la pequeña depresión de piel y las barbas de gallo. La marca de las décadas. Los agentes lo imaginan en casa, durmiendo con la boca abierta y el cuello del pijama torcido, un leve ronquido que nace del fondo de la garganta.

Pero más tarde, cuando avanza por el pasillo, detectan en su arrastrarse una gota de alegría. No se inclina hacia un lado ni se remolca desmañado. Es un hombre que conserva el apego al mundo. Una elegancia de viejo cascarrabias. Los agentes examinan su paso, como si el movimiento pudiera aportar una pista forense a su ser. Saben muy bien que un momento aislado, igual que una palabra aislada, significa entre poco y nada, y que la importancia la da la acumulación. La vida se complica por una serie de acciones a las que, por tanto, debe corresponder una serie de reacciones. El pasado es la clave del futuro: las causas ocultas deben hacerse evidentes, el tiempo debe moverse hacia el punto de resolución. Dar con ese punto en el que el misterio se desbarata, ahí radica la emoción. Entonces pueden reconstruir sus razonamientos como si de un rompecabezas se tratara. Si logran dar con una pieza, podrán atisbar otra cerca y probar a ver si encaja.

El secreto, al final, está en la agilidad con la que pueden verse todas las piezas a la vez para montarlas de dentro hacia fuera, del revés al derecho: en perpetrar la solución.

Por la fluidez de movimientos de Mendelssohn, por su manera de andar, sencillamente, los agentes están seguros de que no hubo amenaza de muerte ni indicios de asesinato previos, ni siquiera cuando da golpecitos en el suelo con el bastón y Sally James dobla la esquina al salir del ascensor y parece que esté poniéndole la mano en la garganta. Mendelssohn tiene el cuello flojo,

colgandero, como si en cualquier momento pudiera dejar escapar gorgoteos del desagüe. Pero entonces ella, con mucho cuidado, lo envuelve con la bufanda y avanza sujetándole el codo.

A juzgar por las apariencias, a la enfermera la tratan bien. Lleva un buen abrigo con cuello de pelo. En los pies, botas altas. Se arrastran pasillo abajo y se quedan ahí de pie, sin cruzar la puerta doble de vidrio de la calle. Sally se vuelve mientras Mendelssohn charla con Tony DiSalvo, el portero, un tipo que parece recién sacado de una cantina mexicana; corpulento y con una calvicie incipiente, desprende un no sé qué violento y, con todo, también señales de una inteligencia tumultuosa. Más tarde, durante el interrogatorio, se descubrirá que Tony es de Puerto Rico y está licenciado en Filosofía por la Universidad de Miami y que su conversación no había sido más que otro de esos intercambios neoyorkinos: el tiempo, el día malísimo que hace en la calle, lo mucho que ha nevado este invierno, un viejo chiste de Mendelssohn sobre que le diga no sé qué, que se ande con cuidado en el semáforo, le dice Tony a Mendelssohn, los taxis llevan toda la mañana derrapando.

Tony ayuda a Mendelssohn a bajar los escalones de la entrada y los mira mientras, andando, el viejo y la enfermera salen de cuadro.

Los agentes también hacen un barrido por las imágenes de los días anteriores, por si en los patrones temporales algo los condujera a una epifanía decisiva, a un hemistiquio. A un metro. A un encabalgamiento. O a una rima.

Visionan la semana del asesinato multiplicando por treinta y dos la velocidad de avance normal: el mundo desfilando como el rayo. Un día entero discurre en menos de una hora. El movimiento adquiere una cualidad cómica, sobre todo cuando Mendelssohn, bastón en mano, trastabilla fuera de cuadro con su enfermera. Según van pasando los días, ralentizan la imagen y la velocidad de avance se reduce a la mitad y luego vuelve a reducirse hasta quedar multiplicada por ocho. Cada minuto dura siete segundos y medio. Cuatro horas, treinta minutos. Sus dedos se deslizan por las teclas. Mirando. Hurgando. Rascando. Buscando. Una cara vista una, dos, tres veces. Alguien que merodea cerca de la marquesina. Una mirada furtiva. Un tic nervioso. O tal vez algo más descarado, más evidente, un agresor con malvada cara de

vete a tomar por culo. Cada incidente tiene su propio ritmo: las idas y venidas de cada día, los camiones de reparto, el paso arrastrado del portero, los inquilinos, Mendelssohn y su enfermera, la llegada de la ventisca.

El día del asesinato lo visionan a tiempo real, parando, dándole otra vez, cortando, rebobinando. Y una vez más, y otra. Pensar. Parar. Volver a pensar. Fijarse en Mendelssohn, que sale del edificio, mira la tormenta, se abrocha el cuello, se sacude de una patada la primera nieve blanca del zapato, se apoya en la enfermera. Ver a Sally que ríe. Ver a Tony que asiente en silencio. Ver a Mendelssohn que sonríe. No ver nada raro. Ver a Mendelssohn que se aleja. Ver al viejo que desaparece. Ver la nieve que cae. Esperan, atentos a la fecha registrada en la imagen, por si en la hora que transcurre pasa algo, pero es la entrada, simplemente, la marquesina, la acera, la calle, el blanco cada vez más intenso de la ventisca, Sally, de nuevo en cuadro, que vuelve del restaurante saludando a Tony y soplándose aire caliente en las manos, y poco más. Durante unos instantes, esperan a que Mendelssohn vuelva de la comida, como si el vídeo mismo pudiera burlar la realidad.

Peinan algunas horas de las imágenes que siguen, por si acaso: ya se sabe que el asesino regresa a menudo al escenario de su obra. Estudian las caras de los vecinos, las de los de la ambulancia, las de los chicos del servicio de reparto, las de los mirones, todos congregados alrededor de la entrada del edificio. Los agentes rebuscan entre lo común y corriente a la caza de la menor dedada de prueba, un rostro que aparece, una sombra que amenaza. La evidencia podría hallarse en el más inopinado de los momentos, en la más fugaz de las miradas, en el más leve de los roces de hombros. Se centran en el hijo, Elliot Mendelssohn, el hombre de los fondos de alto riesgo, el candidato, el célebre mujeriego que ahora se abre paso entre el gentío. Es alto, tiene los hombros anchos y el estómago grande, como si se hubiera tragado un saco de piedras. Entra y sale varias veces del edificio, con un móvil pegado a la oreja y cara de agobio, como si nunca se le fuera a presentar la ocasión de hablar con alguien más interesante que él mismo.

Esa misma noche, Elliot sale a la calle con una cinta negra rasgada a la altura del corazón y a los agentes, con su radar para lo insólito, les parece curioso que pueda exhibir su dolor tan pronto, sobre todo teniendo en cuenta

el carácter secular de los Mendelssohn: ¿el jirón de tela lo había guardado en la chaqueta de antemano? ¿O lo había rasgado arriba, en el apartamento de su padre?

Más tarde, observan la llegada de sobrinos, primos, familia política y viejos amigos al apartamento: nada como un asesinato para hacer familia.

Los agentes retroceden en el tiempo hasta el momento en que Mendelssohn sale a la ventisca: tiene algo de epopeya griega, ese anciano gris con su bastón lanzándose a la calle, a la nieve, fuera de cuadro, lejos, como una palabra antigua que se hubiera caído de la página.

VI

*Los carámbanos cubrían la larga ventana
con un vidrio primitivo.
La sombra del mirlo
lo cruzaba, de un lado al otro.
El ánimo
trazó en la sombra
una causa indescifrable.*

Leal bastón. Compañero fiel. Podría usar el andador o incluso la silla de ruedas eléctrica que tiene arriba, criando polvo en el cuarto de atrás, por supuesto, pero ¿para qué llamar la atención? No querría acabar como esos idiotas que surcan la Quinta Avenida a todo trapo, pi, pi, apartad, tengo hora para una colonoscopia, Quinta Avenida, allá voy, ve preparando el terreno, doctor Jim. Tuvo que ir en silla de ruedas una vez, hará unos años, cuando se cayó delante del Guggenheim y se rompió la cadera. En una placa de hielo. Antes de que pudiera darse cuenta, ya estaba espatarrado en la acera. La dirección temía que los fuera a demandar, pero ése no era su estilo, él amaba la ley, la respetaba, la obedecía. La ley no estaba para tonterías sin importancia como la caída de un viejo. Tras dos semanas en el hospital, Elliot le compró una silla motorizada. Tenía más botones que un SOC-3. Magnetos en posición. Radar encendido. Dale a esa hélice. ¡Contacto! La estrelló contra la cama del hospital nada más probarla. Sólo para sentarse en el trasto ese hace falta un doctorado en Ingeniería Civil, por el amor de Dios. Vamos, Sally, basta ya de charla.

Ahí está, a la vuelta de la esquina, en la junta diaria de la brigada del hogar. Las asistentas, las llaman algunos. Qué nombre tan terrible, pero *¿qué otra palabra hay?* *Sirvientas*, no. Ni *criadas*. Ni *domésticas*, Dios nos libre. *Domésticas*, ni que fueran animales. Se reúnen abajo, al lado de los buzones.

Una, Mendelssohn lo sabe, es rusa. Otra, galesa. Otra, eslovaca. Su propia ONU en miniatura en el vestíbulo. Se pregunta a menudo qué se llevarán entre manos allá abajo: quién paga cuánto, quién le gritó a no sé quién más, a cuál la han despedido y por qué. La brigada del comadreo. Al filo de la malicia. Cada edificio de la ciudad, un pueblo en sí mismo. El ático, el castillo. Los pasillos, las calles. El hueco de la escalera, los callejones. El ascensor, la calle mayor. El trastero, el vertedero. El cuarto de calderas, la fábrica. El de mantenimiento, el zapatero remendón. El portero, la policía. El superintendente, el juez. Y el juez propiamente dicho, bueno, ése es el tonto del pueblo, lo han dejado solo en el vestíbulo esperando, esperando, esperando.

Golpea el suelo de mármol con el bastón. Una vez. Dos. Siguen chismorreando a la vuelta de la esquina. Una carcajada aguda y después un susurro grave y después otra risotada de Sally. ¿Cómo sería el jardín del Edén antes de la serpiente? No es de extrañar que Adán se decidiera por la manzana. ¿O la manzana se la comió Eva? Curioso, cómo las cosas más sencillas se nos olvidan. Es el relato original, y ni siquiera se acuerda de quién fue el que pecó. O tal vez no pecara nadie. ¿Y si mordieron la manzana juntos? La compartieron. ¿Por qué no? Había unos antiguos versos que él descubrió a los diez años: *¡Lo que le habría gustado al mancebo que Eva anduviera con hoja de acebo!* Qué cosa tan maravillosa, el cuerpo de la mujer. Curvo y pensado para el placer. Pleno y glorioso y abierto a la invitación, a la invocación, a la inhalación. Ay, Señor, cuánto le gustaba yacer con Eileen las mañanas de domingo, sobre todo después de una noche loca. Se ponían a mirar la luz colarse en la habitación, le hacían señas para que entrara, buenos días, el cuerno de la abundancia, como quien dice, en tiempos.

Vuelve a dar un golpe en el suelo con el bastón. Oh, vamos, Sally. Dios santo. Adelante. Los viejos envejecen más deprisa. Toca salir, Sally la Losa. A la de nueve.

—Ya estoy aquí, señor J.

—No tengo todo el día, ¿sabes?

Sally asoma la cabeza por la esquina.

—Ya estoy con usted, señor J.

Y entonces él oye un suspiro complicado. Y una risita.

Espero de verdad que no les esté contando mis aventuras en materia pañalística. Te pasas la vida trabajando para convertirte en un puntal de la comunidad, y entonces todo se desvanece ante tus ojos. ¿Y si se internara en la nieve solo? Pásame la bombona de oxígeno. Tápame las orejas con el sombrero. Sir Edmund, derecho a las faldas de la montaña. Una vez estuvieron de montañismo en Italia con Eileen. Escalando las maravillosas Dolomitas. Se alojaban en un chalet a la sombra de las montañas. Por la mañana, después de desayunar, ascendían de la mano entre bosques espectaculares y después sacaban mosquetones para amarrarse y poder escalar las vías ferratas, en lo alto del cielo. Lo más asombroso de los italianos era que tenían *rifugi* en la cima de las montañas. Podías comerte un plato de pasta y beber una copa de pinot grigio encaramado a más de tres mil quinientos metros. Gente civilizada. A menudo le asalta el deseo de tener un poco de sangre italiana, esa magnífica generosidad expansiva, ese color, ese estilo, pero la suya es toda lituana, que, claro está, ya es un popurrí en sí misma: polaca y rusa y alemana y vikinga, también.

Curioso, la sangre que heredamos. Batiéndose allá dentro y haciendo que seamos quienes somos; aunque el paisaje también influye lo suyo en las mentalidades. En Tobago, con sus playas y su sol y sus palmeras, por supuesto, la vida está pensada para ir ralentizándolo todo. Y, aun así, Sally, no sabe cómo, se las apaña para dejarlo todo listo, él siempre se lleva una sorpresa cuando, al final de la jornada, ve que la casa está limpia, la colada, doblada, los platos, fregados, las camas, hechas, y ella desaparece en su cuartito, donde tiene una foto del sobrino, o nieto, en la mesa, y la ha oído llorar en un par de ocasiones, pero casi siempre se acuesta contenta, o eso parece. Oh, suave nodriza de la naturaleza, ¿qué espanto te he causado?

Sea como fuere, le gustaría que se pusiera en marcha. Recorre con la vista el vestíbulo hasta esa nieve blanca de copos planos que cae afuera. La vida, cosa rara, se convierte en un telescopio: a mayor edad, mayor distancia. Lleva casi veinte años viviendo en este edificio, y el vestíbulo nunca le había parecido tan largo como ahora. Levanta el dedo para saludar a Tony, el portero, que está fuera esparciendo sal gruesa en el suelo. Hace ya dos décadas que conoce a Tony. Lo ha visto florecer y madurar; pasarse, mejor

dicho. El tiempo. El que a todos iguala. ¿Cuándo se había plantado Tony en el otro extremo de la mediana edad? No es que estas cosas pasen de la noche a la mañana, ¿o me equivoco? Una vez se lo encontró leyendo un libro de filosofía. Había tratado de hacer un chiste: *¿El libro lo lees o es de Adorno?* Le había caído gordo. A Tony. Y hablando de caer, él podría acabar en el suelo ahora mismo, de morros en el vestíbulo, esperando. Vamos, Sally, por el amor de Dios.

Hubo una época de su vida, a los treinta y muchos, en la que empezó a perderlo todo: el pelo, la soltura, la gracia. Iba por ahí con un nudo de angustia en el corazón. La crisis de la mediana edad, la llamaban. A decir verdad, no empezó a recuperarse hasta que cumplió los cincuenta. Entonces lo nombraron presidente del Tribunal Supremo de Kings County. No salió elegido por aclamación, precisamente, pero el partido lo respaldó, hasta hicieron chapitas y folletos para repartir en los centros electorales de Brooklyn. La verdad es que necesitaban un judío progresista y él cumplía casi todos los requisitos. Y también les gustaba su esposa católica: dos pájaros de una papeleta. Y como vivían en Brooklyn Heights, tenían su caché. La panadería de los Dugan Brothers a domicilio. Iba caminando cada día a los juzgados de Adam Street. Lo mejor del tribunal era que no tenías que jubilarte hasta los setenta, setenta y seis si estirabas un poco. Lo recogía la ley del poder judicial: tres prórrogas de dos años. Le habían apretado las tuercas, claro está, y habían dejado caer las indirectas de rigor, sobre todo porque se había mudado a Manhattan —ya no era su chico de Brooklyn, ¿cómo se había atrevido a marcharse a la ciudad?—, pero aguantó allí hasta el final, sobre todo después de que Eileen lo dejara, oh, Dios, ese día. Estaba en el baño, en la calle Ochenta y seis, afeitándose, con media cara cubierta de espuma, cuando, del otro lado de la puerta, le llegó el ruido de una caída. Llevaba mucho tiempo enferma, pero él no tenía ni idea de que se iría así —una caída repentina al levantarse de la cama—, y allí tenía a Eileen, sobre la alfombra, adiós, adiós, *a chuisle mo chroí*. Se agachó y le acarició el pelo. Eso es lo que iba a recordar, el tacto de su pelo. Dicen que es una de las últimas cosas en apagarse. Que sigue creciendo. Incluso días después. Por eso a los judíos tienen que afeitarles la cabeza.

—¿No es verdad, Sally?

Llega por fin después de doblar la esquina, el dobladillo de la bata blanca de enfermera asomando bajo el abrigo oscuro.

—¿No es verdad qué, señor J.?

—Sólo estaba pensando.

—¿Sí? —dice con un deje de aburrimiento. Se estira y le ajusta la bufanda alrededor del cuello, bien cerrada.

—En la señora Mendelssohn.

—Sí, señor, la señora J., señor. Una mujer estupenda, la señorita Eileen.

—Sí, sí.

—¿Disculpe, señor?

—Oh, tú no te preocupes por mí, Sally.

—En marcha, señor J., ya veo por dónde va.

Los muertos están con nosotros. Se deslizan al seguirnos en nuestros viajes eternos, acompañan el menor de nuestros gestos, se repliegan entre nuestras sombras negras y, a la hora del almuerzo, hasta se apuntan a nuestras breves visitas a Chialli's. Eileen solía cepillarse el pelo con un cepillo de mango de oro. Le encantaba verla al lado del espejo, el golpe del cepillo y el abanico de su pelo, juntando los largos mechones con el índice y el pulgar.

—Bella ayer y bella siempre.

—¿Señor J.?

—Es una vieja canción.

—Sí, señor. Por supuesto.

—Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo.

—Sí, señor.

Sally está absolutamente perpleja, como es natural, pero ¿cómo va a tener la más remota idea de lo que está hablando?, a menos que la canción tomara otros derroteros y llegara hasta Tobago. Da igual, maldita sea. Nota un ligero temblor en el bolsillo, pero no va a parar aquí, ahora, en el vestíbulo, le da igual quién le llame, Dios o Elliot o Job o cualquier otro, vamos. Rara, la pequeña vibración que nota allí abajo. Un molillo en mi bolsillo. Como en el libro del doctor Seuss. Solía leérselo a Katya, de eso hace ya mucho tiempo. Curioso, el tiempo. Con la de tiempo que tenemos ahora y nos lo pasamos echando la vista atrás. Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo.

—Dios santo —dice Sally mirando el día que hace fuera—. ¿Va a exponerse a salir a la calle, señor J.?

Ésta es una cosa de Sally que también le encanta, que, de vez en cuando, le salga con una palabra que no se espera. Me expongo, vaya que sí. Me repongo, Sally querida. Arriba. Lejos.

Se detiene en la primera puerta de vidrio, en los escalones de la entrada. Lo alcanza una ráfaga de aire frío mientras Tony corre a ayudarlo.

—Joven.

—Dígame, señor Mendelssohn.

—Me.

Su vieja broma. Siempre le arranca una sonrisa a Tony, no falla. La repetición es lo que la vuelve cada vez más graciosa: se la hace casi todos los días, llueva, nieve o haga sol. ¿Qué pasaría si un buen día dejara de hacerla? El mundo seguiría girando, pero quién sabe si, de un ataque de hipo, trastabillaría un poquito sobre su eje. Nada, sólo una bromita de Adorno.

—¿Y quién es esta bella dama?

Tony el Galán. Una sonrisa de Sally. Sí, vaya si le gusta esa sonrisa. Es un mundo bueno, éste, en sus ratos sueltos.

—Acabamos de casarnos en el ascensor, ¿verdad, Sally?

—Sí, señor, eso es.

—Espero que hayan recogido todo el confeti.

—Puedes mirar el cubo de reciclaje.

—Es usted muy atento, señor Mendelssohn.

La escalera que va del vestíbulo a la calle es muy alta, cada día más. Tengo la impresión de estar bajando con una grúa. Derecho a la pila de reciclaje. A lo mejor Katya y Elliot tendrían que colgar asideros por toda la Ochenta y seis: de las farolas, columpiándonos como Johnny Weissmuller por la selva, allá vamos.

—Con cuidado —dice Tony—. No vamos a dejar que los recién casados tengan un accidente.

Sólo hay un poquito de confeti en el suelo, pero la tormenta arrecia. Más vale que nos pongamos en marcha ahora, a paso ligero. Quién sabe cuánto tardaremos en volver a casa si acaba cayendo una buena.

Apoya el bastón en el suelo con firmeza y el peso le dobla la pierna. El crujido de la rodilla. El estruendo del tobillo. Allá vamos. Gracias, Sally. Ya me espabilo yo solo.

Curiosa, la nieve. Dicen que los esquimales tienen ochenta palabras para referirse a ella. Pueblo elocuente. Aguanieve y cellisca y cinarra y pedrisco. Cencellada y escarcha. Placa, cristal, helero, ventisca, cascarrina. Nevazo, nevero, neviza, nevasca. Copo, granizo, perdigones. Friable, virgen, primavera, polvo. Un insulto de nieve, una injuria de nieve, una pulla de nieve, una nieve a lo Walt Whitman, una nieve de bestiario, un Calíope de nieve, nieva en morse, tres rayas, un punto y otra raya, nieva como el arte del periódico de antaño, nieva como el polvo de septiembre que cae, nieva como el desfile del día de los Yankees, nieva como una canción esquimal.

Un paso, dos pasos, tres pasos, cinco. Se detiene un momento en un parquímetro. Adiós a esos días en los que podías aparcar la cafetera por cinco centavos, ¿cuánto cuesta ahora? ¿Dos dólares los diez minutos? ¿Más? ¿Menos? Mira un autobús que pasa, lleva cadenas en las ruedas. Una mujer en bici. Buen equilibrio. La sombra de la muerte yendo y viniendo por el cruce. Cuidado, jovencita. Un microbús que avanza por la nieve entre pitidos, peligrosamente cerca de la ciclista. Los intermitentes emiten destellos intermitentes. El claxon resuena. Que no le dé, señor. Ay.

—Por poco, Sally.

Por el pelito de su barbilla.

—Ay, no...

Sally también. Aquí hay mercado: maquinillas para ancianas. Eileen nunca tuvo ese problema: suave como la seda.

Se toca el sombrero y avanza arrastrando los pies. El leal bastón le hace más falta que nunca. Con contera de acero. Hoy no suena. Está amortiguada.

—Se me está despertando el apetito, Sally.

—Sí, señor.

Se detiene al lado de la boca de incendios para tomar aire. Es incapaz de ver una boca de incendios sin pensar en ese polvo de septiembre cayendo, hace ya diez años. Todos esos bomberos subiendo por la escalera. Todos compartiendo un vínculo íntimo. Un día terrible, el derrumbe lo vio por

televisión. Durante las semanas que siguieron, cualquier menudencia estaba cargada de significado, hasta el polvo del alféizar, nunca sabías qué podía contener: un artículo, un currículum, una pestaña.

—Sally, querida, eres un ángel.

—Le falta el aire, señor J.

—Finjo, nada más, Sally.

Se queda al borde del paso de peatones. ¿Por qué estarán los semáforos hechos para humillarnos? Antes podía cruzar de una acera a la otra sin un solo parpadeo del hombrecito de neón. Últimamente sólo es capaz de llegar a medio camino antes de que el hombre rojo le salga con sus payasadas. No hay nada que deteste más que cuando los coches empiezan a avanzar despacio. Se te acaba el tiempo, Mendelssohn. Adiós, gracias, ahora tira para Florida. O para Carolina del Norte. Allí abajo el hombre de neón se demora infinitamente más. Eso lo sabe todo el mundo.

Ya empiezan con el claxon y la bocina. Nunca deja de sorprenderse de lo rematadamente grosera que puede llegar a ser la ciudad. Ocho millones de vidas chocando a la vez. Todos esos átomos minúsculos rebotando entre sí. Sí, sí, señora, va a poder mover el trasero, pero calle usted primero y deje que mueva yo el mío.

Una de las cosas que le gustaba de Nueva York era la fanfarronería y el descaro que se gastaba la ciudad. Te usaba y te escupía. Pero cuanto más viejo se hacía, más pensaba que debería respetarlo un poquito. A fin de cuentas, él le había dedicado su tiempo. En el estrado. En las reuniones de partido. Juez del Tribunal Supremo. El título era de campanillas, aunque en realidad le llegaban todos los casos de Brooklyn, aquello era la cámara de compensación de asesinos, mafiosos, picapleitos y tramposos. Los apuñalamientos fortuitos. Las detenciones premeditadas. Los asuntos sucesorios. Los mandamientos judiciales. Las abrogaciones. Resmas infinitas de papeleo. No abandonó el sistema ni en los peores momentos. No se apartó jamás del buen camino. Ganando la mitad de lo que habría ganado de haberse pasado al derecho de sociedades. Después de todo aquello, le habría gustado recibir un breve aplauso del gallinero. Un rato más en el paso de peatones, por favor. Tiró su carrera profesional a la basura para consagrarse al servicio público, ¿y qué había recibido a cambio? Una flamante muñeca de infarto en

un cuatro por cuatro negro matrícula de Nueva Jersey, con pinta de estar muriéndose de ganas de derribarlo de un hachazo. Los limpiaparabrisas golpeteando arriba y abajo. Su mirada irascible. El destello del brillo labial. Es una exlimones. Tamborileando con los dedos en el volante. No te pienses que no te veo, jovencita. Que vaya más lento que una tortuga no significa que no me dé cuenta de que te gustaría pisar el acelerador a fondo y, ya de paso, pescar a la pobre Sally y arrastrarnos por la calle Ochenta y seis colgando del parachoques. Un poco de respeto, por favor. Ha lugar a la protesta. Había llevado el caso de un niño de Bedford-Stuyvesant, lo habían atado a la parte trasera de un camión de la basura y lo habían arrastrado por las calles y después lo dejaron tirado en el suelo durante dos horas, todas las pruebas estaban allí, pero el jurado se resistió a la condena. Reformular. Pasar a otra cosa. Dejar atrás un caso como ése costaba. Lo persiguió durante años. Un niño negro, arrastrado por la calle. Días brutales.

Y a todo eso, ¿quién diantres había diseñado esos cuatro por cuatro? Las cosas más puñeteramente feas sobre la faz de la tierra. Una reluciente parrilla plateada y un carnero en el capó. Como si fueran a la guerra. ¿Y por qué diantres le hará falta un coche así? No es que vaya a cruzar las Rocosas, ríos desbordados y selvas infinitas.

—Siempre es de Jersey, Sally.

—¿Señor?

—La matrícula, siempre es de Jersey.

—Usted tómesele con calma, señor J. A ésta, ni caso. Como si nos quedamos aquí hasta el domingo, si queremos.

—Podríamos acabar atrapados en la nieve.

¿Cuántas mañanas, mediodías y noches me he pateado esta calle? ¿Cuántos pasos he dado por el mismo camino? Cuando era joven y ágil y diestro cruzaba como el rayo sorteando el tráfico de Dublín, los coches de caballos, las bicicletas, las camionetas lecheras y toda la pesca. Cruzando a lo loco y, ahora, arrastrándome a lo loco. El pájaro loco, vaya que sí. En el Upper East Side. Mucho volumen, en esta vida. Y ecos, también.

—Ningún problema.

La mano de Sally reposa con firmeza en el hombro del anciano. Agarrando con fuerza lo que le queda de músculo. El bastón en la otra mano, apuntándolo y propulsándolo en su avance. ¿Y por qué será que la mente puede hacer lo que le venga en gana y el cuerpo, en cambio, no la sigue? Con lo maravilloso que sería llevar vida de cerebro un ratito. Estar metido en un tarro, bien arriba, y verlo todo desde allí. Sin los rigores de la mansión majareta. Una vida limpia y pura. En un estante. En una hilera de estantes. En vez de estar allí parado, arrastrando los pies por la nieve, viendo al hombrecito rojo destellar y a la de Nueva Jersey echar chispas, y escuchando cómo sonaba el claxon y, mientras tanto, Nueva York entero se apelotonaba a espaldas de la mujer.

—Sí, señora, sí.

—¡Cállese! —dice Sally con mirada desafiante.

La mujer da un volantazo y, rodeándolo, arranca. Las ruedas giran en la fina costra de nieve. Ni el tiempo ni la marea esperan a ninguna mujer. Sobre todo a las de Trenton. O a las de Wayne. Y menos aún a las de Newark. Sí que tiene prisa, santo cielo.

Habrán salido a hacer una escapadita, quién sabe, puede que hasta tenga una cita con su Elliot. ¿Por qué no habrá aprendido el chico a guardarse la herramienta en los pantalones?

El hombrecito rojo está inmóvil. Ni siquiera lanza sus destellos. Un Gerónimo de la avenida. Antes, tiempo atrás, era de otro color, ¿verdad? ¿No había una inmensa mano de neón? ¿O todavía sigue allí? Lo más seguro es que hubiera una de esas señales: «Adelante. Alto». Era tan neoyorkina, esa insistencia, esa orden impetuosa... Adelante o... También había otra: «Ni se te ocurra aparcar aquí». Y una vez, de eso hacía ya mucho, vio un cartel en Hell's Kitchen que decía: «No aparcar, joder». Lo que tenía su gracia, aunque resultaba algo confuso: ¿aparcar estaba prohibido pero joder no? ¿Joder era, además, obligatorio?

Lo que usted diga, su señoría. Cruce la calle. Todas las normas de Wimbledon quedan suspendidas.

Otro pitido estridente. El tráfico del otro carril de la calle Ochenta y seis ha empezado a avanzar. Un sij en un taxi. Eche el freno, caballero. Ay, Dios, un tirón de dolor en las rodillas. Una rigidez feroz en los hombros. Las

caderas las tiene como si se las hubieran hundido en cemento. Fuimos jóvenes, Sally. Es como cruzar la laguna Estigia.

Primero un pie y después el otro. Eso es todo lo que tienes que pensar. Sin querer correr. Primero un paso y luego el siguiente, como en un Alcohólicos Anónimos del geriátrico. Otro bordillo. Pedir la grúa. Evitar las rejillas a toda costa. Sin quedar atrapado en la Estigia.

Y, aleluya, loados sean los cielos, llega al bordillo y recupera el equilibrio apoyándose en Sally. Los dos resuellan un poco.

—Los chinos son todavía peores.

—Umpf —responde Sally.

—Es de dominio público. Los chinos son los que peor historial al volante tienen. No sé por qué. Son buena gente, pero no saben conducir, vaya que no.

—¿Ah, no?

—Si llegas a toparte con un chino de Nueva Jersey, ya puedes ir abrochándote el cinturón de seguridad.

—Qué divertido es usted, señor J.

Lo que, eso está claro, no es cierto. Ella no sonríe ni un poquito. En la calle, temblando. No ha habido manera de que se acostumbre. Un par de décadas en Nueva York y todavía lleva el sol del Caribe en los huesos. Tendría que invitarla a comer. Ella lo acompaña siempre, cada día, y él le lleva a casa unas sobras que Dandinho le envuelve con esa maña especial suya. Le encantan. Les da la vuelta para desenvolverlas. Dispone la comida en un plato. Lo calienta al microondas. Pasa la noche viendo telenovelas en su pequeño televisor. Lleva una vida dura, esta Sally James. Ahora a él le gustaría ver una de sus enormes sonrisas. Algo que dejara el día al descubierto y ahuyentara el frío. Pero está decidida a dejarlo al final de la calle, bien listo y arreglado para su ritual del almuerzo.

—Allá vamos.

Moviéndose como un remolcador. La floristería, la chocolatería, la perfumería, el anticuario, la tienda de vinos, la tienda de bolsos, la tintorería: todo lo que el humano moderno necesita.

Arriba, arriba. La persiana de la vida.

Hoy casi no hay peatones por la calle. Unos cuantos repartidores y un par de madres a la carrera con el cochecito. Un osado corredor en shorts brincando por la avenida como si fuera agosto. Nunca he entendido esto de correr. Pechos peludos y cintas en el pelo. A veces, las dos cosas a la vez. Nieve en verano. Un buen tipo escribió un libro con ese mismo título, ¿cómo se llamaba?, había sido el director de un periódico, estaba enamorado de Jackie O., o eso decían, al menos, ¿o era ella la que estaba enamorada de él, más bien?

Sally, a un lado; el bastón, al otro. El sombrero, en la cabeza. El abrigo, agradable y calentito. El estómago, rugiendo y a la orden. ¿Qué más podría querer un hombre? Eileen, Eileen, Eileen. Y eso lo odio, de verdad. Esos sombreros de caca de perro que se ocultan esparcidos por la acera. Como sombreritos mexicanos. Siempre en invierno, también. Una vergüenza. Si con una bolsita de plástico y un poco de cuidado al recogerlos bastaría. Quitá, sombrero, a la basura.

Tierra a la vista. La marquesina naranja y marrón. Los grandes ventanales. La primorosa caligrafía de las letras del cristal. Las cortinitas plisadas. El resplandor de las lámparas de globo. Un hogar lejos del hogar. Pete Hamill, el escritor era ése.

—Con cuidado, señor J., vigile con el suelo.

Se detienen un momento delante de la tienda de bolsos y él se inclina hacia ella, ve un copo de nieve posado en una larga pestaña.

—¿A qué hora lo recojo, señor J.?

—Volveré andando con Elliot.

—¿Está seguro?

—Seguro. Estoy seguro.

—¿Seguro seguro?

—Seguro, Sally.

¿Cuántos seguros seguidos? El amor ama amar el amor. El pequeño copo posado en la cornisa de la pestaña. La belleza viene y la belleza se va.

—¿Sabes que nunca te lo he preguntado, Sally?

—¿Señor?

—¿Qué prefieres? ¿Salmón o filete?

Sally parpadea y el copo desaparece. Pestañas. Torres. Y a todo eso, ¿por qué será que siempre le lleva las sobras? ¿Por qué tiene que quedarse con el poso del día, y con los pañales también? Debería pedirle un plato completo, que Dandinho se lo envolviera. O, mejor aún, decirle a Sally que se arreglara para sacarla y festejarla, tiene un corazón de oro, esta Sally James, cuidando de su sobrinito en Scarborough, si no me equivoco, ah, me vuelve la memoria, sí, Tobago, sin duda, no era Trinidad.

—No se preocupe por mí, señor J. —dice Sally—. Yo estoy bien.

—¿Un *brownie*, quizá?

—Qué amable es usted, señor J.

Y Sally le da un beso en el frío de la mejilla.

VII

*Hombres delgados de Haddam,
¿por qué imaginan pájaros dorados?
¿Acaso no ven cómo el mirlo
camina en torno a los pies
de las mujeres que los acompañan?*

La mosca doméstica es una obra maestra del diseño evolutivo: tiene un campo de visión de trescientos sesenta grados, prácticamente, y es capaz de reconstruir una imagen completa por poca luz que haya. Su ojo compuesto es un intrincadísimo panal. Su retina, una superficie convexa salpicada de cientos de fotorreceptores hexagonales. El cristalino de cada uno de sus ojos —con las células gliales, las células pigmentadas, una córnea— capta su propia luz y crea un mapa visual profundo.

La mosca detecta el movimiento entre las sombras y distingue objetos lejanos con una nitidez que el ojo humano no alcanzará jamás. El resultado es un mosaico de luz, color, diseño y velocidad. Las imágenes que la mosca ve se agolpan en su cerebro. A más cristalinos en uso, mayor resolución.

En un portaobjetos, el ojo del insecto parece una exquisita obra de arte, los azulejos de una mezquita o la curva de un planeta aún por descubrir.

Con el ojo de una simple mosca doméstica podemos ver, en un nanosegundo, hasta el menor detalle del restaurante Chialli's: las mesas dispuestas en rombos, la puerta que se abre a la cámara frigorífica, el frenético tajo del cuchillo sobre la zanahoria, los pliegues arrugados de las servilletas, el ayudante de camarero, que arregla la manivela de la máquina del café, el gerente, que se vuelve hacia la pared para recolocarse un poco el paquete, la cesta del pan que se desliza sobre las bandejas, la encargada de recepción que apoya el lápiz en la lengua, los platos de la mesa del muerto, que alguien recoge, el aceite caliente que salta de la sartén.

Resulta, sin embargo, que hay doce cámaras en Chialli's, hábilmente ocultas en rincones de todo el restaurante. Un sistema de dos años de antigüedad con capacidad para dieciséis cámaras, cuatro puertos todavía siguen abiertos. Software actualizado con un terabyte de capacidad. Compresión, resolución y velocidad de imagen completa, con treinta imágenes por segundo. Uno de esos equipos lo bastante buenos como para que los técnicos de vídeo puedan conectarse y realizar el visionado a distancia.

Es un restaurante muy conocido, muy valorado, muy Upper East Side. Una larga barra de caoba. Paredes revestidas de madera oscura. Suelo de maderas nobles. Lámparas de pantalla que cuelgan del techo sobre las mesas. El restaurante le debe su fama a una cocina italiana con un sorprendente giro sudamericano. La carta de vinos es muy completa. El servicio, impecable. La especialidad de la casa es la lubina a la parrilla poco hecha con mango y pimientos. El postre más popular es el tiramisú, que preparan con un ligero toque de cachaza. A mediodía, la clientela es tranquila y acomodada: señoras bien que han quedado para comer.

Los detectives digitales pasan de las doce cámaras en damero a examinar las imágenes una a una: la cocina, el despacho del encargado, el mostrador de recepción, el guardarropa del personal, el patio trasero. Las superponen, las marcan, las deconstruyen, buscan incoherencias imperceptibles. Verifican la marca temporal. Acercan la imagen, la alejan, se montan un dossier examinando las imágenes que preceden y siguen al asesinato, 14.19, a la caza de cualquier cosa que se salga de lo normal.

Allí, Laura Pedersen, la chica del guardarropa, con su talonario de resguardos. Allá, Carvalho, el abridor de ostras, afilando el cuchillo. Aquí, Chad McKenzie, el chef, remetiéndose el pelo en el alto gorro blanco. Allí, Christopher Eagleton, el gerente, hojeando las páginas de un sujetapapeles. Allá, Pedro Jiménez, en el fregadero. Aquí, el tenedor que se ha caído en el suelo de la cocina. Allí, el vaivén de las puertas de la cocina. Aquí, Dandinho, el ayudante de camarero, que acompaña a Mendelssohn hasta la mesa. Allí, Mendelssohn, que se limpia el labio con la servilleta. Aquí, Elliot, que da unos sorbos a su cabernet. Allí, la última copa de Sancerre que

Mendelssohn bebió. Aquí, Rosita Oosterhausen, la camarera, tecleando las comandas y, más tarde, pellizcándose el pezón a través de la blusa segundos antes de entregar la cuenta, método infalible para hinchar la propina.

Existe también una secuencia del vestíbulo de entrada de Chialli's, desde la llegada de Mendelssohn hasta los últimos minutos de su despedida.

Cabe señalar a varias personas, y a Elliot Mendelssohn en particular. Llega tarde, grande y muy tapado, con abrigo y bufanda. Lo observan comiendo junto a su padre multiplicando por ocho la velocidad de reproducción: los golpecitos de la servilleta, el veloz movimiento ascendente del tenedor hacia la boca, el vino que se vierte, ni rastro de discusión evidente. Ralentizan la secuencia de vídeo para observar a Elliot mientras se dirige tranquilamente hacia las puertas de la entrada, se pone el gorro de lana y sale a la ventisca sin levantar todavía sospechas evidentes, ni un cabeceo, ni un parpadeo, ni una seña. Se marcha a las 13.52, veintisiete minutos antes del asesinato. Con todo, muchísimos asesinatos los planean miembros de la familia y los agentes no pueden descartar un cómplice: hay algo profundamente desagradable en Elliot y, sobre todo, en ese empeño en hablar por teléfono durante buena parte del almuerzo.

Después es Pedro Jiménez quien se ausenta de su fregadero durante cuatro minutos antes del asesinato y cinco minutos después. Pedro, cincuenta y siete, sin antecedentes ni historial de violencia. A las 14.12 lo ven enfrascarse en una animada discusión con Dandinho, el ayudante de camarero, al lado del gigantesco fregadero metálico que queda debajo del póster de los Brooklyn Cyclones. Es interesante ver a Pedro quitarse el delantal y tirarlo al suelo, y ver a Dandinho sujetarlo de los hombros. Los dos intercambian empujones en una breve pelea. Más tarde, cuando los interrogan, sale a la luz que Dandinho es brasileño y Pedro, costarricense, y llevan una porra de fútbol sudamericano en cuya contabilidad ha habido algunos errores. Pedro les dice que a la hora del asesinato estaba en el baño. No hay cámaras en el baño, por supuesto, pero sí que localizan unas imágenes suyas bajando el pasillo en dirección al servicio, coartada bastante verosímil.

A Sally James también le siguen la pista, aunque a regañadientes. Reculan hasta la primera toma delante de Chialli's. Observan al muerto, vivo, con Sally al lado. Camina arrastrándose, desconfiando de la ligera costra de nieve en el suelo. Los pasos vacilantes de alguien que se niega a caerse. El viento le muerde la cara. El ángulo de toma le alarga el cuerpo. Entran en el cuadro, como actores dirigiéndose a su marca. Los agentes detienen la imagen y la amplían, la mantienen digitalmente congelada y siguen avanzando al ralentí. Los dos titubean en la entrada. Ella le da un beso en la mejilla y después Mendelssohn suelta el brazo de su enfermera y, con los hombros caídos, avanza arrastrando los pies y se detiene ante la puerta del restaurante. Un copo solitario vuela contra la pantalla y lo oculta fugazmente.

Los agentes toman nota: habría que comprobar si el testamento de Mendelssohn ha sufrido modificaciones recientes, lo que no es extraño entre enfermeras o asistentes y las personas que tienen a cargo, aunque Sally James no parece de esas personas, precisamente.

Esto es lo que entre los polis se conoce como un «obús Shrapnel»: piezas que estallan a la izquierda y en el centro y a la derecha y arriba y abajo. Podría tratarse de un error de identificación. Podría ser un crimen de odio. También cabe la posibilidad, por supuesto, de un episodio psicótico al azar: un sin techo algo desequilibrado o un ladrón desesperado que anduviera suelto. Pero aquí no hay ni billetera que desaparezca ni teléfono que alguien haya birlado. El objetivo de los agentes es dar con el foco, con los músculos que propinaron el puñetazo. Tal vez podrían remontarse por los ligamentos hasta el hueso y, finalmente, dar con el momento crudo de la descarga.

Varias teorías siempre resultan menos convincentes que una sola, conque para la principal se quedan con Elliot. Hay algo ahí, sin duda, aunque todavía no son capaces de dar con ello: no sería raro que el hijo asesinara al padre, desde luego, eso es mucho más frecuente de lo que cualquiera admitiría.

Después de que Elliot se marche, Mendelssohn espera y bebe su vino. Se levanta con paso un poco vacilante, va al servicio y vuelve para entretenerse con el postre. Paga con tarjeta de crédito, firma el recibo y avanza entre las filas de mesas vacías. Tanto la camarera como la chica del guardarropa lo ayudan a ponerse el abrigo. A los agentes les gustaría decirle

que parara, que hiciera algo completamente distinto, conseguir que Mendelssohn se sentara, que esperara, por favor, que no se moviera, que desistiera de lo que estuviera haciendo, que, por letargia, cambiara el curso del mundo.

Un clic y ya no está. Lo que más los exaspera es la cámara exterior, la de al lado del vestíbulo de entrada. El ángulo es perfecto, pero lo único que pueden ver es a Mendelssohn salir a la tormenta, tirar con fuerza del cuello de su abrigo, golpear el suelo con el bastón, detenerse unos instantes sin expresión de enfado aparente y avanzar. Al cabo de treinta y siete segundos, reaparece en el fotograma con el Homburg dando vueltas en la cabeza. Se estrella contra el suelo. Ven al agresor entrar en el cuadro durante una fracción de segundo. Una figura oscura que se agacha como si quisiera susurrarle algo a Mendelssohn. Gorra de béisbol, plumífero. Resolver casos en verano siempre es mucho más sencillo: ni gorras ni bufandas ni caras tapadas. Pero estamos en invierno y él es un hombre de raza indeterminada, indistinguible, ni siquiera con el zoom, con tantas sombras y tantas prisas. Lleva la boca cubierta con una bufanda, parece, y una gorra con letras curvas, una B o un 8, posiblemente, y una C o una O. Amplían todavía más, cortan, copian y envían la imagen al servicio de vídeo forense. Con un cuarto de segundo de secuencias digitales —treinta fotogramas por segundo— tienen 7,5 imágenes de la gorra. Tras horas de examen, vuelven y dicen que la visera tiene «B. C.» bordado. Los agentes corren a Google para comprobar si Elliot fue al Boston College, pero Elliot es un harvardiano de pura cepa. Con todo, el agresor es alguien con las agallas de llevar una gorra de Boston en Yankeelandia.

Dividen la pantalla y peinan las imágenes tan a conciencia como pueden, reservando la velocidad real para los momentos cruciales. El resto, acelerado, lo que confiere a las secuencias la cualidad de una película muda, Mendelssohn comiendo deprisa, poniéndose el abrigo, avanzando a trompicones hacia la puerta con el bastón, pero ralentizan cuando sale a la calle, desaparece del cuadro y después vuelve a aparecer, congelado en plena caída, vuelto a congelar al cabo de un segundo, con un grito ahogado de asombro en la cara, *¿Cómo te atreves a pegarme un puñetazo?*, antes de que la cabeza se le raje en un charco de sangre oscura.

No hay cámara en la entrada del personal de Madison Avenue que queda a diez metros, una sencilla puerta metálica por la que, dejando atrás los baños, se llega a la cocina. La única toma clara de la agresión es la de la cámara de tráfico de la farola de la esquina de la Ochenta y seis con Madison cuya señal llega al Departamento de Control de Tráfico: un plano muy amplio de baja definición, aunque el ángulo es muy abierto. Cualquier otro día podría haber completado las secuencias del restaurante —la línea de marea de los taxis, el siniestro enjambre de camiones abollados—, pero hoy queda oculta por la nieve que vuela directamente hacia el objetivo, empezando por unas gotitas que al principio se derriten en la pantalla y que después, sin embargo, se acumulan, una a una, fusionándose, el blanco de una cortina que va cerrándose. Empieza con copos que se derriten y se queman contra el calor del objetivo, se detienen un momento y, como riachuelos, caen pantalla abajo. Al cabo de un rato llegan en ráfagas más súbitas. Se acumulan, forman capas, saltan hacia arriba, hacia la cámara, como la turba que oculta el crimen. En el momento del asesinato, lo único que puede verse por los gránulos de nieve son los faros de los coches que se acercan, avanzando pequeños y fantasmagóricos por la avenida. Ni figuras. Ni caras. Ni hombres con gorra de béisbol. Ni imágenes de un agresor corriendo calle abajo.

Momentos después de la agresión, los gránulos recogen los vagos remolinos azules y rojos de las luces de una sirena hasta que, por fin, la calle queda cerrada y las imágenes se convierten en un retrato estático de faros. Aunque no hay sonido, los agentes casi pueden oír el estruendo exasperado de las bocinas, hasta que la palabra *asesinato* empieza a colarse entre los coches parados y las bocinas enmudecen.

Los agentes buscan cámaras en tiendas y bancos cercanos, pero ninguna ofrece un buen ángulo de la entrada de Chialli's. Y, aun así, saben que la solución está incrustada en las imágenes, en algún lugar, o tal vez exista otra cámara por descubrir en las tiendas de Madison Avenue o algún otro ojo digital testigo del día. Es un razonamiento lógico: se ha cometido un crimen y, por tanto, la respuesta tiene que estar en algún sitio. No hay nada fundamentalmente irresoluble. Es una ley física evidente. Si pasó, puede desentrañarse. La dificultad estriba en la ingente cantidad de trabajo que se necesita para peinar las imágenes. Aunque consigan vislumbrar a un hombre

con «B. C.» en la gorra —en el metro de Lexington Avenue o subiendo la calle a toda prisa para alejarse de la escena—, no habrá nada que lo vincule directamente al puñetazo.

Y como el poema convierte al lector en cómplice, los agentes también se convierten en cómplices del asesino. Pero a diferencia de lo que nos sucede con los poemas, sí queremos que nuestros asesinatos queden resueltos del todo: siempre, claro está, que de verdad se trate de un asesinato o de un poema.

VIII

*Sé de acentos nobles
y de ritmos lúcidos e ineludibles;
pero sé también
que el mirlo está incluido
en lo que sé.*

Entra hecho una pelota de nervios y miedo. Con el teléfono pegado a la oreja. Problemas otra vez, sin duda. Se quita el abrigo en el guardarropa. Gotas de nieve derretida en el suelo que forman una constelación desperdigada. La chica del guardarropa le echa una mirada rápida. Se quita la bufanda y deja a la vista un cuello que podría plegarse varias veces. Elliot tiene algo de morsa prehistórica, imponente y torpe a la vez. Se descubre, deja al aire la enorme cabeza calva y, con un dedo solitario, gesticula en dirección al restaurante: *Esperadme, pero no contéis con que me dé prisa*. Le da la espalda a la chica del guardarropa y se lleva la mano ahuecada al móvil. Una llamada pero que muy seria. En la inclinación de su cuerpo se aprecia la rabia. Tiene algo de irlandés. Colorado y venoso. ¿Qué ha sido de los magníficos genes de Eileen? Debió de llevárselos todos Katya, quién sabe. Curioso, cómo acaban las cosas. Nunca nos convertimos en padres del todo. Nos volvemos, en cambio, hijos de nuestros hijos. Lo que les pasa a ellos, por tanto, nos pasa a nosotros. Así sea. Ése es mi chico, gritándole al móvil en el rincón del restaurante, y aquí estoy yo, con un vaso de agua, mirando, y la verdad es que ni podría quererlo más ni podría desagradarme menos: la maldición del padre. ¿Podría alguien, por favor, hacerlo callar y acompañarlo a mi mesa favorita para que pueda darme la mano, o hasta besarme la frente pecosa y todo, saludarme y ocupar su asiento en silencio y volver a ser esa persona encantadora de antaño? Tal vez la nieve interrumpa la señal del

móvil y podamos sentarnos en paz, ¿y cuándo fue la última vez que hablamos los dos, hablar de verdad, no intercambiar las cortesías de rigor? ¿Cuándo, ay, cuándo le dije una palabra que verdaderamente significara algo?

Alarga el brazo para coger el vaso de agua y, gracias a Dios, ve a Elliot separarse del móvil. Date prisa, hijo, estás montando un número, otros quince minutos de mi vida echados a perder.

En la calle nieva ahora a base de bien. Qué intensidad, azotando la calle al vies. Espabila, hijo. Acompáñame.

Al otro lado de la sala, Elliot vuelve a levantar el dedo, esta vez en un gesto de disculpa o lo que parece una disculpa, al menos, y empieza a marcar otro número.

Al diablo los modales, ¿mi camarera cuál es? No me acuerdo, aunque ya ha venido a la mesa por lo menos dos veces. ¿Es la rubia alta o la rubia baja o la rubia de estatura media o la rubia de estatura intermedia con coleta? El gerente nuevo tiene acciones de una empresa de tintes, por lo visto.

Se vuelve en su silla y echa un vistazo por la sala, y aquí viene, no falla, la rubia de estatura intermedia con una sonrisa en la cara. Cada año están más guapas. Será cosa de la genética o de la óptica de la vejez.

—¿Sí, señor Mendelssohn?

—Querría una copa de Sancerre, jovencita.

—Por supuesto, señor.

—Y una de cabernet, también, para el de allá.

—¿Disculpe?

—Mi hijo.

—Ah, por supuesto, señor.

Le dedica una sonrisa maliciosa y se aleja hacia la barra contoneándose. Ah, por el amor de Dios. Elliot, suelta ya el teléfono y no me hagas pasar más vergüenza, por favor. La tentación de la manzana, la gloria de Eva, la confusión de Adán, ¿y qué me ha dado a mí hoy con el Jardín del Edén? Dejad que me quede con mi BlackBerry, colgando de la parra, y hablando de BlackBerries, ¿habría cobertura en el Edén?, me pregunto yo, como iban con todo al aire... ¿Y dónde está el teléfono, por cierto? Se da unas palmaditas en el bolsillo, pero no está allí. Lo habré dejado en el abrigo. Con el volumen al máximo, si no recuerdo mal. ¿O lo tenía en modo vibración? Qué bochorno si

el trasto empieza a sonar a lo lejos. Hoy no hay más de seis clientes en el restaurante, pero eso no haría sino agudizar el ruido. Por favor, que no suene, por favor. Sube la música, Dandinho, hazme el favor. Qué gracia: es Mendelssohn, la Sinfonía n.º 4. Filtrándose por los altavoces. Un buen sonido, nítido y fresco, aunque todavía oye a su hijo ladrarle al teléfono. Y pensar que había sido un tipo encantador con el don de la palabra, pero en algún momento ese don se esfumó. Llévatelo a la calle, a la nieve, Elliot. Si tu madre estuviera aquí, iría derecha y te daría para el pelo. Y a todo eso, ¿qué les damos nosotros a nuestros hijos sino la habilidad de no convertirse en nosotros? Qué mundo tan horrible, si todos fuéramos calcos los unos de los otros. Pero Elliot no es su madre, eso sin duda, y tal vez no le quede más remedio que admitirlo: él es más yo, menuda lástima, por él y por mí y por todos nosotros, también.

Aquí llega la camarera, bandeja en mano. Cubierta de gotitas: la copa, no la camarera. Y apetecible, tanto la una como la otra.

—Hoy está estupenda, jovencita.

Una manchita de pintura azul en la parte interna de la muñeca. Pintora, probablemente, todas tienen otro trabajo. Abstracta, sin duda. Una vista de Brooklyn, minuciosa y nítida, pero con un remolino rotundo.

—Gracias, señor Mendelssohn. A usted tampoco lo veo mal apañado.

¡Lo deprisa que se desvanecen los nubarrones! De apañado a apañado. Y hasta sabe cómo me llamo y todo. Sincera, por lo visto: no se las da de nada, como la mitad del personal hace cada día, con esas trivialidades, esos me alegro de verlo, esos que tenga usted un buen día, ¿cómo vamos con ese plato, señor? Mira, jovencita, ir, iré yo, tú, a lo tuyo. La rubia de estatura intermedia tiene estilo y gusto y encanto. No es otra camarera de usar y tirar. Que no se le olvide cuando llegue la hora de la propina. Lo cierto es que sí que iba... —¿cómo era la expresión?—, ay, se ha volatilizado, adiós, ese antiguo dicho yiddish, todavía guarda algunos en el sótano, van cabeceando aquí y allá como manzanas de Halloween, pero ¿cuál era? Adiós. Y con todo, se lo ve bien apañado, sí. Camisa de Brooks Brothers. Corbata de Gucci, Sally se la había escogido. Traje de corte perfecto, se lo había hecho el mismísimo Frankie Shattuck, el joven sastrecillo valiente. El mejor sastre de Nueva York. Rayas condenadamente impecables en los pantalones. Cuellos

de acabado espléndido. Forro de seda. El hábito hace al monje, desde luego. Cuando lo nombraron para el tribunal de distrito, de eso hace décadas, se fue derecho al sastre a pedirle al padre de Frankie que le hiciera una toga como es debido, y cómo se la hizo: tejido exquisito, costuras perfectas, bolsillos como estaba mandado, la caída justa desde los hombros, una holgura ideal tanto para saludar como para sujetar la maza, *de punta en blanco*: la expresión era ésa, sí, *de punta en blanco*. Y se mandó hacer una con un paño todavía mejor cuando lo eligieron para el Tribunal Supremo. Ya no está entre nosotros, el padre de Frankie. Desaparecemos, todos, como el rocío de la mañana. Y nuestro yiddish también.

—Hace un tiempo horrible —dice la camarera.

—Cuando yo era pequeño las nevadas eran diez veces peores.

Lo que era absolutamente falso. Los únicos recuerdos de Vilnius que tiene son del verano.

—Yo no había visto un copo de nieve hasta que me instalé aquí —dice ella.

—¿Australia?

—No.

—¿Nueva Zelanda?

—No.

Ahora juega conmigo: ¿Sudáfrica?

—Zimbabue —dice con un gesto elegante.

Caramba. Qué ciudad ésta. Nunca deja de sorprenderme. Una natural de Rodesia rubia sirviendo a un judío lituano nacido en Polonia en un restaurante italiano con, vaya, un par de ayudantes de camarero mexicanos que esperan al margen, listos para saltar, y por supuesto Dandinho, el sin par ayudante de camarero brasileño, moviéndose con elegancia de mesa en mesa, y ese americano grandote y calvo de mi hijo, despotricando al teléfono al lado del guardarropa.

—¿Y te llamas?

—Rosita.

—Vaya, gracias, Rosita.

Un nombre poco común para una africana. Sonríe mientras se aleja. Mendelssohn cabecea en dirección a Dandinho, que se acerca raudo a llenarle el vaso de agua.

—¿Hoy tiene sed, señor?

—Es el calor de afuera, joven.

Dandinho sirve con gran soltura, una mano a la espalda, como si su cuerpo entero estuviera presentándole sus respetos al vaso de agua. Sin miedo a mojarse las manos. Nada se le resiste. Relaciones públicas, maître. Famoso en todas partes por su manera de envolver las sobras. Un artista del aluminio. No es moco de pavo. No es cosa de risa. Un maestro del papel de plata. Capaz de recrear la forma que el comensal quiera: cisne o marsopa o vaca o grulla o jirafa. En cuestión de segundos, los restos convertidos en una obra de arte. Ahora es el mismo perrito el que lleva las sobras a casa. A los niños les encanta, pero también les encanta a las señoras bien que quedan para comer, y lo mismo les sucede a los hombres de negocios trasnochadores que vuelven a casa con un animal exótico de aluminio bajo el brazo. Hará unos años, hasta una galería del centro expuso las esculturas de papel de plata de Dandinho.

—¿Cómo está hoy, señor?

—Como una rosa: seco y marchito.

Sonrisa paciente de Dandinho: esa ocurrencia ya la ha oído.

—¿Algo más, señor Mendelssohn?

—Por ahora estoy bien. Esperando a mi hijo, si quieres que te diga.

—Ah, sí. ¿Pan?

—Gracias, Dandinho, pero me estoy cuidando.

Y aquí llega, por fin, cruzando la sala con andar pesado, lo suyo no es el patinaje artístico, precisamente, chocando con mesas y sillas. Se guarda el móvil mientras camina. Y, con todo, ahí todavía queda cierta energía, ni pequeño ni sumiso, eso seguro, tres Mendelssohn en un solo movimiento: padre, hijo, sinfonía.

—Papá —dice, con un amago en la voz, y agarra el hombro de su padre.

Le sobra un poco de peso, sin duda, pero conserva sus preciosos ojos brillantes, la misma forma que los de su madre. Háblame de ella, hijo, en una resonante granizada de palabras.

—Elliot, te presento a Dandinho.

—Un placer, señor.

—Encantado, Davido.

Elliot agarra la mano de Dandinho y le da un buen apretón. Sería un buen político, aunque siempre confunda los nombres. También es elegante. Alfiler de corbata de oro. Camisa de cuello clásico. Paño bien cortado.

—Elliot Mendelssohn —dice—, de Barner Funds.

Como si a Dandinho le importara un pito Barner Funds, pero el brasileño se queda callado unos instantes y después, con el brazo detrás de la silla de Elliot, la sujeta educadamente y la empuja, la deja como está, más bien, dadas las dimensiones de Elliot. Elliot se revuelve en la silla como si ésta fuera un caballo peligroso. La mesa tiembla un poco y los cubiertos repican.

—Gracias, Davido.

La expresión de Dandinho es rara, algo le ronda por la cabeza, un potro salvaje, un toro, un oso. ¿Estará jugando en bolsa? Nunca se sabe. Últimamente, hasta la gente más insospechada invierte y, detrás de una vida, ¿quién sabe qué otra puede transcurrir? Tal vez Dandinho tenga una gran mansión en algún lugar de Brooklyn, con tiradores chapados en oro, piscina, una Jacintha por esposa y toda la pesca, el parpadeo neón del NASDAQ alrededor del espejo de tocador, cosas más raras se han visto, hasta en un ayudante de camarero entrado en años.

—Una compañía muy sólida, señor.

—¿Le has metido dinero, Dandinho?

—No, no, señor, yo no, señor Mendelssohn. Unos conocidos.

—¿Y quién no tiene conocidos? —dice Elliot.

Dandinho asiente con la cabeza y se retira.

La carta que gira. La servilleta que se despliega. Las cortesías de rigor. Me alegro mucho de verte, hijo. Qué tiempo tan horrible. Disculpa el retraso. Una cantinela de excusas, más ruido que sentido: el trabajo lo tenía pillado, se había quedado atrapado en Lexington, se le había torcido un negocio antes de poder cerrarlo, estos días anda empantanado, el tiempo, el tiempo, el tiempo.

En lo que a inventar excusas se refiere, este hombre es un buen vino: mejora con los años.

—Me he tomado la libertad.

—Gracias, papá.

—Cabernet para usted, señor.

Elliot disimula el repaso que le da a Rosita cuando ella, inclinándose, se le acerca y le pone el vino delante. Se queda quieta con las manos en la barriga mientras enumera los platos del día. Menuda pose. Esa motita azul en la muñeca: una incorporación perfecta, como el nudo mal hecho de una alfombra persa.

—Gracias, Rosita.

Salmón con salsa de eneldo para él. Un chuletón al punto con salsa de mango para Elliot. Sin aperitivos. Derechos al meollo del asunto. Ella lo anota todo en un cuadernito azul, pestañea, se aleja, sí, pintora, sin duda. Salmón, ya lo creo yo que sí. Mira cómo se contonea río arriba, vaya lomo.

—*L'chaim* —dice Elliot.

Suele dar con la palabra oportuna, el chico, últimamente han corrido rumores de que Elliot aspira a un cargo, una decisión funesta, sin duda, incluso para un pez gordo como él —iban a masticarlo y a escupirlo y hasta a liofilizarlo—, pero ¿quién va a reprocharle su ambición? Y allá vamos, entrechocando las copas y sumergiéndonos en las viejas aguas turbias, padre e hijo, ¿cómo está Jacintha, qué pasa en casa, tienes noticias de Katya, con Sally todo bien, has llegado a usar la silla motorizada, comes bastante, has visto al doctor Marion?

Ya se han bebido la mitad del vino cuando a Elliot le suena el teléfono.

—Disculpa.

Todo apunta a que la voz es femenina. Elliot es rápido y seco. Sí, no, ahora no puedo hablar, de ninguna manera, las pruebas de ella no bastan, olvídale, te he dicho que ahora no puedo hablar.

Apaga el teléfono y suelta: Dios hartísimo. Gloria a Dios en lo harto. Y denos de hoy. Amén.

Elliot deja el teléfono en la mesa ejerciendo presión y toca unas teclas con los dedos, hasta con esas manotas rollizas parece un pianista, un Richter del teclado.

—Eres un tipo ocupado, Elliot.

—Cosas del trabajo, disculpa. No se acaba nunca.

—¿Problemas con alguna dama?

—¿Quién no los tiene?

Con eso se ha ganado un tirón de orejas. Qué bien que Eileen ya no esté, le habría dado un azote de los buenos, lo habría llevado al baño y le habría lavado la boca con jabón.

—Mi secretaria.

—Ya veo.

—He tenido que despedirla.

—Lo lamento.

—Quiere demandarme.

—Mal asunto.

—Les das un dedo y se cogen el brazo. Menuda *guarralupe*.

La palabra escuece. Un trago de Patrón. Sal en la herida. *Guarralupe*. Una recién llegada al idioma. Más allá de las esposas rubias, Elliot siempre tuvo debilidad por las latinas.

—Parece complicado.

La mirada de Elliot se pierde a lo lejos. Un ligero temblor del párpado y una mueca en la boca. Imposible olvidar que una vez tuvo seis años y estaba en la playa de Long Island, shorts azules, un pegote de arena seca en el hombro, apoyado en el hombro de su madre con un sándwich en la mano, el brazo de Eileen a la cintura, las olas trepando por la orilla, cuando era el niño que parecía destinado a ser.

Y dale, ahí está otra vez, dando brinquitos y sacudidas, vibrando en la mesa, ¿esto qué es, los van a sacar en «Cámara Oculta»?

—Lo siento, papá.

—No pasa nada, vamos, contesta, de verdad que no pasa nada.

Aunque sí que pasa, vamos si pasa, y mucho; pórtate como está mandado y apaga el teléfono, haz el favor, te lo ruego, hijo, deja a Allen Funt encerrado en la cocina, sonríte, la estrella del programa eres tú, ay, hoy tiene la cabeza hecha un trampolín, el presentador de «Cámara Oculta» era Allen Funt, ¿verdad? Buenos tiempos ésos, sin complicaciones, o al menos lo parecían, nos congregábamos frente al televisor, todos juntos, para ver los programas de la noche, un Elliot alto y delgado desparramado sobre la alfombra, Katya acurrucada en el puf, Eileen y él, en butacas gemelas, la sala

acogedora, la chimenea encendida, unos ceniceros ceñidos a los brazos de la butaca con correas, por aquel entonces él fumaba pipa, no he tocado una pipa en no sé cuánto tiempo, los cigarrillos llevo años sin olerlos.

Esta vez es un susurro firme e insistente: ya te lo he dicho, estoy comiendo, no vuelvas a llamarme con las gilipolleces estas.

Sigue un picado hacia la copa de vino: Lo siento, papá.

—¿Te acuerdas de cuando en los restaurantes se podía fumar?

—¿Perdona?

—Estaba pensando en que todo el mundo fumaba. Todavía tengo la pipa, ¿sabes? En el dormitorio.

—Ya nadie fuma en pipa, papá.

—Todavía se huele el humo en la cazoleta. Si te la llevas a la nariz. Persiste.

Elliot vuelve a echarle una mirada al móvil. ¿Y qué era lo que persistía? De lo que de verdad quiero que hablemos es de los viejos tiempos con tu madre, de cuando estábamos todos juntos y la vida iba pasando, sin prisas, día a día, ¿y por qué complicamos el pasado?, ¿no será que no es más que humo de pipa? Pero aquí estamos, escuchándote mientras tú estás dale que te pego con tu *guarralupe*, otra excusa para tu retraso, y seguro que habrá algo más, ¿verdad, hijo? ¿Tendría que hacer otra intentona con mis memorias? ¿Tendría que darle un aumento a Sally? ¿Quieres otra copa de cabernet? ¿Cómo diantres vas a llenar ese garaje de cinco plazas? ¿Podría llegar uno a intoxicarse con el monóxido de carbono en un lugar tan grande? No, no, tú sólo dime esto y no me digas nada más: ¿echas de menos a tu madre, hijo? ¿Te acuerdas de los días que pasamos en la playa, en Oyster Bay? O dime esto otro: ¿te asalta alguna vez su recuerdo con el amago de un suspiro?

Y venga otra vez, el condenado teléfono encabritándose en la mesa. Del otro extremo de la sala llegan miradas fugaces. No es mío, os lo prometo, es un extraterrestre; los que fabrican ahora son grandes, de ojos azules y americanos. Una señora bien hace oír su desaprobación y la camarera ladea la cabeza con ademán comprensivo.

Rosita, lady Marian, acude a mi rescate, saca a mi hijo a la nieve, déjalo allí, trae el arco y las flechas, apunta con cuidado y, de un tiro, arráncale la puta manzana de la cabeza como Robin Hood, o William Burroughs, más

bien.

Elliot se inclina hacia delante y, con el encanto del que a veces sabe echar mano, dice: ¿Te importa, papá? Esta tengo que contestarla, de verdad.

¿Que si me qué? Pues claro que me importa. Aquí estamos, partiendo el pan, y tú sólo quieres parlotear sin parar. Hubo un tiempo en el que te sentabas en un rincón de la cocina y, juntos, nos encorvábamos sobre las matemáticas, los cuadrángulos, los cuadráticos, pegadísimos, cada uno multiplicado por el otro. ¿Cuánto hace que no nos miramos de verdad, dímelo, hijo? Soy un viejo tonto y sentimental, rezumo nostalgia, pero los cínicos me aburren y, ya puestos, mejor ser un libro abierto, me gustaría hablar contigo sin interrupciones, ¿eso me lo concedes, al menos?

—No pasa nada, Elliot.

—Gracias, papá.

Sentado, gira hacia un lado y lleva una mano al teléfono, su gruesa alianza de oro reluce. Mejor taparse los oídos y los ojos y la boca. Un brazalete de plata en la muñeca. Para ahuyentar a los vampiros. Con Jacintha no funcionó, eso seguro. Elliot se lleva algo entre manos, le van llegando retazos de conversación, una voz de hombre, esta vez, une las piezas del puzle, lo de la chica fue un despido, procedente, eso es chantaje, de ninguna manera, voy a demandarla, cómo se atreve, quién se cree que es, es una maldita secretaria, cómo lo describa ella me importa una mierda, mira, Dave, estoy en un restaurante con mi padre, no puede hacerlo y punto, me das una hora, fue procedente —coño, ya, tú encárgate de eso, ¿de acuerdo?—, para eso te pago, si quiere una demanda tendrá una demanda, asistente ejecutiva y un carajo, que se atreva.

Siempre hay más de lo que parece. ¿Cuántas mujeres le habrán lanzado acusaciones a Elliot? *Hola, Barner Funds, despacho de Elliot Mendelssohn, ¿qué se le ofrece?* Guárdame sitio en la cola de la oficina de empleo, por favor, el jefe acaba de llamarme *guarralupe*.

—Lo siento, papá —repite mientras mira el teléfono entornando los ojos y se inclina para coger pan de la cesta.

Tranquilo, hijo, yo me quedaré aquí sentado esperando el salmón con salsa de eneldo y dejaré que el día ocioso se pierda de vista.

—Estoy contigo enseguida, te lo prometo.

Y ya está otra vez con el dichoso dedo y el temblor de mandíbula —con la boca abierta, él también parece salido de una piscifactoría— y echa la silla para atrás, medio restaurante lo está mirando, y no sueltan el anzuelo.

¿Dónde diantres me equivoqué? ¿Le arruiné la infancia? ¿Lo desatendí? ¿No le leí los libros adecuados? ¿Se me cayó y fue a estampar la coronilla, que entonces ya era calva, en el suelo? Tuvo una adolescencia impecable, nunca dio demasiados problemas. Joven apuesto, volvía a casa con sus trofeos de lacrosse, sus diplomas de los torneos de debate, sus medallas de ajedrez. Ni una llamada a medianoche. Ni una expulsión. Ni una detención. Amherst primero, Harvard después, y llegó a Wall Street: un par de años agazapado, y luego jugó al juego del dinero, se puso las pilas, llegó a la meta. Pero míralo ahora, pasando al lado de las mesas vacías de camino al servicio, Dandinho no le quita los ojos de encima. Tiene una cara rara, este Dandinho. Habrá visto a más de un cliente pegado al teléfono. Juegucitos de adultos. Hasta de adúlteros y todo. Puede que el establecimiento tenga sus reglas al respecto: ni una cosa ni la otra. Prohibido darle a la lengua.

No me vendría mal otra copa de Sancerre, ¿dónde está mi rubia de estatura intermedia?, ven a mí, ¿cómo te llamabas?, Rosita, Rosita, mi tallo, mi pétalo, mi espina.

IX

*Cuando el mirlo se alejó de la vista,
marcó la orilla
de uno de tantos círculos.*

Ojalá la vida real tuviera la lógica de la palabra escrita: personajes con acciones deliberadas, causas ocultas al descubierto, todas las cosas moviéndose hacia un único punto, el universo revelándose inexorablemente estable, todo reducido a una imagen estática, controlada, ordenada, lógica. En un mundo menos complicado, habría sido un simple funeral judío, pero Mendelssohn era ateo, o eso se comentaba, agnóstico, como mínimo, aunque un punto de tradicional sí que tenía, no tenía nada en contra de jugar las cartas que más le convinieran. Se había casado con una católica, a sus hijos los habían educado entre religiones y el mismo Mendelssohn había confesado que era judío cuando quería serlo y lituano casi siempre, pero si le hacía falta era polaco, y un poco ruso si se lo pedían, y americano, en líneas generales, y europeo ocasional, hasta irlandés en alguna que otra ocasión, en virtud de su esposa. Un siete leches, vamos, un auténtico neoyorkino en una ciudad donde la gente no sabía morir. Incineración. Exhalación. Aniquilación. En una ceremonia verdaderamente judía lo habrían enterrado lo antes posible, pero estaba el asunto de la autopsia y el retraso de la hija de Mendelssohn, que llegaba de Tel Aviv, y las ambiciones políticas del hijo, y dónde estaba enterrada Eileen, su mujer, y si las cenizas deberían esparcirse o no, y qué habría dejado dispuesto en el testamento, y quién tendría acceso a sus últimas voluntades.

El funeral se celebra a media mañana en Amsterdam Avenue, cinco días después de la agresión. La nieve ya está medio derretida y, al lado del bordillo, donde los coches aparcan, hay unos charcos muy profundos. En los baches, las ruedas levantan salpicaduras tristes. El ángulo es alto y abierto,

pero las imágenes son de buena calidad: todas las funerarias de la ciudad tienen sus cámaras de vigilancia ocultas. Los años han convertido a los agentes en espectadores de funerales. A menudo se sorprenden de que en los *realities* de televisión no incluyan más exequias: tienen algo compulsivamente instructivo. La vida desplegándose en la muerte. O no. La viuda cayendo de rodillas. O no. El hijo cargando el peso del ataúd a hombros. O no. El padre apropiándose en exclusiva de la muerte de la hija. O no. Las notas enigmáticas que llegan con las flores. O no. La indirecta sutil que el rabino, el sacerdote, el imán, el vicario o el monje cuele en el panegírico. Los funerales como indicadores de una vida, de cómo fue vivida, la cantidad de lágrimas que se vierten, los lamentos plañideros, las ropas rasgadas, el volumen de los dolientes que deciden acudir al funeral, el tiempo que tardan los asistentes en marcharse, su postura misma. Alguna que otra vez, los agentes han creído poder adivinar las preferencias sexuales del difunto con un solo vistazo a la indumentaria de los asistentes al funeral: cuanto más corta la falda, más altas las miras. Aquello tiene muy poco de fórmula matemática, pero, por otra parte, hay tantas cosas inexplicables, y qué vamos a saber nosotros de una vida, si no sabemos de la nuestra, y su definición queda a la muerte de los que nos rodean.

Elliot es el primero de la familia en llegar. Se baja de su limusina negra y, cosa curiosa, no se dirige al otro lado del coche para ayudar a su mujer. Lo que hace es quedarse en mitad de la acera con la vista levantada hacia el rótulo de la funeraria, como si quisiera extraer de él algún significado profundo. No se aprecian señales de dolor, aunque todavía lleva la cinta negra rasgada sobre el corazón, un guiño a las antiguas costumbres, al menos. Su mujer es un cúmulo de agua oxigenada. Se queda al lado de Elliot, están juntos y, a la vez, separados. Ella tiene tres hijos de otro matrimonio, y salen del coche como si aquello fuera un alunizaje, adolescentes, todo desgaire y pelo largo y cara de estar ya aburridos de ese andar desgarbado tan suyo.

Elliot los saluda con un gesto de la cabeza, mira el reloj, consulta el móvil, un hombre distraído.

La hija del difunto llega diez minutos después que Elliot. Katya Atkinson. Tiene ojeras de la pena y el viaje. Parece más joven: cincuenta y pocos, tal vez. Lleva falda oscura y chaqueta a juego. Tiene un no sé qué

aguerrido e inteligente. Un mechón gris en el pelo. Sorteando con paso ágil el charco del bordillo, se dirige hacia su hermano. Elliot se encorva para darle un beso mecánico en la mejilla.

Juntos, hermano y hermana se encaminan hacia la funeraria y no tardan en verse engullidos por otras personas que han llegado casi simultáneamente en una ola muy atenta: jueces, oficinistas, vecinos. El superintendente y los porteros, Tony DiSalvo incluido. Sally James. Al menos cien personas. Entre ellas, también, Christopher Eagleton, el gerente del restaurante, y Dandinho, el ayudante de camarero que, en cuanto asoma, queda señalado como persona altamente sospechosa: ¿a cuenta de qué tendría a aparecer un ayudante de camarero en el funeral?

Los agentes recuperan las imágenes del restaurante, pero Dandinho no abandona el edificio ni una sola vez, lo único que hace es mantener su animada conversación con Pedro Jiménez al lado del fregadero y en la secuencia se lo ve, sin la menor duda, al lado del bar cuando, afuera, en la calle, se propina el puñetazo. Dandinho es, en realidad, uno de los primeros en socorrer a Mendelssohn tras su caída. Durante el interrogatorio se muestra tranquilo y contenido, no se aprecia en él señal alguna de culpa, remarca con insistencia que Mendelssohn era uno de sus clientes favoritos, que siempre se llevaba las sobras a casa, para su asistenta, que dejaba buenas propinas, que era de la vieja escuela, educado, de vez en cuando todavía se le iluminaban los ojos. No presencié el puñetazo, aunque oyó el golpe seco de la cabeza del viejo en la acera, al principio pensó que Mendelssohn habría resbalado en el hielo, pero al instante se dio cuenta de que estaba muerto, qué cosa tan terrible, lo sentía mucho por él, qué manera de morir, fue al funeral a presentarle sus respetos, como haría un buen cristiano.

Los agentes no han perdido el interés por Dandinho, pero lo descartan como sospechoso. Y hacen lo mismo con Eagleton.

Peinan las imágenes del funeral en busca de alguna cara o algún gesto que pueda reclamar su atención: acercan la imagen, la alejan, la adelantan, la rebobinan, marcan lo que les llama la atención, pero nada los cautiva tanto como la imagen del ayudante de camarero de mediana edad. Y, como la nieve o el último punto de un poema, las teorías vagan por la pantalla a la deriva, oposición y conflicto, tantísimas posibilidades a disposición de los agentes,

todas formando intersecciones distintas, un diagrama de Venn del propósito, el mundo real presentándose en todo su misterio. ¿Tras el asesinato había una herencia? ¿Fue por celos, por una represalia, por rencor? ¿O fue todo fruto del azar? Los agentes no pueden descartar vínculos con algún antiguo caso de Mendelssohn: el aniversario de una condena, la puesta en libertad de un timador que haya pasado mucho tiempo encerrado, un ajuste de cuentas que llevara años pendiente, aunque hacía seis años que Mendelssohn se había retirado de Kings County, y los agentes no son capaces de identificar ningún caso que pudiera haberle granjeado una enemistad tan enconada. Algunos asesinatos en las bandas. Los Screaming Phantoms, los Driggs Boys of Justice, los Tikwando Brothers, los Dirty Ones, los Vanguard, los Black Hands. Varios personajes secundarios de la mafia y, en sus primeros años, un encuentro con Roy DeMeo que no acabó en condena. Algunos casos de corrupción. Robos en domicilios. Robos de vehículos con violencia. Un caso de discriminación en las altas esferas de la ciudad a finales de los ochenta. Miles de casos menores en el transcurso de los años. En los pasillos de Adam Street lo apreciaban mucho. Decía que se batía verbalmente con los abogados, pero como juez tenía fama de ser relativamente blando, un hombre de condenas leves. Ningún aniversario significativo. Ningún candidato recién salido de la cárcel. ¿Quién iba a esperar una década para cumplir su venganza? ¿Sería posible que Sally James le hubiera dado vía libre a alguien en Madison Avenue y le hubiera señalado a Mendelssohn? A fin de cuentas, Elliot Mendelssohn había instalado cámaras en el apartamento para vigilarla y sabía que a Sally le correspondía una generosa asignación en el testamento para sufragar la educación de su sobrino. ¿O podría ser que Elliot hubiera querido acelerar la herencia? ¿Tendría problemas económicos? Cuando le preguntan por sus llamadas en el restaurante, confiesa que había tenido una aventura con su secretaria, Maria Casillias, y que acaba de despedirla. ¿Le habría molestado algo de lo que su padre le había dicho? No parecía descabellado que, con la rabia creciendo en su interior, hubiera estallado. O que el estallido se lo hubiera encargado a alguien. O quién sabe si habría algún vínculo con Katya, alguien deseoso de cortar los últimos jirones del proceso de paz de Oriente Medio. Pero ¿por qué actuar en Nueva York y no en Israel? ¿Y por qué ir a por el padre en vez de ir a por ella? ¿Sería por algo

que Mendelssohn había dicho saliendo del restaurante, algún comentario pasajero que despertara la ira de un peatón? Pero no ha habido más incidentes en la calle, en Park Avenue ni en la Quinta Avenida, ni siquiera en Lexington Avenue, y cuando examinan las cámaras del metro, no logran dar con nadie que lleve un plumífero o una gorra de Boston College: es como si el agresor se hubiera volatilizado.

Visualizan otra vez las imágenes mentalmente a la luz de todo lo que ya saben. Confían en que cada instante, bien triturado y tamizado, examinado y azuzado, leído y vuelto a leer, revelará un poquito más del asesino y del mundo que él, o ella, ha creado. Avanzan métricamente y luego se detienen de nuevo. Vuelven, juzgan, reconfiguran. Sopesan el instante y lo tienen en cuenta, criban una y otra vez. La respuesta está allí, en algún lugar, en las disyuntivas rítmicas, en los pequeños renacimientos del idioma, en el marco fracturado.

Nunca han estado tan cerca del asesino como en la grabación, justo delante del restaurante, donde, durante un cuarto de segundo, con plumífero y gorra, entra en el cuadro un hombre, muy probablemente, que se inclina sobre el cuerpo de Mendelssohn, tal vez para comprobar que sigue vivo, tal vez para susurrar alguna obscenidad. El agresor se retira y sale del cuadro, y hasta ahí lo que saben de él. En esencia, no es más que una gorra y una sombra. Al cabo de unos instantes, quien se encorva sobre el anciano es Dandinho y, después, el gerente del restaurante, Eagleton, seguido por la camarera y la chica de guardarropa, y a los pocos minutos Mendelssohn ya está rodeado de docenas de personas que pasaban por ahí, dejando escapar un río de sangre, con el sombrero caído de lado y la bolsa de las sobras en el suelo, un escape de salsa de eneldo en la nieve.

Rebobinan y congelan la imagen del agresor con su gorra bordada: B. C. Raro, lo de venir desde Boston. O lo de exhibir la gorra en una ciudad rival. Y justo entonces se les ocurre —en uno de esos extraños momentos en los que, en una estampa fugaz y nitidísima, la verdad aparece abriendo las cámaras de resonancia y estableciendo las sinapsis— que quizá lleven ya un buen tiempo pensando en la dirección equivocada, desorientados por sus propias ideas preconcebidas, como arqueólogos o críticos o estudiosos de la literatura, y que todo es mucho más sencillo de cuanto a ellos les gustaría, y

que buena parte del asunto radica en la gorra del agresor, la prueba más a mano, aunque tal vez no sea del Boston College en absoluto, sino que podría corresponder a otras cosas: British Columbia, o una banda de rock, o la tira cómica esa de los trogloditas, la letanía de bes y ces es interminable; podría tratarse, incluso, de las iniciales de un nombre propio, pero también es posible que sea una gorra de los Brooklyn Cyclones, un equipo de segunda división, sí, que, sin embargo, es parte integral del imaginario de Nueva York, y es justo en ese instante cuando la cosa más nimia se convierte en el punto central, cuando se abre el hueco en el estómago. Y cuando los agentes goglean a los Brooklyn Cyclones, se dan cuenta de que las gorras tienen una textura parecida a las del Boston College, la ce entrelazada con la be, podrían haber confundido las dos gorras perfectamente, son casi idénticas, sobre todo en las desvaídas imágenes de vídeo, lo único que las diferencia es que la gorra del Boston College casi siempre lleva un águila en la visera, cómo habrían podido pasar por alto algo tan sencillo, sí, por supuesto, tenían que ser los Cyclones, los tenían más cerca, y puede que el asesino sea de Brooklyn, ¿y no habrían visto en algún lugar, en el transcurso de la investigación, una referencia a los Cyclones? Alguien con una camiseta o algo así, un póster, tal vez, sí, eso, un póster, ¿no se había colado ese alguien en su campo visual? ¿No habrían tomado nota mental antes, algo distraídos, cuando andaban buscando? ¿O se trataría de alguien que, hace mucho tiempo ya, padeció la justicia de Mendelssohn en Brooklyn? ¿Una antigua espina que volvía a clavarse? ¿Habrían llegado a colarse los Cyclones, a saber por qué, en su letanía de casos? ¿O era todo cosa de su imaginación y los Cyclones no habían salido en ningún momento?

En manos de los agentes, el pasado no deja nunca de suceder. Con sus cuadernos de espiral, vuelven a zambullirse para retomar las primeras versiones de su trabajo.

X

*Ante la visión de los mirlos
volando en una luz verde,
hasta las alcahuetas de la eufonía
gritarían con estridencia.*

Una es muy poco, dos nunca bastan. Otra copa de Sancerre, por favor, querida, y después me cortas. Alejandro Magno sabía cuándo y dónde parar. Hace mucho mucho mucho tiempo, él era capaz de pulirse cinco, seis copas, pero esos días han quedado atrás y hace ya mucho tiempo que su ejército emprendió la retirada.

En sus primeros años existía la curiosa práctica del almuerzo de los tres martinis. The Queen, en Court Street. Luger's, en Broadway. Marco Polo, en Carroll Gardens. Pero el mejor de todos era el de Gage and Tollner de Fulton Street. El sol entraba por la ventana. Motas de polvo en las claraboyas inclinadas. La hora del gimlet. Un chorrito de lima y soda, por favor. ¿Cómo diantres funcionaba el sistema, en ese mundo que iba tan trompa y tenía la lengua tan suelta? Nunca sabías qué dirección podía acabar tomando la tarde. Pero él había presenciado grandes actuaciones en la sala, abogados que, bajo los efectos de la ginebra, eran capaces de explayarse con frases elegantísimas. De pie en la sala, con el traje y la corbata ligeramente arrugados y la lengua que se arrastraba y, aun así, capaces de sentenciar contra sentencia. Dan Barry, el mejor de todos. Y Dwyer. Y Cohen. Y Dowd. Abogados, todos ellos, de esos que hacen las delicias de otros abogados. Era por la mañana cuando más penetrantes estaban. Sus discursos podían cortar el acero. A mediodía ya se los veía un poco inquietos. Se decía que el peor momento para terminar de cerrar un caso era a finales de la tarde, cuando los jueces estaban irritables y listos para volver a casa. Y a principios de semana, cuando todavía no los envolvía la esperanza del descanso del fin de semana,

era todavía peor. Pero a él la energía se le disparaba con la garantía de poder escapar de los cañones, de las cuchillas, de los cuchillos de carnicero, del interminable desfile de cachiporras y botellas rotas. Toda esa miseria. Era como si, de repente, el día tuviera campanas de iglesia que hacia las cuatro y media se pusieran a tocar mientras él seguía en el despacho del juez, estudiando las pruebas minuciosamente o redactando una sentencia, o estampando su firma en el inacabable papeleo que era, en sí mismo, otra forma de violencia ciega. Despierta, despierta, la jornada casi ha llegado a su fin. Basta de violadores. Basta de timadores. Basta de pirómanos. Basta de ladrones y de robos en tiendas. Basta de acosadores. Basta de policías analfabetos. Era como su tarjetita, «Queda libre de la cárcel». El sol se ponía, pero la luz aumentaba. Él nunca participaba de las tonterías de la tarde, cuando los otros se perdían en los abrevaderos de Brooklyn, P. J. Hanley's, el Inn, donde Buzzy, en los muelles. Al mudarse al Upper West Side le alcanzó un poco de metralla del aparato del partido, pero no le importó demasiado, él no tenía obligación alguna de vivir en Brooklyn. Corría de vuelta a casa, con Eileen, cruzando el puente en coche, ni hablar de metro para él. Ahora las afueras eran otras. Ver el sol desaparecer por completo era algo maravilloso, una perfecta aspirina roja que la ciudad se tragaba. Aparcaba el coche en el garaje de Park Avenue. Ella lo esperaba en la cocina, con su delantal, sacudiéndose las manos antes de darle un beso. Él se servía un buen vaso de whisky y seguía derecho hacia la cómoda butaca de cuero. Curioso, lo lejos que estaba una vida de otra. Se adormilaba en la butaca y lo despertaba el ruido que hacía Eileen al hervirle esa taza de leche caliente donde cada noche él imprimía sus huellas dactilares.

De vez en cuando, en el Día de Acción de Gracias, en Pascua, en Navidad, se quedaba en Brooklyn con los peces gordos hasta bien entrada la noche, o podían acabar yendo a Manhattan, al Lion's Head, o a McSorley's, muchos eran irlandeses y tenían que pagar por ello. A él lo veían como un judío irlandés: por entonces su acento conservaba lejanos ecos de Dublín, y también estaba Eileen, por supuesto, leyéndole en voz alta y metiéndole en el idioma eso que él llamaba el lingotazo. Las canciones de guerra irlandesas eran alegres, y las de amor, tristes. Y a la mañana siguiente, después de desayunar donde Teresa, en Montague Street, ya estaban de vuelta en la sala,

con los párpados un poco enrojecidos y dos caras en una, sí, pero en pleno funcionamiento. Keenan, Rhodes, Potter, McDonald, Jewell. Personajes, todos y cada uno. Derechos al cielo o al infierno, eso a ellos no les importaba demasiado. Siempre de un lado para otro, exprimiéndole la vida a la vida. ¿Qué más daba que la mitad de sus clientes acabaran con la condicional o, peor aún, en la cárcel? Ellos ya habían hecho su trabajo. Con buenas argumentaciones. Ahora era el momento del whisky, el agua de la vida. Servirse o acabar servido.

¿Y cómo es que el pasado remoto estaba plagado de personajes, mientras que el presente es tan domesticado y plano? ¿No era Faulkner quien decía que el pasado no está muerto, que ni siquiera es pasado? Curioso, el tiempo presente. Técnicamente, no puede existir en absoluto. En cuanto reparamos en él, se ha ido, ya no es presente. Habitamos, por tanto, el pasado permanente, hasta cuando soñamos en el futuro. El tema aparecerá en algún soneto de Shakespeare, sin duda, aunque apenas si los recuerdo, las olas que avanzan hacia la playa, los minutos y su fin, el continuo afán.

Ay, la cabeza me da vueltas. Demasiado vino. Las uvas de la ira. Una es muy poco y dos nunca bastan. Palabras que, por lo visto, el joven Elliot se tomaba muy a pecho ahí afuera, en el baño, o el servicio, o el váter, o el retrete o como quiera que se llame ahora. Lleva diez, quince minutos fuera. Mírate bien en el espejo, jovencito, y dime qué ves. Siempre fue un chico presumido, con debilidad por los espejos, sobre todo durante sus años de universidad, mirándose al espejo de refilón siempre que podía, con ese pelo suyo, largo y rubio.

Qué deprisa se convierte el niño listo en el hombre echado a perder. Uno es muy poco, dos suelen bastar.

De todos modos, él siempre había gravitado hacia Katya. Menuda chica. De pequeña era un buen trasto. Una marxista del Upper East Side. A los trece se cortó el pelo. Al año siguiente se puso un pendiente en la nariz. En las contadas ocasiones que iban al templo juntos, se ponía una camiseta del Che Guevara. Falsificó la firma de su padre en varios cheques pagaderos a los Panteras Negras. Empezó de veinte dólares en veinte dólares, pero acabó con uno de mil. Él se enteró del asunto por un artículo en el *New York Post*. No le hizo ninguna gracia. Se convirtió en blanco de bromas a izquierda, a derecha

y al centro. En los pasillos de los juzgados ya lo llamaban Malcolm X. Por su decimosexto cumpleaños, les envió un cheque suyo por quinientos dólares, pero para entonces la novedad ya había pasado y le dio por tirar la porcelana de la familia por la ventana trasera del apartamento. ¡Adiós a las tacitas y los platitos de porcelana! ¡Adiós a los platos soperos! ¡Adiós a las bandejas de tres pisos! ¡Adiós a la inmaculada salsera! ¡Viva la revolución! Total, ¿quién necesita un mantequillero? ¡A ver cómo rebota la plata! ¡Escuchad, las fuentes de servir cantan! El patio parecía una cámara de resonancia. A Katya le encantaba la elegancia con la que todo se hacía añicos: por lo visto, romperse en fragmentos minúsculos era el distintivo de la porcelana buena. Vivían en un sexto piso, así que daba tiempo a oír cómo silbaba la cristalería Waterford. Algunos vecinos de abajo abrían la ventana y le pedían a gritos que parara, pero en su fuero interno tenían mucho interés en esa sinfonía a toda vela. Para ya, por favor, para, Katya, para. Muy bien, si no te queda más remedio, otra tacita de café más y basta, por favor, cariño.

En dos noches se ventiló varios miles de dólares en porcelana. El mejor castigo era la ausencia de castigo. Él fue a darle un beso en la frente dormida. Un juez no juzgaba, no a su hija, en todo caso. Por aquel entonces, estaba en plena fase anticomplejo industrial militar. Despotricaba, clamaba, rabiaba. Decía que su padre estaba viviendo un romance clarísimo con Nixon, eso era evidente. A su lado, Calvin Coolidge parecía progresista. Le preguntó si querría comprar bolsas para cadáveres para los estudiantes de su clase. Indumentaria del gobierno, le dijo. Las mortajas no tienen bolsillos. Salía a la calle con un altavoz, con su metro sesenta escaso, gritando entre los rascacielos. Muerte occidental, lo llamaba ella. Pero al final todos acaban arreglándose, de todos modos. O algunos, al menos. Katya se fue al oeste, a Berkeley, donde, para sorpresa de su padre, le inculcaron buenos modales. Estudios Orientales. Su tesis versó sobre Claudio Ptolomeo. Sobre su *Óptica*. La visión tiene lugar en el cerebro, más que en el ojo. ¿Y no es eso cierto? Después ingresó en el Departamento de Estado. Haciendo campaña a favor de la paz mientras los demás hacían la guerra. Los argumentos a favor de la guerra tienen un peso natural, mientras que los que defienden la paz carecen de él. Más lista que el hambre, esa Katya, aunque se marchara a Israel, el

único lugar del planeta donde el fracaso de la paz estaba asegurado; mientras ella viviera, seguro, al menos. Mejor tratar de convertir el agua en vino, ya puestos.

—¿Quiere que le calentemos el plato a su hijo, señor Mendelssohn?

—No hará falta, Rosita.

—¿Cómo estaba su salmón?

—Bueno, muy bueno.

Aunque, a decir verdad, apenas si ha probado bocado. No es una manera muy nutritiva de pasar el día. Tendría que haber comido solo en vez de pedirle a Elliot que me acompañara. Quedarse en un silencio convenido es mucho mejor que ver cómo te lo imponen. Eso era algo que Katya habría aprendido, sin duda: el poder del silencio. No haber visto la paz le había roto el corazón. Con lo cerca que la había tenido y se la habían arrebatado. ¿Cómo se llamaba ese hombre? Arafat. Esperemos que no va-yaser peor, este Arafat, dijo una vez Eileen entre dientes. Siempre con esos giros gaélicos suyos.

—¿Es que no va a dejar de nevar nunca?

—Eso parece, señor Mendelssohn.

Cómo estira esa eme. Seguro que también es de las que sabe poner los puntos sobre las íes. Tendría que contarle la historia de cómo me convertí en Quinner, aunque casi ni la recuerdo yo. ¿Sería sólo por cómo sonaba? Dublín era un buen lugar. Siempre me trae a la cabeza los sombreros.

Saltamos de precipicio en precipicio. De cuando en cuando nos caemos al suelo, y a veces nos pegamos un buen porrazo, pero eso es parte de nuestro trato con la vejez. Los recuerdos todavía se mantienen ágiles. Nunca me interné por la senda del alzhéimer, gracias a Dios. La idea de una residencia de ancianos me aterra. Un cuartito oscuro al final de un pasillo por Queens o por el Bronx o por Tobago. La calefacción, demasiado alta. Las flores, marchitándose en un jarroncito mugriento. Las enfermeras, muy amigas de las bofetadas de revés. Imagina toda una vida reducida a eso. Aunque decían que algunas residencias podían ser bastante animaditas. Todas esas viudas más jóvenes que él, todavía dispuestas y bien capaces de desaparecer bajo las sábanas. Había oído que la incidencia de enfermedades más alta era la de las residencias de ancianos. Un último hurra. A buena hambre, no hay pan duro. A esas alturas, las cicatrices y los furúnculos ya no importaban. Curioso,

pensar que podría tener otra historia de amor. ¿Se le habrá pasado por la cabeza a Sally, sola en su cuartito, con su pequeño televisor y su baraja en la mesita? El solitario. No tenía otras opciones: o lo tomas o lo dejas. Qué gran peliculón de Hollywood, el juez del Tribunal Supremo y la enfermera que lo cuidaba haciendo horas extras, arrejuntados al cabo de todos esos años. Conflicto, drama, desenlace. Pasen y vean, señores. Saquen sus entradas hoy. Podría asignarle otra parte de la herencia. Así su sobrino recibiría una buena educación. ¿Debería hacerlo, quizá? Ir derecho a casa y sacar las páginas del archivo y meter al chico en el testamento, se pongan como se pongan Elliot y los demás. No le costaría demasiado. ¿Cuánto gana Sally a la semana? ¿Quinientos con alojamiento y comida? Eso eran veinticinco de los grandes al año, buena parte de los cuales enviaría a su casa. Con otros diez mil dólares podría salvarle la vida al chico. Una gota en el océano, a decir verdad. Mucho mejor, dónde vas a parar, que echárselos a Elliot, aunque Katya se llevaría parte del castigo, y esos niños preciosos a los que casi no veo. De todos modos, su Katya ya tiene bastante, y a todo eso, ¿cómo diantres he acabado aquí? El alzhéimer. Por eso. Ahora no tengo alzhéimer y es probable que nunca lo tenga. Y de tenerlo, ya no lo recordaría. ¿No es verdad, Eileen? Aunque olvidarse de tu esposa debía de ser algo horrible. Con todo, a veces, cuando abre una puerta o se despierta por la mañana, está convencido de que ella sigue allí. Buenos días, *mo chroí*. ¿Qué estoy haciendo aquí solo? ¿Plantado por mi propio hijo?

Rosita, querida, te he mentado. El salmón está correoso. La salsa de eneldo, demasiado lechosa. Tengo la impresión de estar otra vez en el Waldorf Astoria. Y yo sólo quiero volver a casa, con Eileen. Envuélvelo todo en dos trapos blancos, Dandinho, déjame ir.

—Lo siento, papá.

Sorpresa, sorpresa. Sacrifica el carnero cebado. Elliot aparca su corpachón en la silla de enfrente con la cara roja como un coche de bomberos. Sólo falta que de las orejas le salga vapor. Si le pusieran un manguito de tensión en el brazo, la aguja podría romper el cristal. Si sigue así, es candidato seguro a un ataque de corazón. Y a todo eso, ¿por qué diantres tendría que andar tonteando con su secretaria? ¿No acabaría como ese otro Elliot, el Spitzer, el de una sola ele en el nombre, de cabeza al

infier...? Pero, por lo menos, ese otro había tenido la sensatez de aflojar unas monedas por un poco de compañía. Elliot empuja el plato hacia el centro de la mesa.

—Mira, voy a tener que ocuparme de unas cosas.

—De acuerdo.

—En el despacho.

—Ni has tocado la comida.

—Haz que te la envuelvan, papá. Llévatela a casa. Dásela a... ¿cómo se llama?

—Sally.

—Eso.

Elliot le echa otra mirada al teléfono.

—¿Todo bien, El?

Hacía años que no lo llamaba por el diminutivo. El, igual que el metro elevado. ¿Todo bien? Si ésta no es la pregunta más tonta que he hecho, ya no sé cuál será, entonces. Pero todo indica que Elliot no se ha enterado, ni de la pregunta ni del nombre. El chico parece distraído más allá de lo decible. Se revuelve en la silla, hace crujir los dedos y después los junta y los frota como pensando en dinero. Dandinho está de pie en el rincón con la vista al frente. El tipo tiene algo en la cabeza, sin duda. ¿Y qué pasaba con Claudio Ptolomeo? La verdad de la visión. Dejó sus aposentos sin luz y montó una cámara oscura en el balcón. Ese hombre fue el primero en proyectar una imagen completa del exterior en la pantalla de un recinto cubierto. Eso le había contado Katya. Un rayo de luz no podía salir de los ojos; la luz era, más bien, lo que iba hacia el ojo. El mundo de fuera rindiéndose al mundo de dentro. Nunca le había visto un mal gesto, a Dandinho, pero hételo aquí, en el rincón, con una luz en los ojos que podría recorrer el restaurante dejando un rastro chamuscado.

—Dime una cosa, Elliot.

Chasca los dedos otra vez por encima del hombro cual príncipe árabe. No era amigo de Aristóteles. Se hizo el loco para evitar la cárcel.

—¿Has discutido con Dandinho?

—¿Davido?

—Es Dandinho. Es brasileño. El ayudante de camarero.

—No lo había visto en la vida.

—Parece un poco molesto.

—¿Y no lo estarías tú? ¿A su edad y ayudante de camarero?

Está en racha. La rabia, toda ángulos agudos. Dejando la tarjeta de crédito en la mesa de un golpetazo.

—¿Dónde está la camarera?

¿Estaba Ptolomeo contento de saber lo que sabía? ¿Está Katya contenta de seguir luchando? ¿Está Sally contenta de despertarse por la mañana? A Elliot no se lo ve muy contento, eso seguro. Tiene la mujer, el coche, el garaje, el trabajo, los niños, pero ahí la felicidad brilla por su ausencia. Y la tuvo, mucho tiempo atrás. Mago negro. Desapareció, se le perdió manga arriba.

—Invito yo, Elliot.

Su hijo sigue chascando los dedos en dirección a Dandinho.

—Buen sitio, éste, para abrir un restaurante.

—Pago yo, insisto.

—¿Dónde diablos está la chica?

—Rosita.

—¿Qué?

—Se llama Rosita.

—El nombre no me hace falta, papá, sólo necesito la cuenta. Disculpa. Ya sé, ya sé. Lo que pasa es que..., que ando con unos temas que tengo que atender. Que tenía que atender hace una hora. Te llamé. Tendría que haber...

Ah, el temblor del bolsillo en la calle. Conque, después de todo, tenía el teléfono en modo vibración.

—Ya te lo he dicho, hijo, invito yo.

Mira a Dandinho, al fondo del restaurante, pasando con la jarra de agua.

—Dios —dice Elliot.

Sin el hartísimo. Ni rastro de alegría.

Ni de broma ni de puñetera casualidad.

—La semana que viene, papá, lo prometo.

Por fin llega, dobla la esquina, los largos mechones rubios que rebotan. Treinta y dos dientes blancos, perfectos y relucientes. Un par de sagaces ojos azules. Una chica hecha para la gran pantalla, sin duda, pero ¿no le había

dicho antes que era pintora? ¿O eso lo había supuesto? Tenía un tris de azul en la cara interna de la muñeca, ¿no es cierto?

—Rosita, querida, la cuenta es para mí.

—De ninguna manera, papá.

—Mira, ni has probado bocado. Rosita y yo hemos hecho un trato, ¿verdad, Rosita?

Sonriendo con esa inmensa sonrisa suya de Rodesia y Zimbabue.

—Quien juega en casa lleva ventaja, ¿no es eso?

—¿Disculpe?

—Aquí el local soy yo, ¿o no?

Un asomo de perplejidad en las comisuras de la boca de la chica.

—Además —continúa Mendelssohn—, ni siquiera he pedido postre.

Trasladando el peso de un pie al otro, ella le sonrío a Elliot, una parca sonrisa regia.

—Su padre ha ganado, supongo.

—Supongo que sí —dice Elliot.

Y, así, sin más, Elliot se ha guardado la tarjeta de crédito en la reluciente billetera marrón como si nunca hubiera tenido la menor intención de pagar. La toca, le da unas palmaditas como si fuera la cabeza de un perro amigo. No hablas en serio, ¿verdad, hijo? ¿Así, sin más? ¿Sin pizca de ironía? ¿Un dos tres y adiós? ¿Cagando leches? ¿No tendríamos que jugar un poco a esquivar golpes, al menos? ¿No lo exige la etiqueta? Yo lanzo un jab, tú lanzas otro, tú me esquivas, yo no te esquivo a ti. Y a todo esto, ¿a ti quién te crío? ¿En qué granero viniste al mundo? Tráete a Katya, que haga la paz en esta mesa. La última vez que me peleé fue en el Royal Canal, cuando me caí tras una bofetada de un chico, un gitano pelirrojo. Me soltó una muela. La lengua se me iba a la quijada todo el rato. Una sonda para el dolor. Como la paternidad. Tratando de aliviar esos pequeños males que nos asaltan cada día. La esperanza de un consuelo que sobrevive al castigo de vivir.

—Entonces, ¿te vas?

—Ya sabes.

No, no sé, para nada.

—Así es la vida, papá.

Así, tal cual. Tú pregúntaselo a Sally James.

Ay, la mañana me parece tan lejana ahora. *Gay gazinta hate*. Esa magnífica ambigüedad. Eileen adoptó la frase cuando la oyó, le encantaba repetirla una y otra vez, en la puerta o al acostarse, era puro Dublín. *Ve con salud y piérdete*, todo al mismo tiempo.

—Lamento mucho tu problema.

—No te preocupes, papá. La aplastaré.

¿Aplastarla? ¿En serio? No pone en duda que Elliot podría aplastar muchas cosas, que las ha aplastado ya, aunque tal vez no debería tenerlo a gala. El ricachón blanco aplastando a la morenita pobre. La estampa no es muy edificante, precisamente. Así no se reescribe la historia. ¿Cuántas veces ha pasado, desde Cristóbal Colón hasta aquí, hasta Elliot Mendelssohn?

—Tú cuídate y ya está, hijo.

Aunque no era eso lo que había querido decir, de ninguna manera. Tendría que haber dicho, más bien: No seas despreciable, Elliot. Deja de imponerte a las mujeres. Ten buen corazón. Deja de lloriquear. Saca un poco de carácter. Crece. Háblame de los viejos tiempos. Dame algo con lo que regodearme.

Elliot se encorva para apurar el vino, un hilito al fondo de la copa.

Y hete aquí una mano que, desde el otro lado de la mesa, se acerca para estrechar la suya como si acabaran de cerrar un trato, sin levantarse y abrazarse, sin una palmada en la espalda, sin un viril beso en la mejilla. No sabría decirte, Elliot, si en algún momento he llegado a detestarte más que en éste. ¿Y ya está? ¿Eso es todo? Ni frases amables ni revelaciones ni propósitos humanos, tan sólo una nueva palabra que incorporar al diccionario, y ni siquiera es muy buena.

Elliot se limpia con una servilleta la boca teñida de vino y arroja sobre la mesa el arrebujado resto, una montaña de tela.

—Te llamo.

—Eso, llámame.

—Y almorzaremos como es debido.

Gay gazinta hate, sí, señor. Elliot, hijo, ni la peste vaciaría una sala con tanta rapidez.

Ahí va, cruzando el restaurante hacia el guardarropa con sus andares pesados. Tecleando algo en su condenado teléfono. Con Dandinho que lo mira fijamente. Mirada abrasadora, podría abrirle un agujero en la espalda. Vamos, Dandinho, envuélvelo en papel de plata y tíralo a la calle.

—Rosita.

Inmediatamente le da la espalda a la barra en la que se apoyaba, muy seductora.

—¿Sí, señor Mendelssohn?

—Me parece que aquí ya estamos. ¿Podrías pedirle a Dandinho que me lo envuelva? Y querría pedir el postre.

—Sí, señor. ¿Qué va a tomar?

Ahora tendría que preguntarle por sus cuadros. ¿Cómo es tu vida real, en Brooklyn o en el Bronx? ¿Y ese azul de la muñeca? ¿Es de un cielo pintado? Porque lo único que recuerdo de un cielo muy azul es un día de septiembre en el que todo se vino abajo.

—El tiramisú, supongo.

—Estupenda elección, señor Mendelssohn.

Gracias, querida. Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo. Una vez, de eso hace mucho tiempo, el mundo estaba lleno de chicas como tú.

Y allá va la silueta de Elliot, ventanal abajo, la mancha oscura que toma la forma del blanco de la ventisca.

Me ha dejado plantado. Mi propio hijo.

Y mira: dos charquitos de agua de lluvia en el suelo, debajo de la mesa. Lo único que queda de Elliot.

Lo que le recuerda que le toca vaciar el depósito.

Aparta la silla de la mesa. ¿Y cómo va uno a sortear las otras mesas, todas apretujadas? Un eslalon. Tocar las puertas, ir zumbando montaña abajo, andar atento a las placas de hielo.

—¿Cómo va todo, señor Mendelssohn?

Eagleton, el nuevo gerente. Larguirucho. Con la piel muy estropeada, llena de marcas y surcos. Decirle la verdad no iba a servir de nada.

—Muy bien, gracias. El salmón, de escándalo.

—Bien.

—Y la camarera.

Eagleton ha puesto cara rara. Oh, no, no, no. No es que la camarera esté de escándalo. No, no. Y tampoco es que no lo esté. Que es una buena camarera. A eso me refería yo. De escándalo, no.

—Muy amable —añade.

—Me alegro, señor Mendelssohn. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No, gracias. Iba a hacer una visita rápida.

Con la cabeza, señala en dirección al baño. Sólo de levantarse ya le entran ganas. Ay, Dios, a veces el equipo de invierno resultaría útil en la pista resbaladiza.

Avanza entre las mesas golpeando el suelo con el bastón. Echa una mirada rápida a la cocina por el ojo de buey de la puerta batiente. Como barcos, estos restaurantes, iguales. Ahora distingue a Dandinho, ¡barco a la vista!, enfrascado en una animadísima conversación con un hombre bajito con delantal. No median puñetazos, aunque entre los dos discurre una breve ola, de eso no hay duda. Una mirada fugacísima del tipo del delantal. Sobre el hombro de Dandinho. Ni un hola, tampoco, ¿dónde vamos a ir a parar? La cosa no pasa de una broma, seguro. ¿Será éste el hombre que ha cocinado mi salmón? Aunque no parece chef. Portero, más bien.

Pero bueno, adelante. El olor a lejía. Lávame en él. Límpiame.

De emporio de asideros no tiene nada, este baño, pero al menos está limpio y ordenado. Pero bueno, será una meada rápida. Rebuscar, dar con el cacharro, apagar el incendio, lavarse las manos, ponerse en marcha, dos minutos justos, que los de la fábrica de mangueras puedan estar orgullosos.

Ya en el pasillo, vuelve a echarle un vistazo a la cocina. Ni rastro de Dandinho ni del tipo del delantal. Dobla la esquina, avanza entre las mesas. Velas de día. Afuera, nieve, todavía.

Tiramisú en la mesa, sí. El mundo se ha repuesto. Gracias, Rosita. Lo que a todos nos hace falta de vez en cuando es que nos levanten el ánimo.

XI

*Viajó por Connecticut
en una carroza de vidrio.
Una sola vez lo asaltó el temor:
cuando confundió
la sombra de su equipaje
con mirlos.*

En casi todas las salas de interrogatorio, la cámara está instalada en una esquina, bien arriba: la cámara telaraña. Lo mejor es entrever la puerta: la verdad se lleva a menudo en forma de llegada. Los inocentes entran y se sientan enseguida, confusos, juntando las manos como si tuvieran muchísimas ganas de ponerse a rezar, pero los culpables suelen detenerse unos instantes para mirar la sala, la examinan en busca de un escondrijo, prestos a desafiar su propia noción de lo que ha pasado.

Los muebles de la sala están diseñados para que no haya hacia donde volverse: la desnudez misma ya es una acusación. Dos o tres sillas, casi siempre de madera. Un escritorio simple y, por lo general, con un cajón poco profundo: nada que pese, nada oculto. Dentro, unas pocas hojas de papel y un bolígrafo sencillo. Un espejo traslúcido en la pared del fondo, sobrio, sin adornos. Nada que pueda usarse como arma: ni sillas plegables ni cristal ni lápices afilados. Ni tazas ni cafeteras. Ni pósteres en la pared que puedan distraer. La presencia de moqueta es poco probable; de haberla, sería de un solo tono. La pintura del zócalo es la misma que la de la pared. La luz, un áspero fluorescente, aunque a veces hay una lámpara de mesa que los agentes encienden cuando la verdad empieza a aflorar: suaviza la iluminación, difumina los bordes, redime la sala.

La cámara está situada lo bastante arriba como para no ser lo primero que salte a la vista, pero los que se detienen en la entrada —los culpables, muy a menudo— levantan la vista hacia ella. En ese parpadeo se pueden leer muchas cosas: miedo, desafío, insolencia, desprecio. A menudo, tratan de sentarse de espalda al objetivo, pero los agentes no tardan en dirigirlos al otro lado de la mesa. Los agentes cuentan las veces que los interrogados miran hacia la cámara: cuantas más veces lo hagan, más probable es que mientan. Otros —los inocentes, muy a menudo— van derechos a sentarse, como si quisieran proteger su verdad, tenerla bien agarrada, dejar que se quede en su pequeño universo un ratito, abrazarla. La mirada que ellos dirigen al objetivo es punzante: una mezcla de súplica y temor.

A veces, los agentes dejan a los interrogados solos en la sala. Entonces los observan por el espejo traslúcido. Casi siempre son los culpables los que saludan a la cámara con la mano: un a tomar por culo, un desafío. Algunos van al rincón de debajo de la cámara para tratar de esquivarla. Algunas comisarías tienen una segunda cámara instalada en el rincón de enfrente, aunque a veces es de mentira, nada más, un segundo ojo.

La sala casi siempre está insonorizada, aunque la cámara, al estar conectada, registra todo el sonido. Por seguridad, los agentes también usan una grabadora.

Cuando llevan a Pedro Jiménez para interrogarlo, saca a relucir un curioso cóctel de inocencia y culpa. Se presenta con chaqueta, camisa azul y pantalones blancos de cocinero, triste estampa, como salido del mercadillo, cincuenta y siete años, un pequeño istmo de pelo en medio de la frente. Es delgado, pero le cuelgan los carrillos, y a su piel ya ha llegado el otoño. Se queda parado en la puerta y echa una mirada por la sala, pero no levanta los ojos hacia la cámara; lo que hace es volverse hacia la agente latina como suplicándole que le dé sentido a la sala. Es morena, sus ojos son negros y su ropa, también. Lleva una sencilla cadena de oro al cuello. Al cabo de unos instantes, tras ella aparece otro agente, una mole blanda y pálida que coloca su silla a la cabecera de la mesa. La pone de espaldas, apoya la barbilla en el respaldo y se acerca.

Rodeado, Pedro mira hacia la cámara como si fuera a ver su reflejo en el cristal y después vuelve a bajar los ojos hacia las manos, que tiene apoyadas en la mesa. Se saca del bolsillo unas gafas de lectura, aunque ante sí no tiene nada que leer.

Cuando posa esas gafas sobre la nariz, parece un hombre distinto, ya no es un lavaplatos zarrapastroso, ahora tiene un no sé qué de bibliotecario desaliñado.

La agente se dirige a él en un español algo vapuleado, parece que lo hubieran llevado arrastrando por las calles de la ciudad. La fecha, la hora, la localización exacta del interrogatorio. ¿Es consciente, le pregunta, de que la conversación está siendo grabada? No lo han detenido, pero la palabra *todavía* parece silenciosamente pegada al final de la frase. La agente sabe que es un hombre de familia. Le gustaría ayudarlo. Saber si tiene los papeles en regla no le interesa. Es amiga de muchos costarricenses, ella misma es de una isla, nació en Guadalupe y se vino aquí a los dos años. De trato fácil, amigable, franca, con el cuerpo vuelto de costado en la silla. Sabe que él tiene un pasado, pero todos tenemos uno, ¿no es verdad, Pedro? Pedro asiente en silencio, tras las gafas asoma un breve destello. Los agentes se interrumpen para susurrar en inglés y entonces Pedro les dice que los entiende perfectamente, que haría el interrogatorio gustoso en cualquiera de los dos idiomas. Ella le responde que sí, que Rick, su compañero, tiene el español un poco oxidado. Te lo agradecemos mucho, Pedro, de verdad. Con todo, todavía hace las preguntas con tono cantarín, como si su inglés acabara de atravesar el Caribe a nado. Le interesan los comienzos de cero. Evita la palabra *asesinato*. Es una agresión, una agresión grave, una tragedia, en realidad. ¿Eres consciente de lo que ha pasado? Sí. ¿Te han llegado rumores? No. A alguna gente se le va la pinza, ¿sabes? Supongo. ¿A ti se te ha ido la pinza alguna vez, Pedro? No, soy un hombre tranquilo, llevo una vida tranquila. Vives en Brooklyn, ¿verdad? Verdad. ¿Dónde? Coney Island, ya lo sabe. ¿Qué tal se vive allí, Pedro? A veces hace mucho viento. Qué gracia, hace viento, ¿lo oyes, Rick? En Coney Island hace viento, menudo humorista, este Pedro. No trato de ser gracioso, mami. Estaba de broma, Pedro... A ver, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en la ciudad? Veinte años. ¿Y cuántos en Chialli's? Cuatro. ¿Cuatro? Sí. ¿Cuesta mantener a la familia con un sueldo

de lavaplatos? Mi mujer se murió. ¿Te las apañas? Me las apaño. ¿Tienes una hija? Sí, Maria. ¿Maria está casada? Acaba de divorciarse, está buscando trabajo. ¿La han despedido? Sí, la despidieron hará un par de meses. ¿Tiene hijos? Dos. Qué vida más dura, Pedro, divorciada, dos niños, con un despido reciente, ¿quieres agua, Pedro? No. Tienes cara de necesitarla.

Se recoloca las gafas en la nariz. La agente se inclina hacia delante, el agente se echa para atrás. Es como si una especie de pulso cadencioso flotara en la sala; los cuerpos, como una rima, dependiendo el uno del otro.

A ver, me gustaría hablar de tu restaurante, Pedro. Lo que usted quiera, mami, no tengo nada que ocultar. ¿No te acuerdas de que ese día pasara algo fuera de lo común, algo relacionado contigo y con Dandinho?, porque nos han llegado un par de cosas, vamos a ser francos, Pedro, vamos a ser sinceros, nos han dicho que corrieron algunos *puñetazos*. Él levanta la vista hacia la cámara, pero no relaja la tirantez de los labios, sacude la cabeza, no, la discusión esa con Dandinho no fue nada, mami, nada, hemos hecho una porra de *fútbol* entre los empleados, sabe, una porra, y había un —¿cómo se dice?—, un asunto sobre un partido de los Corinthians de Brasil, una discusión, unas bromitas, nada serio. ¿Dandinho no te dijo nada más? No. ¿Seguro? Estoy seguro. ¿Y después dónde fuiste, Pedro? Al baño. Pero ¿ése no era el momento del día de más movimiento, Pedro, el turno de mediodía? ¿Qué hacías en el baño a esa hora? Estaba cagando. ¿Estabas cagando? Sí. No pasa nada, Pedro, todo el mundo caga, pero ¿estás seguro de que no te cayeron algunos copos de nieve encima? ¿Copos de nieve? ¿No saldrías por un casual por la entrada de servicio, Pedro? ¿Para tomarte un respiro, tal vez, para fumar? No fumo. Pero ¿saliste? ¿Cogiste la chaqueta, quién sabe, o la gorra, y te tomaste un breve respiro fuera, por la entrada de servicio, por la puerta de acero que da a Madison Avenue? No fui a ningún lado. ¿Fuiste derecho a lavar los platos? Sí. A pescar perlas, como suele decirse, ¿no es eso, Pedro? Supongo. ¿Por qué se dirá así, pescar perlas? Mire, yo tengo un trabajo, tengo dos nietos, no lo sé.

Hay en el interrogatorio una cadencia dinámica que ahora aparece con la información deseada y ahora serpentea trazando espirales discursivas, minuciosamente concebida para el disimulo.

De eso queríamos hablarte, Pedro. ¿De qué? De Maria. ¿Maria? Ya sabes, divorciada, se queda sin trabajo, vuelve a vivir contigo en Coney Island. Quería ahorrar. ¿Te presionó, tal vez? No. Porque Maria tenía un buen trabajo —¿dónde decías que trabajaba?—, ¿qué nos ha contado ella, Rick? ¿Han hablado con Maria? Por supuesto que hemos hablado con Maria. Maria no tiene nada que ver con esto. ¿Nada que ver con qué? Con nada. ¿Nada? Es una buena chica, yo sólo decía eso. Pues claro que es una buena chica. Entonces no la metan en esto. Francamente, Pedro, en fin, ella tenía mucho que decir. Maria no diría nada malo de mí. Pues claro que no dijo nada malo de *ti*, está loca por ti, *la niña de sus ojos*. ¿Y cuál es el problema? No hay ningún problema, papi. Entonces, ¿qué hago aquí? ¿Sabes qué es Barner Funds? ¿Qué? Maria trabajaba para Barner Funds. Sí, ¿y qué? ¿Qué opinión te merece Barner Funds? Tenía un buen trabajo, estaba bien en la empresa, eso es todo. ¿Eso es todo? Eso es todo. ¿No te jodió, Pedro? No, ¿por qué iba a joderme? ¿Ni cuando la echaron? De eso hace un par de meses, ya se lo he dicho. ¿Y qué opinas tú de los jefes de la empresa, Pedro? Nada, no son asunto mío, no me merecen ninguna opinión. Porque Maria nos dijo que iba a demandar a Barner Funds por despido improcedente, ¿lo sabías? Claro. ¿Y qué te pareció el asunto? *Bueno*, tampoco era para tanto. ¿Y conoces a uno que se llama Elliot Mendelssohn? ¿Eh? Es el hijo del tipo que recibió un puñetazo delante del restaurante. Sí. Ahora me perdonarás, Pedro, pero el tipo ese, ese Elliot, podría, no sé, podría haberse *interpuesto* hace unos meses entre Maria y tu yerno. No sé de qué está hablando. Ya sabes a qué me refiero, antes de que la echaran. ¿Qué? Eso nos han contado, que Mendelssohn podría haber tenido algo con Maria, que ellos... Siento mucho decirlo, Pedro, eres padre, y a los padres no les gusta oír estas cosas, a las madres tampoco es que les guste, créeme, pero los padres, a éstos sí que no, ¿me equivoco? Pero ¿qué coño? Lo que te estoy diciendo, Pedro, es que se conocieron más a fondo un par de veces en un hotel de Stamford, en Connecticut, donde el Elliot este vive con su mujer y sus hijos, siente debilidad por los hoteles, Pedro, ¿sabes a lo que me refiero? ¿Me oyes, Pedro? ¿Hay alguien ahí? No sé a qué se refiere. ¿No lo sabes? No, no lo sé. Podría haberte sentado mal algo de Barner Funds. ¿No estaría el Elliot este aprovechándose de ella? ¿No estaría tonteando demasiado? Maria no hizo

nunca una cosa así, Maria es una buena chica, Maria estaba *casada*. No me malinterpretes, Pedro... El Elliot este es un capullo de campeonato, eso ya lo sabemos. No lo conozco, no lo he visto nunca. ¿Y si le hubiera hecho entender a Maria que iba a hacerla rica y resulta que al final la despide? Ya se lo he dicho, no sé de qué me está hablando. A lo mejor le comió la oreja. El nombre no me suena de nada. A lo mejor el jurado se cree la historia, Pedro. ¿La historia de qué? De que, como tú eres padre, le pegaste un puñetazo al suyo. Yo no le pegué un puñetazo a nadie. ¿Estás seguro, Pedro? Se lo juro por Dios, mami. Puedes llamarme Carla. Yo no le pegué un puñetazo a nadie. Puede que no tuvieras intención de darle tan duro, ¿no sería sólo un accidente? Ya se lo he dicho, yo no lo toqué. ¿Lo empujaste, tal vez? No. ¿Ahora quieres un vaso de agua? ¿Me está diciendo que necesito un abogado? Mira, aquí no queremos trincarte, Pedro. Tengo derecho a un abogado, eso lo sé. Claro que lo tienes, pero lo que aquí queremos es ayudarte, el tipo que se murió había sido juez, Pedro, del Tribunal Supremo de Brooklyn, y, por como pinta la cosa, te va a hacer falta que nosotros estemos de tu lado. Yo no le pegué a nadie. Porque yo, y Rick, mira, estamos de tu lado.

Es en ese momento cuando tienen que parar y cambiar el tempo: lo de salir de la sala y dejar a Pedro solo es mala idea, podría darle por redoblar su mutis o por buscarse un abogado, pero es hora de cambiar un poco el paisaje, conque Carla se levanta de la silla y deja a Pedro solo con Rick, la mole blanda y pálida, y la sala se vuelve tremendamente masculina y, no sabe por qué, todavía más apretujada. Y es en este momento cuando Rick emplea la mirada directa, la inclinación hacia delante, la media amenaza, y le pregunta a Pedro si puede volver a explicar dónde estaba en el momento de la agresión y por qué se ausentó de su fregadero y cuál era la discusión que, previamente, había tenido con Dandinho, y, al ir al baño, ¿podría haber salido a la calle por la puerta de servicio? —¿Podrías responderme la pregunta, Pedro?—, ¿y sería posible, tal vez, que hubiera vuelto a entrar por la misma puerta al cabo de unos segundos? ¿Sería alguna de esas posibilidades factible? Porque es comprensible, tío, es su hijo, es tu hija, ¿sabes lo que te quiero decir?

Estamos aquí para ayudarte, la verdad es que me gustaría encerrar al gilipollas ese de Elliot, el que tendría que cargar con el muerto es él, ¿sabes lo que te quiero decir?

Cuando Carla vuelve, lleva un vaso de agua y tres refrescos de naranja en botella de vidrio, y empuja los Jarritos sobre la mesa, y es como si estuvieran juntos en una cantina lejana, en algún lugar cálido y seguro, en algún lugar en el que pudieran fiarse los unos de los otros, pero Pedro no toca el refresco que le han puesto delante. Carla se inclina hacia delante y vuelve a preguntar por Maria, cómo había sido de adolescente, si había tenido problemas, si había comentado problemas de trabajo, si había empezado a preocuparse, si había dicho algo de ir a Connecticut. Pedro coge el agua, pero el refresco ni lo prueba.

El tiempo se les escapa, las manillas del reloj de pared dan vueltas, la luz fluorescente de la sala no varía. Los agentes se preparan para la ráfaga final.

A ver, Pedro, ¿Maria te lo contó? ¿Contarme qué? Lo de su *asunto* con Elliot Mendelssohn. ¿Su *qué*? Su *affaire*, ya me entiendes, sus tejemanejes. No sé de qué me está hablando. ¿Cómo decírtelo con delicadeza, Pedro? ¿Decirme qué? Que se estaba tirando al tipo este, Pedro, ahora cálmate, *papi*, cálmate, *usted se calma*. Ya estoy calmado, no hable así de mi hija. Vale, vale, ¿qué sabes tú de su *re-lación*? No sé nada del asunto. Porque por cómo yo lo entiendo, en un momento dado ella vivía muy bien, ¿no es verdad, Pedro?, estaba contenta, ¿no es eso? No tengo nada que decir. Era una buena chica, le iba bien, estudió secretariado, se consiguió un buen marido, era un buen tipo, segunda generación, tu hija te llena de orgullo, tu yerno te cae bien, te gustan tus nietos, la vida te sonrío, ella está contenta, tiene su casita en Rockaway, con su valla y todo, tú ya me entiendes, el sueño americano, ¿estás ahí, Pedro? ¿Vamos a tener que volver a jugar? ¿Hay alguien ahí? Diga, le escucho. Trabajando para una compañía de inversiones, llevando ropa bonita, ganando su buen dinero, asistente del director general, y hétela aquí, trabajando en el Midtown, en un despacho en Lexington Avenue, un rascacielos de vidrio, y un buen día, ¡plaf!, adiós, todo se desvanece como el humo, su jefe acaba siendo el capullo que siempre había amenazado con ser y la despide sin pensárselo. Yo no sé nada de eso. ¿Y entonces te enteras de que el tipo está en el restaurante? Yo no me enteré de nada. ¿Podría habértelo

dicho Dandinho? Dandinho no me dijo nada. ¿Hablabais de *fútbol* nada más? Eso es. Dandinho es tu mejor amigo, ¿verdad? ¿Qué tiene que ver Dandinho con esto? Y podrías haberte sincerado con él sobre el despido de tu hija en Barner Funds y él ata cabos y te cuenta que el viejo está ahí fuera en esos instantes... ¿Fue eso lo que pasó, Pedro?... Porque me parece absolutamente perdonable, tío, lo veo clarísimo, para cuando Dandinho te avisa de que Elliot Mendelssohn está en el restaurante, Elliot ya se ha ido, y tú, tú estabas fregando platos. Estábamos discutiendo de *fútbol*. Pero no es *fútbol* solamente, ¿verdad, Pedro? ¿Eh? ¿Te gusta el béisbol, Pedro? *Sí, claro*. ¿De qué equipo eres? De ninguno. Y, a ver, ¿cuánto decías que te pagaban, Pedro? Ocho pavos la hora, diez y medio la hora extra. Fregar platos, como trabajo, no es la bomba, ¿verdad? No está mal, y también hago otras cosas. ¿Como qué, Pedro? De vendedor ambulante de vez en cuando, ya sabe. ¿Ah, sí? Sí. Conque ahora pasas cacahuetes, ¿no, Pedro? No sé a qué se refiere. ¿Dónde vendes? Donde los Cyclones. ¿Los *Brooklyn Cyclones*? Sí, los *Brooklyn Cyclones*, ¿qué problema hay? ¿Y por casualidad no te harán llevar uniforme, Pedro, una gorra, tal vez? Claro, a veces llevo gorra, todo el mundo lleva gorra, en la cocina, al menos, hay que llevar gorra. Pero ¿llevas una gorra de los *Brooklyn Cyclones*? No sé de qué está usted hablando, mami.

Despacio, recogen las palabras y forman con ellas un puño, las sostienen en el aire durante unos instantes y entonces las lanzan hacia delante.

Porque tenemos la grabación de un tipo con una gorra de los *Brooklyn Cyclones* y parece tu doble.

¿Dónde?

Delante de Chialli's, encorvado sobre el muerto.

Yo no sé nada de eso.

Es una grabación, Pedro. Tu doble.

¿El mío?

Él y tú, Pedro, *dos gotas de agua*.

XII

El río se mueve.

El mirlo ha de estar volando.

Más concretamente, el interminable viaje de vuelta a casa. Que la libertad resuene desde la cima de las colinas, Sally. Echa otro tronco a la chimenea. Pon la sartén al fuego, hierva la leche, derrite el chocolate, coloca la silla, desdobra la manta, escucha cómo silba la leña. Tal vez debería llamarla y avisarla de que voy de camino. Aunque, pensándolo bien, es probable que saliera corriendo a la nieve. ¿Qué diantres está usted haciendo, señor J.? Vuelvo a casa, Sally, mi propio hijo me ha dejado plantado. Abandonado a mi suerte. Ni suerte me ha dejado, ahora que lo pienso. El equipo de invierno no me habría ido nada mal. Hasta dejó que la cuenta la pagara yo. Bueno, tengo un poco de salmón y un buen filete, podremos capear el temporal. Sin envolver, no sé por qué. Dandinho no ha hecho su trabajo.

Qué incomodidad, lo de tener que sujetar la bolsa de plástico y el bastón al mismo tiempo. Pero ahí vamos, arriba, adelante, lejos.

Bueno, casi.

Se queda en el primer vestíbulo de entrada y oye cómo la puerta del restaurante se cierra a sus espaldas. *Adiós, señor Mendelssohn*. Su dulce voz de Rodesia y Zimbabue y las últimas notas de la música del interior. Tendría que correr de vuelta adentro para pedir un brandy calentito. Una cucharada de azúcar que me ayude a bajar la medicina.

Madre de Dios, la que está cayendo. No había visto nunca una cosa así. De un lado, del otro, al bies. Un teatro, una superproducción, una ópera de nieve. Todos los taxistas sobre el escenario, deslizándose hacia la izquierda, hacia la derecha, de lado, hacia el patio de butacas. Un aplauso de limpiaparabrisas. Camiones y camionetas, faros que centellean y un pobre

idiota en moto. Una nieve que cala de verdad. Como esas armas en forma de aro, un millón de *chakris* voladores que alguien hubiera lanzado en mi dirección.

Apenas si hay un alma en la calle. Es todavía un pelín temprano para las mamás y las niñeras que van de camino a la guardería de la calle Ochenta y uno. Ni un chico de la floristería, ni un repartidor. Nadie que saque la nieve con la pala. Nadie que pase el rodillo de la sal gruesa.

Lo que de verdad tendría que hacer es parar un taxi, pero le tocaría llevarme por la sinagoga hasta la Ochenta y ocho, bajar la manzana, seguir bajando por Park Avenue y coger la Ochenta y seis, y quién sabe qué atasco habrá en esa dirección. Cláxones tronando por todas partes. Un ruido terrible, francamente. ¿La nieve no amortiguaba el sonido? Una cacofonía, la palabra era ésa. El pianista tocando el contrabajo. El saxofonista, el violín. El flautista al claxon, como quien dice.

¿No había una multa por uso indebido? Mira, Elliot, si por tocar el claxon ponen multa, a ti te caerá una, seguro.

¿Qué le había pasado? ¿Por qué no pudo convertirse en el chico que prometía? Los exámenes finales le fueron bien, lanzó el birrete de graduación por los aires, cogió a su madre del brazo, pasearon por Cambridge muy orgullosos. Eileen estaba contenta, entonces, se reía, nos reíamos juntos. Volvió a instalarse en Nueva York. Vivía en el Village, se buscó una francesita. ¿Cómo se llamaba? De eso hace tanto ya. Chantal. Y sí que se le daba bien, lo de *chantar*. Eileen era su fan número uno. Tenía una voz de ruiseñor. En diciembre, siempre la veía en las fiestas. Y un día dejó de verla. Un cucharón que se sumerge en el pozo de la mente. La de cosas que llegan a aparecer y desaparecer. ¿Quién miró al fondo del pozo? ¿Quién buscaba su reflejo en la oscuridad?

Y vaya oscuridad, también. Para la hora que es. Pero adelante, vamos.

Un escalofrío en el cuello. Ni siquiera me he abrochado el abrigo bien hasta arriba. En el restaurante han tardado tanto en meterme los brazos en las mangas que debían de tener la impresión de estar reduciéndome con una camisa de fuerza. Pero se han quedado contentos, todos. Para Dandinho, que

estaba de morros, he dejado un billete de diez dólares, y a Rosita, el treinta por ciento, por qué no, una cosita o dos se las merece, aparte de la mancha azul en la muñeca.

Una belleza.

Me ha traído algo a la memoria.

Como toda la belleza, siempre.

Mantiene un equilibrio precario apoyado en la pared del vestíbulo, se arregla el cuello y se sube la bufanda, se tapa la boca. Un pasamontañas improvisado.

Aquí, Eileen, ven, cógeme de la mano y sal conmigo a Madison. Cuántos días caminamos juntos por aquí, aunque te recuerdo al sol, llevabas un vestido de verano claro y un sencillo collar de perlas, aunque lo cierto es que es probable que, en el recuerdo, las cosas sean más hermosas de lo que realmente fueron. Los años le echaron unos kilos encima, y una ligera cojera hacía que anduviera un poquito de lado. Las arrugas y los surcos y los bultos en las caderas. Cruel, como se las gasta Dios. Cuanto más sabemos del tiempo, menos tiempo tenemos. Y cuanto menos tenemos, más queremos. Las balanzas de la justicia. Eso suponiendo que la palabra exista. Nací en mitad de no sé qué o no sé cuántos.

Adelante, ahora. En marcha a la de tres.

Sally también.

Salgamos a la nieve que cala, un paso, dos. Una súbita sensación de frío en los pómulos. Cierra los ojos y trata de sacudirse el escozor. La impresión. El viento y la nevada lo envuelven. Se detiene para recolocar las zarandeadas sobras. Con qué rapidez pasamos de un estado a otro. No puede ser mucho más tarde de las dos y ya es negra noche. La oscuridad se eleva del suelo y, con sus alas, echa a volar.

—Elliot Mendelssohn.

Sí. No. Pues claro que no. ¿Pregunta o afirmación? ¿Quién va a oír algo cuando con las puñeteras bocinas sonando y el viento que sopla y la bufanda subida hasta las orejas y la ciudad es un caos y todavía tienes en la cabeza la sinfonía del restaurante? Es sencillamente imposible oír nada, pero ¿cómo me llamaba yo? ¿Soy yo mi hijo? Desde luego que no. No en esta vida, por lo menos. La voz parece llegar de detrás y se vuelve para mirar por encima del

hombro con la lengua que titila rozando la bufanda. ¿Soy el hijo de mi hijo? Esta pregunta está mucho mejor. Aunque no me gustaría contestarla ahora mismo.

Sácame de la nevada, por favor. Dios bondadoso, hace frío y la nieve se me clava y casi no veo nada, pero no hay voz alguna a mis espaldas, tan sólo la luz naranja de Chialli's atrapando los copos de nieve y las huellas de otros que han pasado antes que yo.

Tendría que haber llamado a Sally.

Se vuelve despacio y la punta del bastón hace crujir la nieve blanda. Desliza el pie derecho alrededor del bastón y, pulgada a pulgada, el izquierdo le va a la zaga, con cuidado, ahora, en Madison no hay asideros, menuda lástima, dos copas de Sancerre encima, ¿y quién es este cuadro que se me acerca dando zancadas, penetrantes ojos castaños detrás de unas gafas y pelo gris asomando bajo la gorra de béisbol?, ¿quién, que se inclina hacia delante, poco le falta para ser un sin techo?, ¿quién sabe si andará buscando unas monedas?, aunque tiene algo que me resulta vagamente familiar, ¿quién es?, ¿y por qué diantres le brillan así los ojos?, ¿de dónde viene ese brillo?, ¿cuántas caras como ésta habré visto yo? Tantos años rondando por Brooklyn: los buscavidas, los altaneros, los voceadores, los panaderos, los limpiabotas, los timadores de poca monta de las cuatro esquinas del globo. Pero sabe cómo me llamo, o cómo se llama mi hijo, al menos, y puede que le haya pasado algo, podría haber resbalado en la nieve, haberse hecho daño en la espalda o haber aterrizado con suavidad sobre el billetero, quién sabe, a fin de cuentas, a comer no invitó.

En la cara del tipo se advierte un temblor, como si llevara algo en la mano y acabara de caérsele y lo hubiera recogido y vuelta a empezar, alguien que ha vivido una temporada larga y difícil, eso lo advierto, ¿y qué puedo hacer por ti, joven?, aunque de joven, nada, rondará los cuarenta, cincuenta, ahora nunca se sabe.

No lo tengo ni a tres pasos y parece que el tipo ya tiene la abeja detrás de la oreja, ¿o era la mosca? Se ha calado la gorra un poquito más y ya ni le veo los ojos. La boca es una mueca, pero en esa cara hay algo afable, tiene un no sé qué bobalicón... ¿Es Tony?... El de la puerta, se le parece, ¿y en qué diantres me equivoqué con Tony, mis tonterías, lo del libro de Adorno...?

¿Qué tienes, Tony?... ¿Le ha pasado algo a Sally, por un casual? ¿Te ha mandado salir a la nieve a rescatarme? ¿Dónde está el brandy, san bernardo? No hace ni un instante me ha venido el asunto a la cabeza, ¿y por qué diantres te me acercas tan deprisa con esas zancadas, Tony?, sin tu uniforme de portero, sin tus guantes siquiera, los nudillos de un marrón reluciente, nunca te había visto con ropa de calle, ¿me quedé corto con la propina de las fiestas?, ¿dejé escapar, hace tiempo ya, alguna inconveniencia, una de mis frases tontas?, tengo muchísimas, un alud entero en la cabeza, y él que viene derecho con los hombros que se bambolean en la cazadora oscura, pequeño, cuadrado, Tony no pondría esa cara...

Una vez, hace mucho tiempo, patiné en un lago helado con cuchillas en la suela de los zapatos...

Está solo a un paso, ¿y si no fuera Tony?, le faltan chichas y altura, masculla algo en español sobre mi padre, o su padre, o el padre de alguien, ¿qué diantres le ha dado al tipo este?, que alguien me ayude, ¿qué dice, ahora?, la tormenta de nieve nos rodea, esto es un ciclorama y no hay manera de oír lo que el tipo grita, echa babas por la boca, una miniventisca toda suya, una ráfaga, ¿cuántas palabras tienen para describir la nieve?, se inclina hacia delante, el sombrero se me mueve en la cabeza, pero ¿qué estás diciendo, tú?, no oigo una sola palabra con este estruendo, tranquilízate, espera un segundo, tú no te pareces a Tony en nada, ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿dónde te he visto yo antes?, y, ay, que las sobras se mueven, van a volcarse, lo que gritas es el nombre de mi hijo, el traidor de mi hijo, ya no llevas el delantal, y, ay, ese blanco que cae por toda la calle, ni la nieve puede estarse derecha, y, ay...

El canal era, de lejos, el mejor lugar para hacer la bomba.

XIII

*Fue de noche toda la tarde.
Estaba nevando
e iba a nevar.
El mirlo se posó
en las ramas del cedro.*

Si hubiera sido otro día —sin la nieve, sin el viento, sin la oscuridad temprana—, lo habrían visto caer como un personaje salido de una antigua epopeya, todo sombrero e historia.

Lo habría registrado la cámara de tráfico en lo alto de las ornadas extremidades de la farola de la calle Ochenta y seis. Hasta en una copia en baja resolución, Mendelssohn habría salido del restaurante con la bufanda alrededor del cuello, elegantemente tocado con un sombrero. Se habría parado a ponerse bien el abrigo y entonces habría dado un paso adelante con el bastón. En la grabación, recibiría el puñetazo y se quedaría inmóvil durante unos instantes, como acusando las propiedades sísmicas del golpe. El puñetazo habría dado en pleno pecho. Las rodillas de los pantalones habrían ido plegándose como un acordeón, las piernas se le habrían doblado y los cimientos del andamio de su cuerpo habrían empezado a tambalearse como por efecto retardado. Habrían bastado un par de segundos para que el teatro de marionetas se pusiera en marcha: el desvanecimiento, la zambullida, el derrumbe. Su cuerpo cedería y él caería redondo, ochenta y dos años largos desintegrándose hacia abajo. Verían el viejo Homburg tocarle la cabeza durante buena parte de la caída, desafiando la física, la bolsa de las sobras zafándose de su mano casi al instante y abriéndose al chocar contra el suelo con un ruido sordo justo cuando él se reventaba la cabeza en la acera. También habría quedado registrada la figura del agresor, parado en la calle tras la descarga del puñetazo, momentáneamente congelado, sin saber muy

bien qué había sucedido ante sus ojos; se mira el puño y después mete la mano en el bolsillo del plumífero, da diez pasos hacia el norte, perplejo, baja la visera de la gorra con aire furtivo, se dirige a una entrada sombría y abre la pesada puerta de metal. Un pedazo de anonimato disolviéndose en un anonimato todavía mayor. La calle permanecería en silencio durante unos instantes y entonces el ayudante de camarero y el gerente y la camarera asomarían sobre el cuerpo tumbado en la calle en decúbito supino, y los cochecitos de bebé avanzarían por la avenida —a falta de nieve, de viento y de oscuridad habrían sido más, por supuesto—, y clientes de las tiendas cercanas y peatones habrían podido dar fe de que el hombre entraba y salía.

Aquello, en fin, era como que te lanzaran al mejor de los poemas, como que, con los ojos vendados, te llevaran a un paisaje frío y te hicieran dar media vuelta, te quitaran la venda y entonces te obligaran a inventar nuevas maneras de ver.

También podría haber pasado que, de haber estado enfocadas en otra dirección, las cámaras del restaurante hubieran visto a Pedro Jiménez entrar por la puerta con los hombros rociados de nieve, quitarse la gorra a toda prisa, metérsela en el bolsillo doblada y colgar la chaqueta en un gancho metálico colgado al lado de la puerta. En ese caso, también habrían visto a Pedro regresar a la chaqueta al cabo de unos segundos y remeterla bajo algunos abrigos secos para ocultar lo mojada que estaba. También podrían haberlo visto hundir la gorra al fondo del bolsillo. Lo habrían cazado justo antes de doblar la esquina hacia el baño, deteniéndose y llevándose la parte inferior de las palmas de la mano a la cara angustiada, tensando la piel y meneando la cabeza deprisa de un lado al otro, como si quisiera dispersar los minutos pasados de su vida antes de volver al fregadero. Otro ángulo podría haber mostrado su rostro aterrorizado cuando, esa misma tarde, el chef, el gerente, las camareras y los polis, todos apiñados en la cocina, empezaron a recordar detalles mientras él lavaba la sartén que había asado el salmón de Mendelssohn. Tal vez habría mostrado las miradas que Dandinho y Pedro cruzaron cuando a él lo apartaron para interrogarlo, la cara que puso Dandinho en la puerta de entrada o los vistazos que los dos les echaron a las cámaras al salir del restaurante por la noche, comprobando los ángulos de la

del vestíbulo de entrada cuando los polis ya habían descargado las imágenes para examinarlas. Aún no había nada evidente: el homicidio, como el poema, debía abrirse a lo que quedaba por descubrir.

Los agentes podrían haber bajado la grabación de la parada en la que, esa noche, los dos hombres esperaron huraños a que el metro de la línea 4 los llevara a Brooklyn, de vuelta a casa. Pero ¿quién podría haber intuido el significado de su silencio? ¿Quién podría haber anticipado las palabras de Dandinho a Pedro? ¿Quién podría haber predicho el pacto que tal vez habían sellado? ¿Quién podría haber interpretado la cara de Pedro al bajarse del vagón de la línea F en Coney Island al cabo de casi dos horas y salir empujando el torniquete plateado? ¿Quién podría haber entendido su terror al pasar por la bodega de la calle Diez? ¿Quién podría haber sabido qué pensamientos cruzaban su mente al detenerse en la esquina de Coney Island Avenue y doblar al sur, hacia el mar? Ni teniendo a nuestra disposición las cámaras que salpican el paseo entarimado que discurre al lado de la playa podríamos asegurar que el hombre que hunde el plumífero y la gorra de béisbol en la papelería era culpable. ¿Qué trasluce el modo en que mira esas ropas de las que se deshace y que nadie llegará a encontrar? ¿Qué nos enseña la manera en que se aleja? ¿Qué se intuye en el modo en que su vista se pierde en el mar? ¿Qué país espera a lo lejos? ¿Qué pasado? ¿Quién va a saber qué derrota sigue temblándole en el puño?

O tal vez la historia sea muy distinta. Podría haber salido victorioso. Podría estar loco de alegría. Podría sentirse fuerte, podría pensar que la razón está de su lado. Tal vez quiso vengar a su hija y a sus nietos, vengar su pobreza, su tristeza, la pérdida del padre, los pecados de la madre. Tal vez haya algo completamente congratulatorio en la manera que tiene de volver tras sus pasos en el paseo dejando atrás el parque de atracciones bajo las luces parpadeantes. Tal vez crea que debería hacer lo mismo con el hijo del hombre al que ha matado. Tal vez piense: «Jódete, Elliot Mendelssohn, el próximo eres tú».

Sucede, como dice el poeta, y sucederá.

A Pedro lo detendrán al cabo de seis días. Lo acusarán. Se declarará no culpable. Su hija pagará la fianza. El Estado le planteará un acuerdo. Él no lo aceptará. El Estado dice que irá a por todas: asesinato en segundo grado. El

abogado de Pedro dice que debería aceptar un cargo menos grave, homicidio, tal vez, pero Pedro dice que no, que es demasiado viejo para ir a la cárcel, que prefiere plantar cara. Irá a juicio casi un año más tarde. La decisión quedará en manos de un jurado. En una sala de techos altos en Centre Street, en el bajo Manhattan, sopesarán el caso. Cribarán las pruebas. Desestimaciones. Rehabilitaciones. Una forma de excavar y reconstruir. Buscarán un momento de revelación que pudiera convertirse en verdad.

Habrán médicos y auxiliares y cardiólogos y traumatólogos; uno dirá que a Mendelssohn lo mató el puñetazo; otro, que murió cuando la cabeza impactó contra el suelo. Dos especialistas en vídeo forense pedirán que se corran las cortinas de la sala. Examinarán meticulosamente las imágenes con seis pantallas planas: una para el juez, otra para la acusación, otra para la defensa y tres para el jurado. Repasarán la compresión, la resolución, la nitidez, la marca temporal, la velocidad de imagen y los análisis comparativos. Mostrarán el ángulo de la caída. Señalarán la breve aparición del agresor. Acercarán la imagen en un zoom y luego la alejarán. Se centrarán en la gorra y la chaqueta. Analizarán sus peculiaridades, lo que saben y lo que no. No hay un rostro identificable que mostrar. Lo que sí puede verse, sin embargo, son las imágenes de la discusión que Dandinho y Pedro mantienen en la cocina. Contarán los minutos y los segundos que Pedro pasa en el servicio. Mostrarán a Pedro volviendo al gigantesco fregadero bajo el póster de los Brooklyn Cyclones. Congelarán la imagen en ese preciso instante, cuando sumerge las manos en el agua.

¿Están frías esas manos? ¿Están atormentadas? ¿Están haciendo su trabajo, nada más?

La acusación llamará a testificar a Elliot Mendelssohn. Él se ceñirá la chaqueta y, dando zancadas, avanzará por la sala hasta ocupar el estrado. Optará por la seriedad, por la rabia, por un silencio prolongado, habrá lágrimas, incluso, pero el juez lo interrumpirá. Con el turno de preguntas se le quebrará la voz. Dirá que no había visto al acusado en su vida. Exhibirá su costumbre de levantar el índice al contestar una pregunta. Un ligero temblor animará su cuello. Dirá que la muerte de su padre lo ha dejado desolado. Se mirará las manos como para comprobar la veracidad de la afirmación. Dirá que nunca se recuperará del golpe. Suplicará, adulará. Le echará un único

vistazo a Pedro y apartará la mirada al instante. Bajará del estrado con dos óvalos de sudor que ni el paño de la chaqueta podrá ocultar. De vuelta al fondo de la sala de Centre Street, mirará el móvil como si en él pudiera hallar la respuesta a todas sus preguntas.

Pasarán los días.

Llamarán a testificar a Christopher Eagleton, el gerente del restaurante, y a Rosita Oosterhausen, la camarera. La declaración de Rosita será breve y educada. Dirá que ayudó a Mendelssohn a ponerse el abrigo en la entrada. Dirá que era un anciano encantador, que no tiene ni idea de quién podría querer hacerle daño ni de por qué. Dirá que el *shock* la ha hecho dejar el trabajo. Dirá que no había visto jamás una muerte tan carente de sentido. Bajará del estrado con gesto furtivo, encogida, como avergonzada de su declaración. Mirará a Pedro durante una fracción de segundo, aunque él no le devolverá la mirada. Christopher Eagleton parecerá nervioso, como si cualquiera de sus palabras pudiera perjudicar la marcha de su restaurante. Se aflojará la corbata y dirá que siente muchísimo la pérdida de su cliente favorito y que no tiene la menor idea del motivo de la agresión. Estaba en el restaurante, sí, y oyó alboroto en la calle. Salió a ayudar, pero no vio al agresor, ni siquiera su silueta, y el caso es que ya no podía decir mucho más. Se había inclinado sobre Mendelssohn, que parecía muerto. A él no le cuadraba nada. A Pedro no se le había escapado jamás una palabra sobre nadie, y menos aún sobre Mendelssohn. Bajará del estrado con la cabeza gacha y los puños metidos en los bolsillos de la chaqueta.

Se informará al tribunal de que se desconoce el paradero de Dandinho, podría estar en Río de Janeiro con su mujer y sus tres hijos, aunque también podrían haberlo visto trabajando en un restaurante en Toronto o incluso en un restaurante de barbacoas de Carolina del Sur. Se añadirá que todos los intentos por ponerse en contacto con él después de los interrogatorios iniciales han resultado infructuosos. La defensa alegará que, sin Dandinho, la acusación ya no tiene fundamento. La acusación dirá que las pruebas son concluyentes y que Dandinho colaboró en el crimen, hecho que su desaparición no hace sino subrayar. El tribunal llamará a Sally James, que ha llegado de Tobago y está pasando una semana en la ciudad en compañía de su sobrino para arreglar unos asuntos de dinero. Se mostrará educada y

confundida, y se secará los ojos con un pañuelito. A continuación llamarán a Maria Casillias, que declarará que sí, que tiene una demanda multimillonaria en curso contra Barner Funds, aunque el acuerdo es inminente. Dirá que sí, que le había contado a su padre lo del despido. Admitirá que sí, que había salido el nombre de Elliot. Pero dirá que no, que nunca le contó lo de su aventura. Y dirá que su padre nunca dejó traslucir rabia alguna, que no lo había visto nunca levantarle la mano a nadie, y mucho menos a un anciano, su padre no podía haber hecho eso, de ninguna manera. Dirá que era mucho más probable que Elliot hubiera salido a la nieve para darle un puñetazo a su padre, él era de esos. En el tribunal resonará una protesta. Dirá que, aunque no hubiera sido Elliot, lo más probable es que el viejo resbalara, era lo más lógico, nevaba, ¿no ven que resbaló?, ¿no habían dicho que se había tomado dos copas de vino? El juez le ordenará discretamente que controle sus emociones. Bajará del estrado mirando a su padre y después se volverá cuando su exmarido salga de entre el público para cogerla de la mano.

El tribunal llamará a Pedro, que, por indicación de su abogado, no contestará. Se quedará sentado en la sala con cara impasible, educado, inmóvil, un tipo inescrutable. Los miembros del jurado esperarán y escucharán. Reflexionarán sobre los conceptos de la verdad y la mentira: la verdad, con sus bordes vacíos, y las mentiras, con sus convenciones narrativas de rigor. Rebuscarán entre el vasto compendio de hechos y de cifras. Les parecerá estar en una mina, buscando la luz en la oscuridad por pozos, bolsas, vetas y tolvas. El juez informará a los miembros del jurado sobre sus responsabilidades y éstos se retirarán a deliberar. Examinarán —de nuevo— las imágenes de la caída de Mendelssohn delante del restaurante. Examinarán también las imágenes de Pedro y Dandinho en la cocina. Pedirán que les dejen volver a verlas unas veces más: cada vez las ven distintas. Congelarán la caída de Mendelssohn, y esa imagen suya en el aire les servirá de salvapantallas de la imaginación: los acompañará al despertar durante los siguientes días, semanas e incluso meses.

Doce días para las declaraciones y, después, el veredicto. Queda grabado en vídeo, por supuesto. Un ángulo alto que deje fuera las caras del jurado. La sala revestida de madera es clara y espaciosa. El juez está sentado al frente. A un lado, la bandera de Estados Unidos; al otro, la del estado de Nueva York.

A su derecha, el periodista judicial. Los abogados, enfrentados. Es como si la sala llevara allí desde el principio de los tiempos, fijada en gelatina, un lugar inmutable.

Pedro Jiménez tiene una ventana a sus espaldas. Cuando se levanta, tapa un poco de luz. La abertura del objetivo tarda unos segundos en regularse. Un fogonazo y vuelve a enfocar. Pedro tiene la cabeza gacha y las manos sujetas a la cintura. Lleva un traje azul esperanza. Espera a que la presidenta del jurado dé un paso al frente. Cierra los ojos mientras lee el veredicto.

Fuera, el cielo es una inmensa sábana gris. No se mueve ni una nube.

Más cámaras en la ciudad que pájaros en el cielo.

DONDE ESTÁS, ¿QUÉ HORA ES?

1

Accedió en primavera a escribir un cuento para la edición de Nochevieja de la revista de un periódico. Una tarea bastante sencilla, pensó al principio. A finales de mayo se puso a bosquejar varias imágenes que podían funcionar, pero no tardó en quedarse varado, sin rumbo. A principios de verano estuvo un par de semanas devanándose los sesos; buscó ideas y párrafos, dejó algunos sin terminar, acabó retrasando el encargo y olvidándolo a medias. De vez en cuando volvía a sacar las notas y después las abandonaba de nuevo.

Se preguntó cómo iba a ingeniárselas para adentrarse en el contexto de un cuento de Nochevieja: podría crear una serie de fuegos artificiales, quién sabe, orquestar el descenso de una bola de espejos en una ciudad o dejar que la nieve fuera esparciéndose lentamente por el cristal de una ventana.

Todos los comienzos que fue probando (anotados en cuadernos) acabaron a oscuras.

2

A principios de verano pensó que tal vez le convendría replantearse sus ideas sobre el alcance de los cuentos de Nochevieja; podría narrar una historia militar, tal vez, el cuento de un soldado en algún sitio lejano, un americano joven, pongamos, en un país remoto. Podía situarlo, pongamos, en un cuartel en Nochevieja y en Afganistán, la idea sencilla de un marine..., una joven, por poner, a la que la guerra ha dejado levemente agotada, sentada en las estribaciones de un valle, en medio del frío, rodeada de sacos de arena, en el silencio inmenso, mirando al este, bajo la malla de acero de las estrellas, todo en silencio, sin que se oiga siquiera el ratatá de las ráfagas de las ametralladoras a lo lejos; el sombrío perímetro de la realidad de la soldado

contra la posibilidad de lo que puede estar sucediendo en otros lugares, en su casa de Carolina del Sur, pongamos, un implacable barrio residencial escasamente distinguido, pongamos, una casa en la que una leve amargura se ha ido aposentando con el paso de los años, pongamos, una cañería rota que cuelga sobre el garaje, pongamos, un chico en el camino de entrada, un niño, que lleva una camiseta de rayas y vaqueros rotos, con una bicicleta triste a sus pies, su hermano, o su primo, quizá incluso su hijo, sí, puede que su hijo.

3

Al contemplar la noche afgana (aunque convendría concretar más y situar a la mujer frente a la gótica oscuridad del valle de Korengal, tal vez incluso ante la cordillera del pueblo de Loi Kolay), la mujer se sumerge en la brutalidad que impera en los puestos de avanzada de todas las guerras, varias capas de negro oprimen las montañas ya oscuras, una zona en la que hasta los árboles raquíticos podrían dar la impresión de querer tirarse por los precipicios y lanzarse al suelo del valle, la oscuridad vuelve a hacerse más visible por la capa de escarcha que lo cubre todo, los sacos de arena, las barras de acero, la ametralladora, una Browning M-57, el trecho imposible de salvar, la enormidad del firmamento negro, todo tan frío que la joven marine, llamémosla Sandi, se tapa la cara con un pasamontañas, bajo el casco, y tiene las puntas de las pestañas congeladas y nota los pulmones cargados de hielo y, cuando mira por el huequecito que hay entre los sacos, le castañetean tanto los dientes que le da miedo mellárselos, un temor personal, porque Sandi es de caderas anchas, pechos pequeños y, en su opinión, poco agraciada, y tiene veintiséis años y siente cada uno de los días vividos, pero se enorgullece de sus fuertes dientes blancos, de modo que, cuando coge el labio superior del pasamontañas, lo estira y se lo mete en la boca, nota el sabor duro y áspero y sintético de la tela en la lengua.

4

Sandi está sola en su pedregoso puesto de avanzada. Evidentemente, esto es bastante inverosímil, pero él ha conocido a algunos marines en Nueva York y le han contado sus historias, y es muy consciente de que la realidad muchas veces supera lo inventado, así que justifica esta soledad utilizando la idea de que se está celebrando una fiesta de Nochevieja en el cuartel del pueblo de abajo, y Sandi ha accedido a dejar que descansen los otros marines, a ocuparse sola del puesto mientras la medianoche da el vuelco, mientras la bola cae a lo lejos, porque en su unidad todos saben que Sandi es maja, que Sandi mola, que Sandi sabe de qué va el rollo, y, seamos sinceros, Sandi aprecia la intimidad, y le han dado acceso a un teléfono vía satélite con el que llamar cuando den las doce de la noche, porque ¿quién quiere estar solo en Nochevieja sin poder al menos llamar a casa y decir..., y qué va a decir Sandi?

(Él, debe reconocerlo, aún no tiene la menor idea.)

Lo que sí sabe es que la sensación de frío aislamiento es importante: no sólo porque se trata de un cuento de Nochevieja, sino porque Sandi queda congelada en su cubículo de soledad humana, como nos pasa a casi todos, en el momento en que despunta un año, mirando al pasado y al futuro, a los dos. No sólo eso: la lectora o el lector tiene que empezar a *sentir* el frío que atenaza a Sandi en lo alto de la cordillera de trescientos ocho metros: hasta tal punto que ella, o él, casi ocupa los mismos árboles que quieren tirarse del precipicio. Deberíamos notar cómo se nos congelan las pestañas y mordernos las mejillas para impedir que nos castañeteen los dientes, porque, al igual que Sandi, tenemos que ver, o comprender, o al menos imaginar que existe, lejos, y nosotros, también, albergamos una remota esperanza de que Sandi hable por el teléfono vía satélite y diga algo, un propósito no, tal vez, pero al menos sí una decisión de cierta índole, un pequeño paquete de significado.

(Aunque él sigue sin tener mucha idea de lo que Sandi podría decir exactamente, empieza a hacérsele algo más compleja, cosa que agradece, porque la fecha de entrega se aproxima, tiene que haber acabado el cuento a mediados de octubre como muy tarde, y a finales de septiembre se refugia durante tres o cuatro días en su apartamento de la calle Ochenta y seis de Nueva York, aunque de un modo u otro aún siente el frío que se cuela desde las colinas afganas, y ahora quiere captar la esencia de lo que se siente al

estar lejos de casa, al estar en dos o tres sitios a la vez, y la sencilla idea de que lo que verdaderamente necesitamos en Nochevieja es una sensación de retorno, ya sea a su Dublín natal o al Charleston de Sandi, o a su Nueva York, o al lugar de nacimiento de Sandi, que es, pongamos por caso, Ohio, aunque lógicamente Sandi podría haber nacido prácticamente en cualquier sitio, pero Ohio parece adecuado, digamos que Toledo, por poner.)

5

Ahora sabe lo siguiente: Sandi Jewell tiene veintiséis años, es de Toledo, vive en el sur, es marine, está encaramada, vestida de camuflaje, a más de trescientos ocho metros de altura en un frío extenuante, se ha puesto un pasamontañas, contempla la oscuridad afgana en la víspera de un nuevo año, está a punto de marcar el número de un ser querido en un teléfono vía satélite que tiene al lado. (Él se pregunta qué pasaría si tiempo atrás, un año antes, hubiera habido tres calentadores en el puesto de vigilancia, hubiera emitido cierta luz y un francotirador hubiera abatido a otro marine únicamente apuntando el tiro al centro de estos calentadores, una triangulación matemática perfecta, un incidente del que Sandi podría haber estado al corriente al presentarse voluntaria para vigilar el puesto, lo que añadiría otra sensación de espanto al cuento; ¿no podría volver a suceder lo mismo, que, en esta ocasión, del teléfono vía satélite escapase un poco de luz? Al cabo de unos días decide que no: sería demasiado sencillo optar por la facilidad de una muerte causada por el disparo de un francotirador y, además, ¿qué tipo de cuento de Nochevieja sería ése?) La esencia del cuento de Sandi ha comenzado a acumular capa tras capa, aunque él todavía no sabe quién es el ser querido, ni qué puede llegar a darse entre ellos. Aun así, cierto misterio ha empezado a unir las cosas.

6

Lo que Sandi ve, o lo que él imagina que Sandi puede ver: el chico deja la bicicleta en el camino de entrada, una zona residencial, una Legolandia de casas, a las afueras de Charleston. Es por la tarde en la región central de Estados Unidos, con ocho horas y media de diferencia con respecto a Afganistán. Se trata de un chico alto, delgado y guapo. Pongamos por caso que sí, que es su hijo (sus ganas de hablar deben de ser tremendas, y las posibilidades de que se produzca una tragedia, reales: ¿qué pasaría si ella no logra hablar con él? ¿Qué pasa si se corta la línea? ¿Qué pasa si se oye el estallido de un disparo en la noche?). Tiene catorce años y eso presenta un problema, claro, porque antes se ha dicho que Sandi tenía veintiséis. (¿De verdad que es hijo de ella? ¿Es verosímil? No sólo eso: ¿es posible?) El chico sube la puerta de chapa acanalada del garaje mientras el corazón le late con fuerza bajo la camiseta de rayas blancas y azules, y oye un grito procedente del interior de la casa, una mujer (llamémosla Kimberlee) que le dice a él (llamémosle Joel) entre gorjeos: *Deprisa, Joel, tu madre está a punto de llamar*. Y Joel llega tarde, sabe que llega tarde, y ya es lo bastante mayor (en realidad está a punto de cumplir los quince) para tener novia y saber ciertas cosas sobre lo complejo de la pérdida. Ha pasado la tarde con esta novia cerca de las gradas del colegio de Lancaster Street. Se ha comprometido con ella, va a estar a su lado esa noche cuando el reloj de verdad (el reloj americano) dé las doce, pero antes tiene que hablar con su segunda madre, que está en Afganistán, desde la cocina de la casa de su primera madre.

(Y aunque Joel la llama su «segunda madre» y sólo conoce a Sandi desde hace cuatro años, se ha hecho un tatuaje de tinta en el dorso de la muñeca: «K & S».)

Joel cruza la casa a toda prisa, tira la chaqueta sobre la mesa de la cocina, aparta una silla de un tirón, mira a Kimberlee y, mientras contempla los huecos del suelo de madera, dice: *Donde está, ¿qué hora es?*

Sandi está sentada a oscuras; lleva un reloj en la muñeca, por encima de los guantes ignífugos de color marrón claro y marca Nomex, y espera la cuenta atrás. Ya ha habido problemas con la señal del teléfono: llamadas que se cortan, tonos infinitos, satélites fallidos.

Es aún demasiado pronto para llamar, pero resucita el teléfono a golpe de tecla y roza las protuberancias de los números, un ensayo.

Por delante del puesto de avanzada, sólo oscuridad y la escarcha blanca sobre la tierra. Las estrellas parecen agujeros de bala por encima de ella.

8

Él tiene unas ganas locas de disponer un cruce de artillería entre las colinas afganas o de ver un haz de luz que no sólo sea una metáfora (un lanzacohetes, quizá, o el vuelo de una bala de verdad al impactar en uno de los sacos de arena), de abrir la mente del lector con la fuerza de una línea trazadora, de encender otros fuegos artificiales en la víspera del nuevo año, y de aumentar la intensidad del posible sufrimiento.

Pero el caso es que la noche afgana sigue sumida en el silencio, por mucho que él imagine, ni siquiera se oye el aullido de un perro perdido, ni un leve atisbo de voces en el puesto.

Dos minutos antes de la medianoche, Sandi suelta el pasamontañas de entre los dientes y se inclina para coger de nuevo el teléfono vía satélite. (Él ya barrunta lo que ella le podría decir a su hijo, o más bien al hijo de Kimberlee.) Sandi enciende la linterna delantera del casco, pulsa con fuerza las teclas del teléfono. El panel frontal se ilumina. Le han dado un código. Se quita los guantes para marcar los números sin equivocarse. Tiene un tatuaje chapucero en el pliegue de carne que hay entre los dedos pulgar e índice, las iniciales de otra persona, de eso hace mucho, ya ni piensa en él.

Es medianoche en Afganistán y primera hora de la tarde en Carolina del Sur.

9

Él escribe esta (prácticamente) última parte en Francia, donde está de viaje al término de un acto de promoción editorial. Están a mediados de septiembre y la fecha de entrega se avecina. Hay cosas que sabe con certeza: Sandi no va a morir, se limitará a coger el teléfono, a marcar el número, a llamar a su novia y al hijo de su novia, y dirá sin más Feliz Año Nuevo de una forma de lo más normal, y ellos también la felicitarán y la vida seguirá, porque de eso van las Nocheviejas, de nuestras relaciones y nuestros vínculos, por intrascendentes que sean, y el relato quedará en silencio y deslizándose, avanzará hacia su propio año nuevo.

10

En la cocina de North Murray Avenue, Kimberlee está delante de la encimera, con las palmas de las manos muy abiertas, esperando la llamada. Tiene ante sí un banquete en perspectiva: pimientos cortados, cebollas, doscientos gramos de ostras, una taza de gambas cocidas, tomates, ramitas de tomillo, limón, lima, aceite de oliva, sal y tres dientes de ajo para la bullabesa que tiene prevista.

Kimberlee ha colocado una segunda copa de vino en un extremo de la mesa. Tiene treinta y ocho años, es alta, delgada, guapa, profesora universitaria. Está que se muere por esa llamada. Lleva una semana sin hablar con Sandi, desde justo después de Navidad, cuando discutieron por culpa de lo prolongado del periodo de servicio de Sandi. Esta llamada se ha convertido en un recuerdo lejano, una pulsación apenas recordada. Kimberlee escucha cómo el vino borbotea al caer contra un lado de la copa. Ahí ve ella la esencia de las fiestas: la soledad, el anhelo, la belleza. Coge una cuchara y empieza a remover.

11

Septiembre se acaba y ahora la fecha de entrega lo apremia de veras, pero le viene de pronto la idea de que la historia es infinita. Podría seguir junto a Kimberlee, o podría volver a Afganistán, o podría ir internándose en el pasado, o podría seguir a Joel hasta las gradas, esa misma noche y con la novia (llamémosla Tracey), o podría bajar la colina hasta donde los otros marines celebran su fiesta, o podría seguir el recorrido de un satélite, o podría retroceder al primer amor de Sandi, o podría ordenarle a la nieve que formase remolinos en medio de la noche.

Está en Normandía, frente al mar. Las olas se estiran y se revuelven en la costa de Étretat.

12

No puede quitarse esta frase de la cabeza: *Los vivos y los muertos.*

13

¿Cómo es posible que una partícula de voz se transmita por una línea telefónica? ¿Cómo es posible que Sandi articule una frase sencilla y que los músculos de la garganta se le contraigan? ¿Cómo es posible que Kimberlee oiga un sonido y su mano ya se esté moviendo en el espacio para alcanzar el teléfono blanco de la cocina? ¿Cómo es posible que Tracey le inspire una punzada de deseo a Joel? (¿Qué aspecto exacto tendrán esas gradas a medianoche?) (¿Y quién, por cierto, es el padre de Joel?) (¿Y de qué da clases Kimberlee en la universidad?) (¿Conoció a Sandi en un campus universitario?) (¿Qué podría haber estado estudiando Sandi?) (¿Cuándo se marchó Sandi de Ohio?) (¿Se hizo marine después de una ruptura?) (¿Estaba casada antes de conocer a Kimberlee?) (¿Cuál es la inicial que lleva tatuada en la mano?) (¿Quiere tener un hijo propio?) ¿Cómo es posible que una voz recorra medio mundo? ¿Pasa por cables submarinos, rebota en unos satélites? ¿Cómo se transmite un cuark a otro cuark? ¿Cuántos segundos de desfase hay entre la voz de Kimberlee y la de Sandi? ¿Podría una bala recorrer esta

distancia sin que ellas lo supieran? ¿Podría producirse ahora una muerte al final de este cuento? (¿Hay equipos de combate femeninos en el valle de Korengal?) (¿Existe la Browning M-57?) ¿Hasta qué punto es privada la llamada? ¿Quién podría estar escuchándola sin permiso? ¿Podemos crear un personaje nuevo a estas alturas, un agente en Kabul, pongamos por caso, un pérfido y tremendo censor que esté espiando a Sandi? ¿Podemos verlo ahí mismo, con sus auriculares, su crueldad, su amargura, su rencor?

¿Y qué pasa con las Nocheviejas que él pasaba de pequeño en Dublín? ¿Podría volver a perderse en ellas? ¿Cuál era esa canción que cantaba su padre? ¿Qué pasa con esos días en que salía corriendo por Clonkeen Road a medianoche aporreando cacerolas para darle una bienvenida sonora al año nuevo? ¿Qué pasa con esa sensación de promesa que los meses de enero le infundían en la infancia?

Pero todavía más importante (lo más importante, tal vez) es saber qué le pasa a Sandi cuando consigue hacer la llamada. ¿Qué tipo de sentimiento le recorrerá las venas cuando oiga la voz de Kimberlee? ¿Qué gran deseo puede describir un arco entre ellas? ¿O qué clase de silencio puede vaciarse por la línea telefónica? ¿Qué pasará si vuelven a discutir? ¿Describirá Sandi el búnker en el que se encuentra? ¿Tratará de darle expresión a la oscuridad? ¿Castañetearán esos dientes espléndidos en el frío? ¿Se sincerará Kimberlee de inmediato y logrará que su joven novia se ría? ¿Desaparecerá el vino blanco de la copa? ¿Le mencionará la bullabesa? ¿Llegará a emplear la palabra *amor*? ¿Cuáles serán las primeras palabras que Joel le dirá a Sandi? ¿Le hablará de Tracey? ¿Le dirá que esa noche va a ir a las gradas? ¿Llegará el padre de Joel (llamémosle Paul, vive en el norte, en una ciudad universitaria de New Hampshire, es biólogo, activista y pacifista) a enterarse del asunto? ¿Cuántos años lleva distanciado de Kimberlee? ¿Sandi lo conoce? ¿Cuánto durará al final la llamada? ¿Qué pasará si el satélite falla de pronto?

¿Dónde tendrá él a sus hijos en esta Nochevieja?

¿Cómo volvemos a la gran sencillez de la idea original? ¿Cómo nos sentamos al lado de Sandi en su solitario puesto de avanzada? ¿Cómo contemplamos la oscuridad?

(¿Y quién, por cierto, era el marine muerto?)

13 (reedición)

El teléfono suena: suena y suena y suena.

SHJOL

Eran las primeras Navidades que pasaban juntos en Galway, madre e hijo. La casa estaba escondida en la costa del Atlántico, tenía ventanas azules y tejado de pizarra, emboscada cerca de un bosquecillo de sicomoros. El viento doblaba las ramas en dirección a tierra firme. Una espuma blanca llegaba desde el océano y se posaba suavemente en los altos setos del jardín de atrás.

De día, Rebecca oía el avance y el desplome rítmico de las olas contra la orilla. De noche daba la impresión de que los sonidos se duplicaban.

Incluso con el frío húmedo de las tardes de diciembre, Rebecca dormía con la ventana abierta y escuchaba el fragor del agua elevarse desde los acantilados bajos, rascar la superficie de los muros de piedra, barrer con fuerza hacia la casa, donde parecía detenerse, quedarse suspendido un instante y después quebrarse.

En la mañana de Navidad le dejó el regalo delante de la chimenea. Metido en una caja y envuelto y con lazos rojos para atarlo. Tomas rasgó el papel del paquete, que cayó formando un bulto a sus pies. Al principio no tenía ni idea de qué era: lo cogió por las piernas, luego por la cintura, le dio la vuelta, estrechó su oscuridad contra el pecho.

Rebecca metió la mano detrás del árbol y sacó un segundo paquete: botas y capucha de neopreno. Tomas se quitó las zapatillas y la camiseta: era delgado, fuerte, pálido. Cuando se quedó sin pantalones, ella apartó la mirada.

El traje de buceo le quedaba flojo en torno al cuerpo: ella se lo había comprado dos tallas más grande para que le sirviera cuando creciese. Él abrió los brazos de par en par y dio vueltas por la estancia: ella llevaba meses sin verlo tan feliz.

Rebecca le indicó con un gesto que iban a bajar al mar al cabo de pocas horas.

Tenía trece años y ya llevaba toda una historia escrita dentro. Ella lo había adoptado en Vladivostok con seis años. Al visitar el orfanato, lo había visto acucillado detrás de unos columpios. Tenía el pelo rubio y los ojos de un azul clarísimo. Llagas en el cuello. Cicatrices largas y estrechas en la parte inferior de la espalda. Encías blandas y sangrantes. Era sordo de nacimiento, pero cuando ella dijo su nombre, él volvió rápidamente la cabeza hacia donde ella estaba: una señal, estaba convencida.

Ciertos fragmentos de la historia de Tomas siempre serían un misterio para ella: los primeros años, unos antepasados de los que no sabía nada, el rumor de que había nacido cerca de un vertedero. Las posibles herencias: mercurio, radiopatías, palpitaciones.

Ella era consciente de dónde se estaba metiendo, pero en aquella época estaba con Alan. Se habían alojado en un hotel destartado desde el que se veía la bahía de Amur. Días de sobornos y pánico. Angustias llamadas telefónicas de madrugada. Largas horas en la sala de espera. Un diagnóstico de síndrome de alcoholismo fetal les hizo replantearse las cosas. Aun así, se marcharon transcurridas seis semanas, columpiando a Tomas entre los dos. En el vuelo de Aeroflot, el niño no había dejado de apoyarle la cabeza en el hombro. En la aduana de Dublín, a Rebecca le temblaron los dedos al rellenar los documentos. Estamparon el sello cuando Alan firmó. Ella le cogió la mano a Tomas y le hizo pasar a toda prisa, riendo, por la puerta de llegadas: ese día cumplía cuarenta y un años.

Eran buenos tiempos, aquéllos: una casa de tres dormitorios en la zona de Stepside, orientadores, terapeutas, logopedas e incluso los padres de Rebecca echándoles una mano.

Ahora, al cabo de siete años, estaba divorciada, vivía en el oeste, sus padres habían fallecido y sus ocupaciones se habían duplicado. Había apurado sus ahorros. Las facturas iban cayendo una tras otra por el buzón. Circulaban rumores de que el colegio de educación especial de Galway podía cerrar. Aun así, no era dada a la amargura ni a las quejas en voz alta. Se ganaba la vida como traductora del hebreo al inglés: votos matrimoniales, contratos de negocios, folletos culturales. Hizo un par de novelas literarias

para un editor izquierdista de Tel Aviv: los honorarios eran ridículos, pero le gustaba meterse en esa otredad, y los libros constituían un puntal contra la indiferencia.

Con cuarenta y ocho años, todavía había cierta belleza en ella, un tono aceitunado en la piel, un guiño oscuro y achinado en los ojos, una curva aguileña en la nariz. Su cabello era oscuro; su cuerpo, delgado y flexible. Encajaba bien en el pueblecito, por acusado que fuera el contraste con el llamativo pelo rubio de su hijo. Le encantaban esas zonas de Irlanda donde hablaban gaélico, el tiempo cambiante, la luz dura, el viento del Atlántico. Arrebujados para protegerse del frío, paseaban los dos por el muelle, entre nasas langosteras, cabos enrollados y botes de pesca que se desintegraban. La lluvia batía contra los escaparates de las tiendas de postigos cerrados. En invierno no había turistas. En el supermercado, las mujeres de la zona solían observarlos: en más de una ocasión preguntaron a Rebecca si era la *bean cabhrach*, una expresión que le gustaba: la asistente, la niñera, la matrona.

Había un componente de emoción descarnada en el amor que Tomas le inspiraba. La presencia de lo desconocido. El viaje en el que se deja atrás la infancia. El paso hacia un yo futuro.

Algunos días Tomas le daba la mano, se apoyaba en su hombro mientras cruzaban el pueblo en coche, dejaban atrás el colegio abandonado y pasaban por delante de los bungalós encalados en dirección a su casa. Ella quería cerrarse en torno a él, envolverlo, absorber todo aquello que pudiera salir a su encuentro. Sobre todo, aspiraba a descubrir qué tipo de hombre podía surgir de debajo de esa piel palidísima.

Tomas no se quitó el traje de buceo en toda la mañana de Navidad. Estuvo tumbado en el suelo, jugando a los videojuegos, con dedos líquidos sobre la consola. Por encima de sus gafas de leer, Rebecca observó el movimiento de la franja gris de la manga. Ese juego, lo sabía, no debía permitirlo (tanques, zanjas, asesinatos, balas trazadoras), pero era un pequeño sacrificio a cambio de una hora de silencio.

Aquéllas eran unas Navidades sin rabia, sin luchas, sin lágrimas.

A mediodía le indicó con un ademán que se preparase: la luz iba a irse pronto. Ella tenía dos trajes de buceo suyos en el armario del dormitorio, pero los dejó colgados; se puso unas zapatillas de correr, un anorak, una bufanda de abrigo. En la puerta, Tomas se echó la trenca por encima del neopreno, sin abrocharla.

—Sólo entrar y salir —le dijo ella en gaélico.

Era imposible saber cuánto entendía Tomas de cualquier lengua. Sus signos eran muy básicos, pero ella podía advertir alguna que otra cosa fijándose en el porte del chico, en la forma de sus hombros, de cerrar la boca. Sobre todo las adivinaba mirándole a los ojos. Era guapo con un cierto toque de picardía: tenía los ojos estrechos, sí, pero sagaces. No presentaba ningún otro síntoma de alcoholismo fetal, ni frente ancha, ni labios finos, ni surco nasolabial liso.

Salieron al exterior, bajo un haz de luz tan claro e intenso que parecía hecho de hueso. Justo al lado del muro bajo de piedra, una nube se extendía como un velo y la luz volvía a sumirse en el gris. Unas cuantas gotas de lluvia extraviadas les aguijonearon la cara.

Eso era lo que le encantaba del oeste de Irlanda: una climatología salida del cine. En cualquier momento podía caer un aguacero y, poco después, el azul, como por encanto, ya se abría paso entre el gris.

Habían reforzado uno de los muros del campo de abajo con tubos de metal. Se trataba de un trabajo de albañilería de la peor clase, contravenía todas las tradiciones locales, pero el viento se movía de un lado a otro de la boca de los cilindros huecos y perforaba el aire con una serie de silbidos accidentales. Tomas pasó la mano por los tubos, uno a uno, afinando la canción del muro. Ella estaba segura de que los dedos del chico podían calibrar las vibraciones del metal. Los momentos insignificantes como éste se presentaban de forma inesperada, abrían a Rebecca en canal.

A la mitad del camino al mar, Tomas se puso a andar como Charlie Chaplin, dándole vueltas a un bastón imaginario mientras se inclinaba hacia delante en medio del vendaval, con los pies apuntando a los lados. Al llegar a lo alto de una cuesta y divisar el mar, soltó un alarido. Ella le pidió que la esperara: era una costumbre, aunque él le diera la espalda. Tomas se quedó en el borde del acantilado, caminando sin avanzar. Una imitación casi perfecta.

¿Dónde había visto a Chaplin? ¿En un videojuego, quizá? ¿En un programa de televisión? Había momentos en los que Rebecca pensaba que, a pesar de los médicos, todavía existía la posibilidad de que Tomas acabara reventando los deseos imposibles que le inspiraba.

En el precipicio, por encima del farallón de granito, se detuvieron. Las olas se precipitaban hacia la costa, largos garabatos blancos. Ella le dio unos golpecitos en los riñones, donde el traje de buceo se fruncía. La capucha de neopreno le enmarcaba el rostro. Se le escapaban unos mechones de cabello rubio.

—Ahora no vayas a donde cubre. Prométemelo.

Fue siguiendo al chico a toda prisa en cuclillas. Notaba la hierba fría en la yema de los dedos. Deslizó los pies por el barro, saltó desde el pequeño saliente a la áspera ladera pedregosa de abajo. Las rocas estaban resbaladizas por las algas. Un cangrejito se hundió de prisa en un charco oscuro.

Tomas ya se había metido hasta la rodilla en la cala.

—¡No sigas! —exclamó ella.

Rebecca había nadado de pequeña, había participado en competencias representando tanto a Dublín como a Leinster. Hileras de medallas en el dormitorio de su infancia. Un trofeo de un campeonato de Bruselas. El rumor de una beca para una universidad estadounidense: una lesión en el manguito rotador la había obligado a abandonar.

Había enseñado a Tomas a nadar con el calor del verano. Él conocía las reglas. Nada de bucear. No se podía salir de la cala. Ni acercarse jamás a la base del farallón.

Dos veces pareció que el chico estuviera a punto de rodear el borde de la roca oscura para meterse en aguas más profundas: en una ocasión, al ver a un windsurfista, y en otra, cuando un kayak amarillo le pasó por delante a toda velocidad.

Ella agitó los brazos: «No sigas, cariño, ¿vale?».

Él volvió junto a ella, acarició el agua poco profunda con los dedos e hizo que el líquido salpicara a Rebecca hasta muy arriba con movimientos chaplinescos de los dos brazos.

—Para, por favor —dijo Rebecca en voz baja—. Me estás empapando.

Él volvió a salpicarla, se giró, se sumergió durante diez, catorce, quince, dieciocho segundos y salió a la superficie a diez metros de distancia, resoplando para coger aire.

—Ya está, vamos. Por favor. Vuelve.

Tomas se acercó a nado al farallón; la oscuridad de sus pies desapareció en el agua. Ella observó cómo el traje de buceo ondeaba por debajo de la superficie. Una sombra larga y depurada.

Una bandada de aves marinas se congregó por encima de las olas bajas de forma burlona. A ella se le agarrotó el cuerpo. Se inclinó hacia delante de nuevo, esperó.

«He cometido un tremendo error», pensó.

Se quitó el abrigo y se zambulló. El frío la conmocionó cuan larga era, recorrió su piel de inmediato.

Nada más salir del agua, Rebecca se dio cuenta de que se había dejado el móvil en el bolsillo de los tejanos. Sacó la batería y lo agitó para quitarle el agua.

Tomas estaba tumbado en la arena y miraba hacia arriba. Sus ojos azules. Su cara enrojecida. Sus labios hinchados. No había costado sacarlo de la cala. No había opuesto resistencia. Ella había ido nadando detrás de él, le había puesto las manos suavemente detrás de los hombros, lo había empujado hacia la orilla. Estaba tendido y sonreía.

Ella se sacudió el pelo mojado hacia un lado y se volvió hacia el acantilado. Un alivio repentino le recorrió la columna al mirar hacia atrás: él la seguía.

De pronto, la casa le pareció de lo más aislada: las ventanitas azules, la compuerta brillante. Él se quedó en un charco en medio del suelo, con los labios temblorosos.

Rebecca metió el móvil en un paquete de arroz para que absorbiera la humedad y lo movió. No tenía teléfono de repuesto. Ni línea fija. Día de Navidad. Alan. Ni siquiera la había llamado. Podía haber probado a llamar

antes. Imaginárselo ahora en Dublín, con su nueva familia, su pulcra casa, sus adornos navideños, sus dramas. Una simple llamada, pensó ella, tampoco le habría costado tanto.

—Tu padre ni ha llamado —dijo mientras cruzaba la habitación.

Se preguntó si esas palabras se entendían bien y, si eso sucedía, si llegaban hasta el fondo: ¿tu padre, *d'athair, abba*? ¿Qué le resonaba a Tomas por dentro? ¿Cuánto alcanzaba a entender? Los expertos de Galway decían que su comprensión era mínima, pero no podían estar seguros; nadie podía sondear hasta esas profundidades.

Rebecca dio un tirón a la cremallera del traje de buceo y despegó el neopreno con cuidado. Tomas tenía la piel tersa y hoyuelos, y le apoyó la cabeza en el hombro. Dejó escapar un leve gemido.

Ella se notó más relajada, lo atrajo hacia sí y apoyó el frío de la mejilla del chico en la clavícula.

—Sólo me has asustado, cariño, nada más.

Cuando oscureció, se sentaron a cenar: pavo, patatas, un budín de ciruelas comprado en una tienda de comida orgánica de Galway. De pequeña, en Dublín, se había criado con los antiguos rituales de la Janucá. Fue la primera de la familia en casarse con alguien que no profesaba su misma fe, pero sus padres lo entendieron: en todo caso, en Irlanda había poquísimos judíos. A veces pensaba que debía recuperar las rutinas de las festividades, pero apenas le quedaba el vago recuerdo de pasear por Rathgar Road al atardecer mientras contaba las menorás de las ventanas. Año tras año, el número menguaba.

Mediada la comida se pusieron gorritos de fiesta, rompieron los paquetes sorpresa de Navidad y leyeron los chistes que venían en el interior. Una copa de Oporto para ella. Una naranjada con gas para Tomas. Una caja de bombones Quality Street. Se tumbaron juntos en el sofá, él le puso la mejilla en el hombro, un silencio se hizo en torno a ellos.

Rebecca abrió el lomo de un viejo libro azul de tapa dura. Nadia Mandelstam.

Tomas apretó el mando a distancia y cogió la consola. Sus dedos revolotearon por encima de los botones: la maestría de un pianista. Ella se preguntó si sus padres habrían tenido algún talento al margen del

alcoholismo, si algún día habrían mirado por las altas ventanas de un conservatorio, o si habrían pintado audaces lienzos nuevos, o si se habrían sumergido en algún territorio poético, contra todo pronóstico: una idea sentimental, lo sabía, pero el riesgo merecía la pena, una esperanza contra la esperanza, un leve destello en la madeja de neuronas.

La tarde de Navidad se fue desvaneciendo, detrás de la ventana, gradaciones de oscuridad.

A la hora de acostarse le leyó en gaélico un fragmento de un ciclo de antigua mitología irlandesa. Los mitos tenían música. Los ojos de Tomas iban de un lado a otro. Ella esperó. La agitación, la rabia del chico. Los médicos decían que eran rabetas nocturnas.

Le acarició el pelo, pero Tomas hizo un movimiento brusco y el brazo le salió disparado. Con el codo, dio un golpe a Rebecca en un lado de la barbilla. Ella se palpó para ver si tenía sangre. Una fina mancha le apareció entre los dedos. Se tocó los dientes con la lengua. Intactos. Nada demasiado grave. Quizá un cardenal al día siguiente. Nada que explicar en la tienda del pueblo. *Timpiste beag*. Un pequeño accidente, no se preocupe. *Ná bac leis*.

Se inclinó sobre Tomas y con los brazos formó un triángulo para que no se diera cabezazos contra la pared.

El aliento de Rebecca movió el flequillo del cabello de Tomas, en cuya piel se veían unas pequeñas manchas de acné oscuro. Los inicios de la primera adolescencia. ¿Qué pasaría en los años venideros, cuando la voluntad de su cuerpo superara la fuerza de Rebecca? ¿Cómo iba a ser ella capaz de inmovilizarlo? ¿Qué disciplina le iba a hacer falta, qué método de contención?

Se acercó a él; el chico bajó la cabeza y le rozó la blandura del pecho. Al cabo de un instante ya lo tenía forcejeando de nuevo entre las sábanas. Tomas abrió los ojos y apretó los dientes. Su gesto: a veces ella se preguntaba si el miedo lindaba con el odio.

Ella metió la mano debajo de la cama y buscó la sombrerera roja, en cuyo interior había un mullido casco de cuero negro. Lo sacó. Garabateado con rotulador de color plata, se leía: ¡*Los Kilmacud Crokes son mágicos!* Alan se lo ponía en la época en la que jugaba al *hurling*. Si Tomas se despertaba y volvía a dar golpes, aquello lo protegería.

Ella le levantó la nuca y se lo puso, lo volvió a peinar y le abrochó la hebilla por debajo del mentón. Con cuidado, le abrió la boca y le metió un protector de espuma, hecho a medida, entre los dientes, para que no se le partieran.

En cierta ocasión, Tomas le había mordido un dedo mientras dormía y ella misma se había dado dos puntos: un viejo truco que había aprendido de su madre. Rebecca todavía tenía una cicatriz en el dedo índice de la mano izquierda: una pequeña guadaña roja.

Se durmió al lado de él en la cama individual; se despertó y, durante unos instantes, no supo dónde estaba: los dígitos rojos de la alarma brillaban.

El móvil, pensó. Tenía que comprobar el estado del móvil.

Fue a la nevera a coger una botella de vino blanco, avivó el fuego de su dormitorio, puso a Sviatoslav Richter en la cadena de música, colocó las almohadas, se tapó el pecho con una manta, abrió la botella y se sirvió. El contacto del vino con la copa produjo un sonido suave, una incitación al sueño.

Por la mañana, Tomas había desaparecido.

Al principio se levantó soñolienta y se tapó el cuello con la manta. Una veta de luz se filtraba entre los sicomoros pelados. Le dio la vuelta a la almohada y la puso por el lado fresco. Le sorprendió la hora. Las nueve. Tenía todavía vino en el aliento y la botella verde y vacía en la mesilla de noche: se sintió vagamente adúltera. Aguzó el oído para detectar movimientos. Ni videojuegos ni televisión. Una brisa fuerte recorría la casa, quizá una ventana abierta. Se puso en pie envuelta en la manta. El suelo frío se le clavó en los pies. Resucitó el teléfono a golpe de tecla. El aparato lanzó breves destellos, soltó un pitido y se apagó de nuevo.

El salón estaba vacío. Abrió la puerta de la habitación de Tomas, vio la lengua colgada que formaba la sábana y, en el suelo, el casco. Se quitó la manta de los hombros, miró debajo de la cama, abrió también el armario.

En el salón, la percha en la que habían colgado el traje de buceo estaba vacía.

La parte superior de la puerta de entrada seguía con el pestillo echado. La mitad inferior se mecía al viento, presa del pánico. Pasó por debajo sin más vestido que el camisón. La hierba del exterior estaba quebradiza por la escarcha. El frío se le metió entre los dedos de los pies. Las copas de los árboles le devolvieron el nombre de Tomas.

Los brotes de hierba le golpearon con fuerza las tibias. El viento tocaba su melodía en los tubos del muro de piedra. Rebecca atisbó un rápido movimiento en el borde del acantilado: una figura encorvada que bajaba y desaparecía, que iba dando botes por el acantilado. Volvió a aparecer, al cabo de unos segundos, como si saliera del mar. Un carnero, de cuernos curvados y afilados, que se marchó apresuradamente por los campos, por un hueco entre los arbustos.

Rebecca dirigió la vista a la cala de abajo. No había zapatillas en las rocas. Ni una trenca. Nada. A lo mejor Tomas ni siquiera había ido allí. Cielo santo, el traje de buceo. No tendría que haberlo comprado. Dos tallas de más, sólo por ahorrar.

Rebecca corrió por el acantilado y observó detenidamente la zona del farallón. El viento soplaba con fuerza. El mar se extendía plateado y negro, espejo antiguo y moteado. ¿Quién estaba en el agua? Un guardacostas, tal vez. O un aficionado al kayak muy madrugador. Un barco de pesca indeterminado. El viento susurraba sobre el Atlántico. La voz de Alan en su cabeza. *¿Que le has comprado qué? ¿Un traje de buceo? ¿Por qué, si puede saberse? ¿Hasta dónde podía llegar a nado? Allí había redes. Podía quedarse enredado.*

—¡Toomas!

Tal vez la oyera. Un zumbido en el oído, a lo mejor, una vibración de agua que podría estimularle el tímpano.

Rebecca paseó la vista por las olas. Espabila. No pierdas la calma, joder.

Casi podía verse a sí misma desde lo alto mientras daba media vuelta para volver a casa: su camisón, sus pies descalzos, su cabello suelto, el viento húmedo que la golpeaba. Sin móvil, sin el puto móvil. Tendría que coger el coche. Ir al pueblo. A los agentes de la Garda. ¿Y dónde quedaba la

comisaría? ¿Por qué no lo sabía? ¿Qué vecinos podían estar en casa? ¿Que le compró usted qué? ¿Qué clase de madre...? ¿Cuánto vino bebió usted? Alcoholismo fetal.

El viento doblaba los tallos de hierba. Rebecca pasó a duras penas por encima del bajo muro y entró en el jardín mientras un intenso dolor le recorría el tobillo. En la parte trasera de la casa, los árboles hacían reverencias. Las ramas moteaban de sombras las paredes. La compuerta se mecía en los goznes. Se agachó para entrar y regresó al dormitorio. *¡Los Kilmacud Crokes son mágicos!*

El móvil seguía sin funcionar.

En la encimera de la cocina, resucitó el ordenador a golpe de tecla. La pantalla lanzó un destello: Tomas con seis años en Glendalough, pelo rubio, pantalones cortos y rojos, las mangas de la camiseta ondeando mientras él paseaba por la hierba en dirección al lago. Rebecca abrió Skype y marcó el único número que sabía de memoria. Alan lo cogió al sexto timbrazo. Por Dios. ¿Qué había hecho? ¿Se había vuelto loca, coño? Él llamaría a la policía, también a la guardia costera, pero tardaría tres o cuatro horas en llegar desde Dublín. Avísame cuando lo encuentres. Deprisa. Encuéntralo. Me cago en todo, Rebecca. Alan colgó y dio paso a un silencio repentino, atroz.

Al cerrar Skype, el fondo de pantalla de Tomas volvió a aparecer.

Corrió al dormitorio y se puso con dificultades su viejo traje de buceo. Le rozaba el cuerpo, le tiraba del pecho, le rascaba con el cuello.

Una amenaza de nubes pendía en el exterior. Oteó el horizonte. Las islas lejanas, gibosas y cetáceas. Agua gris, cielo gris. Lo más probable era que Tomas hubiera nadado hacia el norte. En esa dirección las corrientes eran menos fuertes. En verano habían tomado ese rumbo. Siempre cerca de la orilla. Interpretando el discurrir del agua. Donde formaba espuma contra las rocas y se curvaba sobre sí misma.

Un pequeño bote de pesca cabeceaba en el lado más alejado de la bahía. Rebecca lo saludó con las manos (algo ridículo, ya lo sabía) y después fue bajando por la superficie del acantilado, los pies le resbalaban en el camino mojado.

A mitad de camino de la playa se detuvo: ahí estaban las zapatillas de Tomas, señalando claramente al mar. ¿Cómo era posible que no las hubiera visto antes? Sabía que siempre recordaría aquello: dio la vuelta a las zapatillas, como si en cualquier momento Tomas pudiera ponérselas y volver, subir con paso pesado a la casa calentita.

No había huellas en la arena: estaba demasiado dura. Ni se veía ningún abrigo. ¿Se había dejado la trenca? Hipotermia. Podía darse al cabo de pocos minutos. Se lo había comprado tan grande, el traje de buceo... Lo más probable es que fuera desabrigado. ¿Dónde se detendría Tomas? ¿Cuánto llevaba fuera? Ella se había despertado tardísimo. Vino. Había tomado un montón de vino.

Se puso un gorro de baño que le apretaba mucho el pelo y se subió de un tirón la cremallera del traje de buceo. Tenía los dientes muy rígidos.

Rebecca se metió en el agua, se zambulló. El frío la traspasó. Sus brazos se alzaron una y otra vez. Se detuvo, miró hacia atrás, se obligó a seguir avanzando. Le dolía el hombro. Con cada brazada veía la cara de Tomas: la capucha oscura, su pelo rubio, sus ojos azules.

Ya detrás del farallón, fue nadando en paralelo a la costa, con el sonido de las olas en los oídos, otra sordera, mientras la sangre se retiraba de los dedos de las manos, los dedos de los pies, la mente.

Ocho meses antes había llegado una novela corta de un editor de Tel Aviv, un relato, maravillosamente escrito, de un israelí árabe de Nazaret: una obra importante, pensó ella entonces.

Había empezado a traducirla inmediatamente, era la historia de una pareja de mediana edad que perdía a sus dos hijos. Rebecca se había encontrado con la palabra *shjol*. Estuvo buscando un término para traducirla, pero ninguno encajaba del todo. Había palabras, desde luego, para hablar de *viuda*, *viudo* y *huérfano*, pero no existía ninguna, ningún adjetivo, para describir a un progenitor que había perdido a un hijo. Tampoco en irlandés. Buscó asimismo en ruso, en francés, en alemán y otros idiomas, pero sólo pudo encontrar algo parecido en sánscrito, *vilomah*, y en árabe, *zakla* para la madre y *mazkul* para el padre. Pero, en inglés, nada. El asunto había estado

fastidiándola durante varios días. Quería ser fiel al texto, identificar lo invisible, *lo desgajado, lo abierto en canal, lo robado*. Al final se había decidido por un formal «doliente», que no le parecía lo bastante preciso, carecía de misterio, de música, apenas podía considerarse una traducción propiamente dicha, «doliente».

Casi era mediodía cuando la subieron tirando del cuello del traje de buceo. Un guardacostas. A bordo, cuatro hombres. Cayó sobre la cubierta, de cara a las tablillas, jadeando. La llevaron al camarote de abajo. Se inclinaron por encima de ella. Una mascarilla. Tubos. Sus rostros: desdibujados, desenfocados. Sus voces. Oxígeno. Una mano en la frente. Un dedo en la muñeca. El peso del agua no la abandonaba. Le castañeteaban los dientes. Trató de ponerse en pie.

—Déjenme volver —les rogó.

El frío le quemaba dentro. El hombro le parecía desgajado de su articulación.

—No se mueva, se va a poner bien. Pero no se mueva.

La envolvieron en mantas térmicas de aluminio, le masajearon los dedos de pies y manos, le dieron dos cachetes en las mejillas, levemente, como si quisieran despertarla.

—Señora Barrington. ¿Me oye?

En el azul de los ojos del capitán vio a Tomas aparecer, desaparecer. Le tocó el rostro, pero su barba le arañó.

El capitán le habló primero en inglés, luego en irlandés con un acento muy marcado. ¿Estaba segura de que Tomas había salido a nadar? ¿Había otro sitio en el que pudiese estar? ¿Lo había hecho antes? ¿Qué se había puesto? ¿Llevaba móvil? ¿Tenía amigos en algún punto de la costa?

Quiso levantarse otra vez, pero el capitán la contuvo.

El viento zarandeaba las ventanillas del camarote, blanqueaba el copete de las olas. Algunas gaviotas volaban acrobáticamente por encima del agua. Rebecca se fijó en las cartas de navegación de la pared, inmensos gráficos de

líneas y colores. Un horno de pena se le encendió dentro. Miró al exterior, detrás de la popa, la estela cada vez más ancha. La radio crepitaba: una docena de voces distintas.

Rebecca, y eso lo sabía, emitía sonidos de animal.

El barco fue aminorando la marcha y se detuvo en unas gradas. Rebecca sintió en la cara el aguijón de una levísima mota de espuma. No reconocía la zona. Una farola aún brillaba en la claridad azul. Un débil resplandor, una oscuridad en perspectiva. Los curiosos se apiñaban junto a sus coches y señalaban a donde estaba ella. Haces de rojo y azul acuchillaban las copas de los árboles. Rebecca sintió una mano en el hombro. El capitán la ayudó a recorrer el muelle. Una de las mantas se le cayó. Enseguida notó el traje de buceo: la tirantez, la oscuridad, el frío. Susurros. La asombró la inmensa quietud, el silencio, ni un sople de viento.

Se dio la vuelta, se zafó y echó a correr. *Shjol*.

Cuando la sacaron del agua por segunda vez, vio que un hombre corría hacia ella con un móvil mientras miraba la pantalla y grababa cómo ella emergía de las olas bajas y grises. Llevaba el teléfono como una acusación: ella supo que esa misma noche estaría en internet.

—Tomas —susurró mientras la metían en el coche.

En casa, un tranquilizante la embotó. Una agente de policía se quedó en un rincón de la sala, callada, observando, sosteniendo una taza de té y un platito. Por el enorme cristal de la ventana, Rebecca distinguió tres figuras que iban caminando y mirando hacia atrás. Parecía que una de ellas anotaba algo en un cuaderno.

Los hombres de la Garda se habían instalado en el salón. Cada poco rato sonaba otro teléfono. Por el estrecho camino del exterior de la casa aparecían coches, los neumáticos chirriaban en la gravilla.

Alguien fumaba fuera. Rebecca notó que una voluta de tabaco recorría la casa. Se levantó a cerrar la ventana del dormitorio. Algo ha terminado, pensó. Algo ha llegado a su fin. No pudo localizar el origen de esa sensación.

Se detuvo un instante y avanzó en dirección al dormitorio. La agente descruzó las piernas pero no se levantó de la silla de mimbre. Rebecca salió dando zancadas. En el salón no se oía nada, tan sólo el ruido de fondo de la

radio de un policía. Una botella de vino en la mesa. Un gorrito de fiesta tirado. Los restos de la cena navideña amontonados en el fregadero, hinchados por el agua sucia.

—Quiero unirme a las partidas de búsqueda.

—Es mejor que se quede aquí.

—No puede oír los silbatos, es sordo.

—Lo mejor es que no salga de la casa, señora Barrington.

Le dio la impresión de haber mordido un trozo de aluminio; el dolor de cabeza se le enfrió de repente.

—Marcus. Me apellido Marcus. Rebecca Marcus.

Abrió la puerta del dormitorio de Tomas. Dos policías de paisano revisaban los cajones del armario. En la cama había una bolsita de plástico en la que se veía una serie de números: en el interior, mechones de cabello. Finos y rubios. Los agentes se dieron la vuelta y la miraron.

—Quiero coger su pijama —dijo Rebecca.

—Lo siento, señorita. No puede llevarse nada.

—El pijama, nada más.

—Una pregunta. Si no le importa.

Mientras el agente se acercaba, ella olió en él un rastro de canela, una esencia navideña. Él planteó la pregunta con un golpe seco, como quien enciende una cerilla.

—¿Cómo se ha hecho ese cardenal?

Ella se llevó enseguida la mano a la cara. Era como si le hubieran arrancado del interior un objeto desigual desgarrándole el paladar.

Fuera, las sombras se habían adueñado de todo.

—Ni idea —contestó.

Una mujer sola con un chico. En una casa del oeste. Botellas de vino vacías tiradas por ahí. Rebecca miró hacia atrás: los otros guardias los observaban desde el salón. Oyó cómo agitaban unas pastillas en el cuarto de baño. Un inventario de sus medicamentos. Otro le registraba las estanterías. *Las Montañas de Hierro. Cría intensiva de animales. Kaddish.* La revista de decoración *House Beautiful. Lo que queda del día.* Así que sospechaban de ella. De pronto, se sintió abandonada. Rebecca se enderezó completamente y volvió al salón.

—Por favor, pídanle al de fuera que deje de fumar —dijo.

Él apareció por la carretera estrecha, tocando el claxon; bajó la ventanilla, hizo un gesto al guardia para que se acercase: *Soy el padre del chico*.

Alan había perdido esos mofletes fruto de un abuso esporádico del alcohol. La delgadez le daba un aire severo. Ella trató de buscar lo que podía quedar de su antigua personalidad, pero él iba bien afeitado y desprendía algo profundamente formal: chaqueta de *tweed*, corbata fina subida hasta arriba del cuello, raya en los pantalones. Como si se hubiera vestido en tercera persona.

Hundió el rostro en la trenca de Tomas, que estaba junto a la puerta, y después cayó histriónicamente de rodillas, pero aun así se limpió la suciedad cuando se levantó y la siguió a su dormitorio.

La agente de la esquina se incorporó y esbozó una sonrisa nerviosa. Rebecca se vio de pasada en el espejo de cuerpo entero: hinchada, desaliñada. Alan empezó a pasearse por la habitación.

—Me gustaría quedarme a solas con mi esposa.

Rebecca alzó la cabeza. *Esposa*: parecía una palabra que fuera a pervivir en una página, aunque la página en sí estuviera sumida en la oscuridad.

Alan recolocó la silla de mimbre y soltó un largo suspiro. No costaba ver que buscaba la breve adulación del dolor. Necesitaba que la sensación de pérdida quedase pegada a él. Le preguntó a Rebecca por qué no se había despertado. ¿Tenía la puerta del dormitorio abierta o cerrada? ¿No había oído la alarma? ¿Había desayunado Tomas? ¿Hasta dónde podía llegar a nado? ¿*Por qué no le compraste un traje de su talla? ¿Por qué no lo escondiste? ¿Le explicaste dónde estaba el límite? Sabes que necesita límites.*

Ella se acordó de aquella vida de antes en las colinas de Dublín, de la cocina reluciente, de los aparatos blancos, de los coches alemanes del camino de entrada hecho de piedra, de los arbustos recortados, del sistema de alarma, de los *límites*, sí, y de hasta dónde podía llegar a estirarse esta palabra antes de rebotar.

—¿Llevaba guantes?

—Ay, Alan, déjalo, por favor.

—Tengo que saberlo.

Las luces rojas del reloj brillaban. Habían pasado doce horas. Ella se tumbó en la cama.

—No, no llevaba guantes, Alan.

No se podía quitar el relato israelí de la cabeza. Una pareja árabe había perdido a sus hijos por culpa de dos enfermedades en el transcurso de cinco años: uno había muerto de neumonía; el otro, de una rara enfermedad de la sangre. Era una historia sencilla: escueta, íntima, intensa. El padre era gruista en la zona portuaria de Haifa, la madre, secretaria en una empresa de cartón ondulado. Sus vidas cotidianas se habían vuelto del revés. Tras el fallecimiento de los hijos, el padre había llenado un contenedor con las cosas de los chicos, utilizando la grúa gigante y los cables, y todos los días lo trasladaba a un nuevo sitio del almacén y lo colocaba con esmero en paralelo al mar: brillante, amarillo, cerrado.

—Se cree invencible, ¿verdad?

—Por Dios, Alan.

Las partidas de rescate se diseminaron por los acantilados, con sus inútiles silbidos al aire, mientras el viento devolvía el nombre de su hijo. Rebecca abrió las puertas correderas de atrás que daban al balcón. El cielo estaba completamente inyectado en rojo. Una extraviada rama de sicomoro le rozó el pelo. Levantó el brazo. Un dolor aplastante le traspasó el omóplato: el manguito rotador.

Flotaba en el aire humo de tabaco. Dio la vuelta a la parte de atrás de la casa. Una mujer. De paisano. Los silbatos seguían sonando en ráfagas breves, intensas.

Una sensación de pérdida se había alojado en su interior. Rebecca pidió el cigarrillo con un gesto, chupó el filtro con fuerza durante un rato. Tenía un sabor repugnante, cargado. Llevaba muchos años sin fumar.

—La cosa es que es sordo —dijo mientras echaba el humo a un lado.

En los ojos de la agente brilló la ternura. Rebecca volvió a la casa, se puso el abrigo, salió por la puerta principal y bajó hacia los acantilados.

Un helicóptero irrumpió oscuro en el horizonte, quedó suspendido un instante justo encima de la casa, iluminó con su foco los muros de piedra hasta que describió un giro brusco, y siguió hacia la costa.

Rebecca se unió a quienes buscaban. Formaban grupos de tres y avanzaban con los brazos entrelazados. El terreno tenía socavones, desigualdades, piedras. De vez en cuando le llegaba un grito ahogado de un grupo cercano cuando un pie resbalaba en una piedra o en una trampa para langostas o en alguna basura. Los muros de piedra tenían un tacto frío. El viento soplaba con fuerza por debajo de una lámina de plástico tirado por ahí. Pequeños mechones de lana teñida brillaban en el alambre de espino: motivos de rojo y azul.

Por la costa, bajo la última luz, grupos pequeños recorrían en zigzag las playas lejanas. Docenas de embarcaciones surcaban las olas. Las campanas de los barcos antiguos tintineaban. Un destartado barco de Galway pasó con las velas blancas desplegadas. Una flota de kayaks se deslizaba cerca de la orilla en su camino de vuelta.

La luna salió roja: su belleza le pareció cruda y ofensiva. Rebecca regresó tierra adentro. Dos agentes caminaban a su lado. Se sintió suspendida entre ellos. Los conos del pálido haz de las linternas recorrían esa oscuridad cada vez más cerrada.

En una casa abandonada, sin tejado, cercada por un rododendro inmenso, llegó por radio el aviso de que habían encontrado un traje de bucear, cambio. El agente levantó un dedo al aire, como si estuviera averiguando la dirección del viento. No, no era un traje de buzo, dijo la voz, alerta máxima, no, era algo que se movía, alerta máxima, todos preparados, todos preparados, había algo con vida, un pequeño bulto en el agua, alerta máxima, alerta máxima, sí, era un cuerpo, un cuerpo, habían encontrado algo, cambio, un cuerpo, cambio.

El agente se alejó de Rebecca, pasó por la puerta ahogada de maleza, protegió la radio, se quedó completamente inmóvil bajo la luz de la luna hasta que el aviso se aclaró: era un movimiento en el agua, descartar, habían visto una foca, descartar el último informe, sólo era una foca, repetimos, descartar, cambio.

Rebecca conocía bien la leyenda de los *selkies*. Se acordó de Tomas abrochándose la cremallera mientras entraba en el agua, lustroso, oscuro, oculto.

La otra agente susurró por la radio: «Me cago en todo, id con cuidado, que tenemos aquí a la madre».

Ahora ella tenía la palabra en la lengua: madre, *máthair*, *em*. Siguieron avanzando por la hierba derecha, metiéndose en los túneles de las linternas.

La ropa de Alan estaba doblada en la silla de mimbre. Tenía las rodillas pegadas al pecho. Un jadeo superficial le salía de la garganta. Había una nota en la almohada: *No me han dejado dormir en el cuarto de Tomas, despiértame cuando llegues*. Y luego, garabateado, un *Por favor*.

Habían aplazado la búsqueda hasta el día siguiente, pero ella oía los botes de pesca a lo largo de la costa, que seguían tocando la bocina.

Rebecca se quitó las zapatillas y las dejó delante de la chimenea del dormitorio. Sólo quedaban algunas ascuas pequeñas, un débil resplandor rojo. Tenía el dobladillo de los tejanos mojado y pesado por la mugre. No se los quitó.

Se dirigió a la cama y se echó encima de las sábanas, se tapó con una manta de pelo de caballo, se puso de espaldas a Alan. Miró por la ventana y esperó a que una franja de luz se alzase y partiese en dos la oscuridad. Una linterna pasó por delante formando un pálido velo. Quizá había noticias. En el acantilado, Tomas le había dado vueltas a aquel bastón imaginario. ¿Dónde habría aprendido esos andares chaplinescos? Menuda sorpresa. Lo incognoscible. Tomas exhibiéndose por el borde del acantilado.

Del salón le llegaba el intermitente ruido de fondo de las radios. Ya casi habían pasado dieciocho horas.

Rebecca hundió más la cara en la almohada. Alan se movió debajo de las sábanas y le puso el brazo por encima del hombro. Ella se quedó muy quieta. ¿Estaba dormido o despierto? ¿Cómo podía dormir? Su brazo la estrechó más. Su mano se posó en el pelo de Rebecca, sus dedos, en el cuello, su dedo gordo, en el borde de la clavícula.

Eso no era estar dormido. No era estar nada dormido.

Ella le apartó el brazo con suavidad.

Otra linterna pasó subiendo y bajando por la ventana. Rebecca se levantó de la cama. En el tocador había un cepillo dorado. Tenía enredadas largas hebras de su cabello oscuro. Se cepilló sólo un lado del pelo. El dobladillo empapado de los tejanos le enfriaba los dedos de los pies; se dirigió a la silla de mimbre, se tapó con una manta y contempló la primera oscuridad del exterior.

Cuando amaneció, vio que la puerta se abría un poco y que la agente echaba un vistazo rodeada por el marco; hubo algo cálido en la brevísima mirada que intercambiaron.

Alan se movió, pálido en la cama, y gimió algo semejante a una disculpa. Su cara rosada. Su calvicie incipiente. A Rebecca le pareció quebradizo, con muchas posibilidades de desintegrarse.

En la cocina ya silbaba el hervidor. En la encimera, dispuestas en fila, unas tazas. La agente se acercó y le rozó el brazo. Rebecca alzó la vista bruscamente y se miraron, un breve momento fusionado.

—Espero que no le moleste. Nos hemos tomado la libertad... Todavía no hay noticias.

La presencia de la palabra *todavía* la sobresaltó. Habría, en algún momento, noticias. Su llegada era inevitable.

—Hemos cogido una de las camisetas de Tomas del cesto de la colada.

—¿Por qué? —preguntó Rebecca.

—Para los perros —dijo la agente.

Rebecca quiso de pronto sostener la camiseta, aspirar su olor. Cogió el hervidor, intentó verter el agua pese a que le temblaba el pulso. Así que después iban a llevar perros al cabo. Para buscar a su hijo. Se fijó en su reflejo en la ventana, sólo lo vio a él. Ahora la cara de Tomas aparecía doblemente, triplemente enmarcada. En el cabo, corriendo mientras los perros los perseguían, un carnero, un halcón, una garza. Notó una levedad henchirse en su interior. Una curva en el aire. Una zambullida. Se agarró al borde de la encimera. El lento y liso resbalar del mar. Una región submarina cada vez más oscura. El velo de frío. El juez de instrucción, la funeraria, las coronas de flores, el terreno, el entierro. Se sintió flaquear. La irrupción en la superficie. Un *selkie* que resoplaba para coger aire. La llevaron a una silla de la mesa. Trató de echarse hacia delante para servir el té. Unas voces vibraban a su

alrededor. Le temblaban las manos. No cabía susurrar ninguno de los desenlaces. De repente se le ocurrió que no había azúcar en la casa. Les hacía faltar azúcar para el té. Más tarde iría a la tienda con Tomas. El quiosco de prensa. Sí, ahí es donde iría. Tierra adentro por la curva de la angosta carretera. Detrás del bungaló blanco. Cruzaría el único semáforo. Pasaría con él por delante de la carnicería, por delante del cartel de las visitas guiadas por las islas, por delante del corredor de apuestas, por delante del hotel con los postigos cerrados, del callejón de los barriles plateados, hasta llegar al quiosco de prensa de Main Street. El tintineo de la campanilla en forma de ancla. El suelo de linóleo blanco y negro. Por el pasillo. El intenso olor del queroseno. Por delante del expositor de prensa apoyado en nasas langosteras, los pequeños cabos de color azul y naranja que colgaban, antiguas reliquias del mar. Rebecca no se detendría ante la noticia de la desaparición de Tomas. Pan, galletas, sopa. Hasta el estante de los paquetes amarillos de azúcar. No podemos prescindir del azúcar, Tomas, el segundo estante de abajo, hazme caso, así, buen chico, cógelo, por favor, vamos, mete la mano.

No estaba segura de si esto lo había dicho en voz alta o no, pero cuando levantó la vista de nuevo, la agente había traído una de las camisetas de Tomas, la sostenía, los ojos llenos de lágrimas. Al tocarlos, los botones estaban fríos: Rebecca se los apretó contra la mejilla.

De la carretera le llegó el ruido de ramas que rozaban algo. Las puertas de unas furgonetas se abrieron y se cerraron. Oyó un aullido agudo y, después, unas patas que escarbaban en la gravilla.

Rebecca pasó esa mañana en los campos. La luz del sol se filtraba en columnas hasta el mar. Una brisa hacía ondear la hierba del borde del acantilado. Rebecca llevaba la camiseta de Tomas debajo de la suya, ajustada y caliente.

Tantísima gente buscando por las playas. Maestros. Granjeros. Colegiales que iban de la mano. Los barcos que rastreaban las aguas se habían triplicado.

A la hora de comer, aturdida por el cansancio, llevaron a Rebecca a casa. Un nuevo silencio empezaba a insinuarse en la vivienda. Los policías entraban y salían como si eso lo hubieran aprendido tras una larga práctica. Parecían fundirse espectralmente unos con otros. Casi como si pudieran ponerse la cara de los demás. Ella lograba identificarlos por la forma en que tomaban el té. Había llegado comida, con notas de los vecinos. Cuencos de fruta. Lasaña. Bolsitas de té y galletas. Una cesta de globos, ni más ni menos. Una oración a san Cristóbal garabateada y con letra de niño.

Alan se sentó a su lado en el sofá y le puso la mano sobre la suya. Dijo que él se encargaba de las entrevistas con los medios. Ella no tendría que preocuparse del tema.

Rebecca oyó el ruido sordo de unas olas lejanas. El trabajoso zumbido de una furgoneta de la televisión llegaba desde la carretera.

Llamó un periódico dominical y ofreció dinero por una fotografía. Alan fue hasta una esquina de la casa, tapó el móvil con la mano y habló entre susurros por el micrófono. A ella le pareció oírle sollozar.

En el escritorio de Rebecca había desperdigadas unas páginas de la novela israelí. Garabatos en los márgenes. Al lado de estas páginas estaba abierta la autobiografía de Mandelstam, por el primer cuarto del libro. Rusia, pensó. Tendría que contarle en Vladivostok, decirles lo que había pasado, rellenar los papeles. El orfanato. Los escalones rotos. Las ventanas altas. Las paredes de color ocre. El enorme cuadro del vestíbulo, el único: la bahía de Amur, verano, un yate en el agua, agua, siempre agua. Ella localizaría al padre y la madre, les explicaría que su hijo había desaparecido mientras nadaba en la costa occidental de Irlanda. Un apartamento pequeño del centro de la ciudad, una mesita baja, un cenicero lleno, la madre demacrada y retraída, el padre corpulento y con pinta de bruto. Mi culpa. Yo le regalé el traje de buceo. Todo ha sido culpa mía. Perdónenme.

Quiso que el día recuperase su superficie original, que recobrase su claridad primera, sus posibilidades, las tazas de té en la que verterse, pero no le sorprendió ver que la oscuridad se asentaba.

Alan estaba en el rincón, hecho un ovillo en torno al teléfono. A ella casi le inspiró tristeza, ese «cariño» susurrado, ruegos y explicaciones urgentes que Alan les daba a sus hijos pequeños.

Contó las horas transcurridas: cuarenta y ocho. Esa noche, tumbada al lado de Alan, Rebecca dejó que le pasara el brazo por la cintura. El sencillo consuelo que eso procuraba. Oyó que él la llamaba otra vez entre cuchicheos, pero ella no se dio la vuelta.

Por la mañana se levantó y se encaminó a la parte posterior de la casa; el rocío le humedeció las zapatillas. La furgoneta de la televisión fue zumbando carretera arriba hasta perderse. Cruzó la rejilla que impedía el paso del ganado. Las barras de acero se le clavaron en las plantas de los pies. Un sendero de barro subía por la colina. La hierba de en medio estaba verde y sin pisar. El musgo se extendía resbaladizo por el muro de piedra.

Había un trozo de plástico roto enganchado en los setos altos. Alargó la mano y lo sacó, se lo metió en lo más profundo del bolsillo: no tenía ni idea de por qué.

El agua goteaba en las ramas de los árboles cercanos. Unos pocos pájaros marcaban su territorio matutino. Ese trecho del camino sólo lo había hecho en coche. Sabía que formaba parte de una antigua carretera del hambre.

Rebecca se quedó inmóvil: el zumbido de la furgoneta de la televisión, camino arriba, ahogaba el ritmo del mar.

Se agachó en la cuesta pronunciada de la carretera, abrió la barra de la puerta roja y pasó por encima del fango. El pasador volvió a encajar perfectamente en el hueco. Avanzó por la franja central de hierba, pendiente arriba, dobló al llegar a la segunda esquina y siguió hasta donde la furgoneta estaba frente a los setos, con el motor al ralentí. En el interior, con las siluetas recortándose contra dos finas cortinas, tres figuras jugaban a las cartas. Las cortinas se movieron, pero las figuras permanecieron inmóviles. En el asiento delantero había un hombre desplomado, durmiendo.

Un grupito de adolescentes se apiñaba cerca de la parte posterior de la furgoneta, compartiendo un cigarrillo, mientras su aliento formaba nubes blancas en el frío. Se dieron codazos cuando ella se acercó.

Se detuvo, entonces, sobresaltada por su visión. Solo, despreocupado, errabundo. Llegó caminando detrás del grupo, sin que nadie lo viera. Sobre los hombros llevaba una cazadora marrón. Tenía los pantalones enrollados y doblados, los cordones de las botas sin atar y las lengüetas columpiándose a los lados. Desprendía vapor, como si llevara mucho rato caminando.

Iba con la boca levemente abierta, y el moco le mojaba los labios. Barro y hojas en el flequillo. Bajo el brazo derecho sujetaba una bolsa oscura, que se le cayó, pero él la atrapó mientras seguía avanzando. Una franja larga, gris. El traje de buzo. Llevaba el traje de buzo.

Shjol. Todavía no la había visto. Daba la impresión de que su cuerpo arrastraba la sombra tras él: lenta y remisa, pero nítida. Entonces descubrió la palabra. *Ensombrecido*.

La puerta de la furgoneta se abrió detrás de ella. La llamaron. Señora Barrington. No se dio la vuelta. Tenía la impresión de estar derrapando en un coche.

Era consciente del bullicio que se formaba a su espalda; dos, tres, cuatro personas salieron en tropel de la furgoneta. La pronunciación imposible del nombre del chico. Tomas. ¿Eres tú? Ven por aquí, Tomas. Los adolescentes soltaron un grito. Mirad. Habían sacado los móviles. ¡Tomas! ¡Tomas! Por aquí, Tomas.

Rebecca vio cómo un micrófono peludo le pasaba por delante de los ojos. Bajando, quedó situado frente a ella; lo apartó de un manotazo. Un cámara la empujó. Estalló otro grito. Rebecca avanzó. El pie le resbaló en el barro.

Tomas se dio la vuelta. Ella lo abrazó. Un estallido de alegría.

Ella le sostuvo el rostro. La palidez, el blanco de sus ojos. La suya era una mirada que pertenecía a otro, a un chico con otra vida.

Tomas le dio el traje de buzo. Al tocarlo, Rebecca lo notó frío y seco.

La noticia los precedió. Se oyeron vítores cuando doblaron la esquina en dirección al jardín. Alan echó a correr por la carretera en pijama, se detuvo bruscamente al ver las cámaras de televisión, se llevó la mano al agujero de los pantalones de algodón.

Rebecca protegía a Tomas mientras atravesaban todo aquel barullo, lo estrechaba con fuerza contra sí y lo conducía a la puerta de entrada.

Ya en casa, una franja de luz espolvoreaba el suelo. La agente estaba en el centro de la sala. La placa de su nombre brillaba. Agente Harnon. Rebecca se percató súbitamente de que podía nombrar las cosas de nuevo: personas,

palabras, ideas. Un calor se extendía por sus riñones.

La ropa de Tomas desprendía un olor a humo de turba. Más tarde, ella cayó en que ésa era una de las pocas pistas que llegaría a tener.

Detrás de Rebecca, la casa se llenó. Vio a un fotógrafo en el cristal de la ventana grande. A su alrededor, los teléfonos sonaban. El hervidor silbaba en el fogón. Un miedo atenazaba a Tomas. Había que dejarlo solo. El fotógrafo apoyó con fuerza la cámara contra el cristal. Ella apartó a Tomas obligándolo a girar el cuerpo mientras el flash estallaba.

La luz de la mañana se imprimía en el suelo del dormitorio formando pequeños rectángulos. Rebecca bajó las persianas. El casco reposaba en la cama. El pijama de Tomas estaba bien doblado y colocado en una silla. Ella hizo caso omiso de los golpes en la puerta. Él temblaba. Rebecca le sostuvo el rostro, lo besó. Él apartó la mirada.

La puerta se abrió de forma vacilante.

—Déjenos, por favor. Déjenos.

Le rozó un lado de la mejilla y luego le quitó de los hombros la chaqueta marrón. Una cazadora. Revisó los bolsillos. Unas fibras de hilo. Una bolita de pelaje. Una caja de cerillas mojada. Él alzó los brazos. Ella le sacó la sudadera. Tenía la piel tersa y con hoyuelos.

Del pelo de Tomas cayó al suelo el trozo de una hoja. Ella le dio la vuelta, le miró la espalda, el cuello, los omóplatos. No tenía ninguna marca. Ni cortes ni rozaduras.

Se fijó en los pantalones del chico. Tejanos. Le venían enormes. Eran de hombre. Abrochados con un viejo cinturón morado de hebilla dorada. Ropa de otra época. Horterera. Vetusta.

Una sacudida fría le recorrió los brazos.

—No —dijo—. No, por favor.

Le acercó la mano, pero él la apartó bruscamente. La puerta volvió a sonar a sus espaldas. Al volverse distinguió la cara de Alan: el alambre extendido de su rostro, el pequeño iris marrón de sus ojos.

—Que venga un agente que sea hombre —dijo—. Ya.

En el hospital seguía reinando la claridad de la mañana y el aire no se movía en los pasillos de techo bajo y había pisadas de barro aquí y allá y las paredes amarillas los oprimían y el olor acre del antiséptico hizo que Rebecca se acercara a las ventanas y los árboles de fuera estaban estáticos y las gaviotas graznaban sobre los tejados y ella se vio frente a la posibilidad de lo inimaginable (la maraña de rumores y pruebas y datos) y esperó a los médicos mientras los minutos transcurrían desganados y las enfermeras pasaban por los pasillos y las camillas traqueteaban y los celadores empujaban los carritos pesados y un torrente infatigable de desgracia humana entraba y salía de la sala de espera cada historia cada matiz cada latido de la ciudad pegándose a las ventanas alambradas y mirando adentro.

El agua caía dura y clara. Ella comprobó la temperatura con la muñeca. Tomas entró en el baño, tiró el jersey rojo al suelo, se quitó los pantalones caquis, se quedó con la camisa blanca y se puso a desabrochársela con torpeza.

Ella tendió el brazo para ayudarlo, pero Tomas se apartó y le hizo un gesto para que se marchase mientras él se ponía el bañador. Ah, ¿que quería llevar esos shorts mientras ella lo lavaba? Ningún problema, Rebecca se lo permitiría.

La casa estaba otra vez en silencio. Sólo el sonido de las olas. Rebecca encendió el móvil nuevo. Una docena de mensajes. Después se ocuparía de ellos.

Volvió al baño tapándose los ojos con las manos.

—¡Tachán! —dijo.

Allí estaba él, pálido y delgado frente a ella. El bañador le quedaba demasiado apretado. A lo largo de su esbelto vientre Rebecca distinguió una hilera de finos pelillos que le bajaban del ombligo. Él iba pasando el peso del cuerpo de un pie a otro y se tapaba con las manos el perfil íntimo de su cuerpo.

No lo habían tocado. Eso era lo que la agente Harnon había dicho. Estaba un poco deshidratado, pero intacto. No había habido abusos. No había heridas. Ni cicatrices. Le habían hecho toda clase de pruebas. Después, la

agente había ido preguntando por el pueblo. Nadie se había pronunciado. No había más pistas.

Querían que Tomas se presentara la semana siguiente para una evaluación. Un psicólogo, había dicho la agente. Alguien que pudiera reconstruir todo lo que había pasado, pero Rebecca sabía que jamás habría respuestas, que por muchas indagaciones que se hicieran, aquello no se resolvería, por muchas fotos, mapas y paseos por la costa que hubiera. Ella volvería a salir a nadar con él, pronto, en el mar. Llegarían sin dificultad a los bajíos. Ella lo observaría atentamente mientras él pasaba junto al farallón. Le indicaría que se apartase de la corriente. Tal vez lograrán hacer algún pequeño descubrimiento, pero Rebecca sabía que nunca llegaría ese momento en que, por fin, entendería el asunto del todo.

La simple gracia de su regreso bastaba. *Vivo, respiro, voy, vengo. Nada más. Ahora estoy aquí, eso es todo.*

Rebecca volvió a comprobar la temperatura del agua con los dedos. Ayudó a Tomas a pasar por encima del borde de la bañera. Al chico se le puso la piel de gallina. Tenía las costillas marcadas y pálidas. Se apoyó en ella, salió. Soltó un gruñido. La humedad de sus dedos congeló los pies de Rebecca. Ella le echó una toalla sobre los hombros para que no se enfriase y después volvió a conducirlo al agua. Él metió los dos pies en la bañera y dejó que el calor avanzara cuerpo arriba. Se volvió a poner las manos delante de los shorts. Ella le posó una mano en el hombro y, con suave insistencia, logró que se arrodillase.

Él se deslizó y se metió en el agua.

—Ya está —le dijo ella en hebreo—. Deja que te lave esa pelambreira.

En el borde de la bañera, Rebecca le puso una mano en los omóplatos, le pasó piedra pómez por la espalda, le aplicó el champú dándole un masaje en el pelo. Tomas tenía la piel de lo más transparente. Con el aire en los pulmones, le cambiaba la forma de la espalda. Ella le echó un poco de suavizante en el cuero cabelludo. Tenía el pelo espeso y largo. Tendría que llevarlo pronto a que se lo cortasen.

Tomas gruñó, se echó hacia delante y le dio un tirón a la parte frontal del bañador. Se tensó al notar los dedos de Rebecca. Ella supo, entonces, qué pasaba. Él se agachó para tratar de que no se le viese la tela de los shorts.

Rebecca se incorporó sin mirarlo, le alargó el jabón y la esponja.

Imposible ser niño eternamente. Madre, siempre.

—Ahora te quedas solo —le dijo.

Se alejó, cerró la puerta y se quedó en el pasillo, escuchando la respiración brusca de Tomas y el persistente chapoteo del agua, cuyo ritmo emitía un sonido que ahogaba la débil percusión del mar.

TRATADO

1

Se está sumiendo, de forma levísima, en la vejez. No es la lentitud al levantarse por las mañanas, ni el cansancio de la vista, ni los dolores del pecho que aparecen con una regularidad cada vez mayor, sino la fragilidad de la memoria lo que ahora la inquieta (cómo el pasado puede escurrirse con semejante facilidad, cómo el presente puede ir a la deriva, cómo el uno y el otro chocan), así que, cuando ve a su torturador por la televisión, no sabe muy bien si su imaginación la engaña o si él ha logrado colarse a través del arenero de la memoria, si ese hombre se ha lanzado de cabeza por un canal de treinta y siete años para confundirla y lograr que cometa un tremendo error o si es él de verdad quien aparece ahora en las noticias en español de última hora, despreocupado, guapo, mesurado.

Una impecable camisa azul con el cuello abierto. Sus dientes blancos contrastan con la oscuridad de su piel. Una tranquila displicencia en su porte, en una conferencia, acompañado de varias personas más, con una hilera de micrófonos delante de ellos.

Su aparición es tan repentina en el último segmento de las noticias que ella da un fuerte respingo en la butaca y sobresalta a las otras dos hermanas que ocupan el sofá.

Beverly alza una mano para tranquilizarlas: *No pasa nada, lo siento, he sido yo, volved a dormir.*

Se inclina para subir el volumen con el mando a distancia, pero la imagen del hombre ha desaparecido, el reportaje está llegando a su fin, una joven periodista rubia dirige la mirada a la cámara con gran seguridad. Un plano grabado a lo largo de la orilla del Támesis. ¿Cómo es posible? ¿Habrá mezclado las imágenes, confundido los reportajes? Bastante marea ya contemplar esa geografía.

Últimamente, esos fallos de memoria los tiene con mucha frecuencia. Frases mal formadas, llaves extraviadas, nombres olvidados. Aguaceros de palabras y, después, sequía. La semana pasada, sin ir más lejos, se perdió al dar un paseo por la playa de la bahía, se equivocó de camino para salir de las dunas mientras el viento azotaba la hierba que tenía a sus pies. A cinco kilómetros de la casa, tuvo que pedirle a una persona que le llamara un taxi. Y entonces ni siquiera pudo acordarse de la dirección exacta.

Demasiadas incertidumbres, de tal modo que incluso las certezas absolutas (el día de la semana, la lazada de unos cordones, el ritmo de una oración) se han visto puestas en duda. Y, sin embargo, hay algo en el rostro del hombre (aunque sólo durante una milésima de segundo) que vierte un torrente helado por el túnel de la columna vertebral. Ese único y breve primer plano. La manera que tiene de salir en pantalla, en medio de una hilera de dignatarios. ¿Qué ha sido exactamente? ¿El peculiar aplomo que le ha dado la edad? ¿El acceso a los micrófonos? ¿Lo flagrante de su reaparición? ¿Ese único y apresurado primer plano?

Su torturador. Su maltratador. Su violador.

En la tenue luz de luna de la parte trasera de la casa, Beverly mete la mano en el bolsillo de la rebeca para coger el encendedor.

De las hermanas, ella es la única fumadora. Una vieja costumbre de su infancia en Irlanda, no la ha abandonado a lo largo de todos estos años: Bélgica, Marsella, Colombia, San Luis, Baltimore, el hogar de la mujer de Houston, y ahora, la costa meridional de Long Island.

Una escapada tranquila, le dijeron. Un retiro de un par de meses. Aire fresco del mar. Una temporada de reposo. Pero ella había notado el carácter ominoso del asunto: con setenta y seis años, había llegado con una sola maleta al lugar de veneración postrera.

Le da unos golpecitos a un cigarrillo, rasca la piedra del encendedor, inhala profundamente. El humo la marea. La lata de café ya tiene una cuarta parte llena de ceniza y colillas. Las otras hermanas han acabado por tolerar su debilidad, incluso por admirarla de mala gana, y por admirar también a la alta y delgada monja irlandesa con su indómita rutina de soledad.

Observa cómo el frío y el humo dan juntos forma al aire. Detrás de ella, las luces de la casa se apagan, una a una, y las demás hermanas se marchan a rezar.

Los árboles se recortan nítidamente sobre el cielo. Es otoño, aunque a veces le da la sensación de que podría estar en primavera y en otro hemisferio. Da un poco igual: es el momento del año en que la oscuridad llega pronto.

Se fuma el segundo cigarrillo y lo aplasta en el césped que tiene a sus pies, se agacha, busca el filtro entre las briznas frías, lo tira en la lata de café colgada.

Era él. No cabe ninguna duda de que era él.

Una ráfaga de viento cierra con fuerza la puerta mosquitera a sus espaldas. Extiende los brazos como alguien que acabara de quedarse ciego. La oscuridad se vuelve más visible cuando sus ojos se acostumbran a ella.

En el salón, se detiene delante del enorme televisor digital. Una fila de luces lanza destellos desde los artilugios de debajo: un receptor de cable, un reproductor de DVD. Pasa la mano por el canto del televisor pero no encuentra los botones. En la oscuridad, busca a tientas el mando a distancia, choca con un lado de la mesita. Un olor rancio sube de la moqueta. Una cuchara tirada. Un periódico caído.

Sólo entonces se le ocurre prender el encendedor.

Bajo la intensa llamarada, distingue la parte frontal del mando metida entre los cojines del sofá. Una hilera de opciones del menú: HDM1, HDM2, PC. Ahora hay que ser ingeniero nuclear para encender un aparato. Va pulsando botones. Vampiros. Béisbol. Series de policías. Siente la tentación, durante un instante, de quedarse viendo lo de las esposas mormonas.

Hay tres cadenas en español, muy cerca unas de las otras. No cabe duda de que en algún momento de la noche lo volverán a emitir. Aprieta con fuerza un cojín contra el vientre. El reloj digital titila. Sabe que hay un modo de grabar el programa, incluso de dejar la pantalla congelada (la semana pasada, una de las hermanas lo hizo para grabar un especial de la CBS sobre la Sábana Santa), pero puede perder del todo la imagen.

Cuando al fin ponen el reportaje, se desliza del sofá al suelo y se sienta cerca del televisor. Londres. Una serie de conversaciones de paz. Representantes de todas las partes se reúnen. Un despliegue de micrófonos en la mesa. Una fila de cinco hombres, dos mujeres.

El vello del brazo se le eriza: por favor, Dios mío, que no sea él.

Las palabras se mezclan y se trenzan. *Guerrilla, acuerdo de paz, derecho a la tierra, conversaciones de bajo nivel, reconciliación, tratado.*

Entonces aparece él. Durante tres breves segundos. Ella le acerca la mano al rostro, se echa hacia atrás. Los ojos entrecerrados del hombre. Su boca pixelada. Está afeitado, elegante, con un buen corte de pelo. Un poco más robusto, un poco más corpulento. No habla, pero no cabe duda. Ha asumido el talante de un diplomático.

Ella apoya la espalda en el sofá, busca el tabaco con las manos. Manifiéstate, Señor. Ven en mi ayuda.

Cuando él la abofeteaba, la llamaba *pendeja*. En la jaula de la selva le tiraba del pelo con tanta fuerza que a ella le daba la impresión de que se le iba a partir el cuello. Un susurro. Al oído. Como si ni siquiera él soportase oír las palabras. *Pendeja*. En el escondite donde la ocultaron durante cuatro semanas, en la habitación blanca en la que ella observaba cómo las orugas se arrastraban por las grietas de las paredes, él le leía el periódico antes de abrirle bruscamente la blusa y morderle el pecho hasta hacerle sangre.

La despierta muy temprano la hermana Anne, que se ha sentado en silencio al borde de la cama. Las cortinas se han descorrido un poco.

Ella aparta las sábanas, saca las piernas, busca las zapatillas con los pies. Al fijarse en el ángulo de la luz, se da cuenta de que se ha perdido el rezo matinal.

—Me he quedado dormida. Lo siento muchísimo.

—Beverly, tenemos que hablar de una cosa.

—Claro.

La hermana Anne es una mujer que ha envejecido con elegancia, al margen de unas arrugas de marioneta superficiales que parecen precipitarse hacia sus pómulos, lo que le confiere un aspecto un poco incongruente.

—Delante del televisor —dice—. Anoche.

La noche de Beverly tarda unos instantes en aparecer, llega como en uno de esos juegos antiguos de su infancia en Galway, un rápido destello y después el lento emerger del vapor de bromuro. El recuerdo de su rostro. El escalofrío que le atraviesa el cuerpo. El modo en que él aparecía construido, un cuadro digital tras otro, lleno de aristas nuevas.

—Seguramente me desperté mientras dormía, es posible, estaría soñando.

—Bueno, es una pena, pero me temo que debo pedirte que no lo hagas más.

—Desde luego.

No sabe muy bien qué es lo que debe dejar de hacer. En teoría, la casa es un retiro. A ninguna de las hermanas le han hablado de su pasado, sólo les han dicho que había vivido en Sudamérica, que ha llegado de Houston, que padece agotamiento, que ha ido a recobrar el sueño, nada más.

Lo que ahora necesita es superar los primeros y amaratados momentos de la vigilia. Hacer la cama, ducharse, decir el rezo diario.

La hermana Anne se levanta de la silla y sólo entonces Beverly advierte que le ha llevado una taza de café y una galleta en un platito. Las pequeñas mercedes.

—Gracias.

La hermana Anne se vuelve en la puerta, nimbada por la fluorescencia del pasillo, y dice con amabilidad:

—No hará falta que lo pagues, por supuesto.

—¿Pagar el qué?

—Beverly, hay dos quemaduras de cigarrillo en la moqueta.

En el hogar de la mujer de Houston, a las chicas les había sorprendido encontrarse con una monja con la que podían fumar. Les parecía altísima. La hermana Estirón. El orfanato estaba al lado de una clínica y observaban un régimen de puertas abiertas. Las chicas entraban y salían. Los pasillos bullían de actividad. Las mañanas en la cocina, la primera hora de la tarde en la sala del servicio de orientación, el final de la tarde recorriendo calles medio

iluminadas por las farolas: Hermann Park, Montrose, Sunnyside, Hiram Clarke, la zona de Fifth Ward. Noches enteras pasadas en vela en el convento. Las protestas del exterior. Los gritos. Las pancartas. Los megáfonos. A las hermanas y a ella las condenaban desde el púlpito. Radicales, disidentes. Ellas jamás se consideraron nada de eso. Aquello sólo era un hogar, un sitio en el que las chicas podían alojarse. Ella las asesoraba. Niñas con niños. No adoptaba posturas políticas. *Aborto, provida, antimujeres*. Esas palabras no la inquietaban. El lenguaje sólo parecía diseñado para vender carne. Ella únicamente aspiraba a hablar a través de la acción. Echar una mano. Echar todas las manos que hicieran falta. Poner los pies en la tierra. Trabajaba hasta la madrugada. En la iglesia, escuchaba cómo el cura despotricaba contra ella con voz aguda e indignada. Ella bajaba la cabeza. Aceptaba la diatriba. Seguía tomando el sacramento. Por una cuestión de principios, nunca acompañaba a las chicas a la clínica, pero contemplaba su marcha y después pasaba a recogerlas, les daba el brazo, las ayudaba a pasar el duro momento. A veces las mismas chicas regresaban, pocos meses después, de nuevo embarazadas. El agotamiento hizo mella en Beverly. Se desmayó tres veces en la sala comunitaria. Acabaron encontrándola en la capilla, desplomada, con un hilo de sangre que le salía de la nariz. Se quedó de piedra cuando, en un hospital del centro, una enfermera le enseñó un espejo: la oscuridad de debajo de sus ojos parecía tatuada. Los médicos del servicio de urgencias la habían confundido, al principio, con una persona sin techo. Le arrancaron la ropa. Ella forcejeó para volver a taparse con la sábana. Lo que los desconcertó fueron las cicatrices del pecho, la forma en que las ocultaba, las marcadas líneas desiguales, su peculiar tracería.

El viento levanta olas en la duna de hierba. Beverly lleva una falda larga y azul, una rebeca oscura, un anorak naranja. Ropa seglar, siempre. En cuarenta años no se ha puesto ninguna prenda formal, sólo la sencilla cruz de madera de debajo de la blusa.

Un silencio limpio y simple se extiende por la orilla; el esporádico graznido de las gaviotas lo vuelve aún más limpio y simple. A ella le da la impresión de que hay una mano enorme detrás de las dunas que avienta las

aves formando dibujos sobre el Atlántico. En un punto alejado del horizonte, un petrolero desaparece, como si se precipitara por el borde del mar.

Beverly ha aplastado los últimos cigarrillos en el bolsillo de la rebeca. Le gusta el tacto de las hebras, cómo caen de sus dedos; las espolvorea sobre la arena fría. No recuerda ninguna época, ni siquiera durante el cautiverio en la selva, en que haya estado sin fumar. Se pone unas hebras de tabaco en la lengua. Ásperas. Amargas. No le servirán de consuelo. ¿Qué rasgo del aspecto del hombre la había acorralado tan fácilmente? ¿Por qué Beverly se había quedado despierta hasta tan tarde con las otras hermanas? ¿Por qué había visto las noticias en español? La mente es una urraca de lo más curiosa. ¿Nada ha terminado de veras, entonces? El pasado emerge y vuelve a emerger. Hace su nido caprichoso en los sitios más extraños.

Ella ha batallado durante muchísimos años con la absolución, se ha enfrentado a la profundidad de sus votos, pobreza, obediencia, castidad. Ha colaborado con médicos, expertos y teólogos para desentrañar lo que sucedió. Todos los días iba a la capilla a rogar y rezar. Cientos de horas dedicadas al intento de llegar al meollo del asunto, para entenderlo, analizarlo. En primer lugar, le dijeron que tenía que perdonarse a sí misma. Para, después, perdonarlo a él. Sin arrogancia, sin falsa caridad. Sesiones de terapia, exámenes físicos, guía espiritual, oración. La ascensión de la agonía de Cristo. El abandono en el momento preciso. Abrirse a la compasión. Tratar de pasar página gracias a la clemencia del tiempo. Los días iban transcurriendo. Habitaciones pequeñas. Horas largas. Las cortinas se abrían y se cerraban. La luz que desaparecía. Los espejos tapados. Días dedicados al llanto. La culpa. Se cortó el pelo. Tiró las cuentas del rosario de la mesilla de noche. Se metía en la bañera completamente vestida. Ni zarza ardiendo ni columna de luz. Un cubo de ácido en el que quería desintegrarse, más bien. Y ahora él ha vuelto, otra vez. ¿No será que ella lo ha soñado? ¿Una de esas conmociones postergadas que forman olas por debajo de la superficie? ¿Un leve latido de la herida donde antes había un intenso palpitar?

Le habían dicho, muchos años atrás, que aquello podía pasar. En San Luis, en el hospital del convento, junto a las aguas oscuras del río Misisipi. La rabia. La vergüenza. El falso orgullo. La deshonra. Aquello volvería. Ella erigió un muro de oraciones. *Ni la vida ni la muerte, nada me puede separar*

de tu amor y misericordia. Si atravieso las aguas embravecidas del mar, Señor, no me ahogaré. Repetía los rezos una y otra vez. Piedra sobre piedra. Un muro terminado. Pero ¿por qué ha permitido que él lo trepe ahora? Al fin y al cabo, sólo es un hombre que ha salido por televisión, la imagen de una imagen. Pero tan bien vestido. Con tanto aplomo. Tan público. ¿Qué derecho tiene él a hablar de paz? ¿Qué ha hecho para alcanzar tamaña gracia?

Al avanzar por la calzada, Beverly pasa junto a una tumbona que no han recogido después del verano y cuyas entrañas aletean al viento. La arena forma dibujos arremolinados en la acera. Ella se pone la capucha acolchada, levanta la mano y se aprieta el caballete de la nariz con los dedos.

Un paseo de tres kilómetros para volver al convento. Lleva zapatos recios, al menos.

Chanquetas. Hechas de neumáticos. Le restallaban contra la planta de los pies. La sacaron a rastras del todoterreno. Con una venda en los ojos, se la llevaron. La condujeron a toda prisa por un camino de barro. Un claro en medio del bambú. La primera noche, las picaduras de los insectos le hincharon los pies. La segunda, ya le sangraban y se le habían infectado. Le acabaron dando unas botas de goma para los trayectos a pie. Siempre en marcha. De un claro en la selva a otro. Al principio creyeron que sería una activista en pro de los derechos humanos. Llevaba ropa de seglar. Trabajaba sola. Llegó la noticia por la radio: formaba parte de la sociedad Maryknoll, era monja. Él no lo creyó. Le arrancó del cuello la cruz de madera. Ella no dijo nada. A otras monjas les habían pegado un tiro. Ella no era nadie especial. Él escupía cuando ella rezaba. En aquel entonces, era jovencísimo. No tendría más de veintitrés, veinticuatro años. Ya era comandante y el odio se había endurecido en él, pero ella pensaba que podría encontrar sin duda algún punto de ternura. Se imaginaba que sus palabras llegaban hasta algún lugar de detrás de los ojos de él, donde, en la memoria del joven, daban con algún punto flaco, una oración, una palabra, algo maternal que ella podía despertar de una sacudida. Él desconocía los ritmos de los rezos: había crecido sin ellos. Sin nanas. Sólo canciones paramilitares, de derecha, que ella no había oído nunca, pero lograría comunicarse con él como fuera, estaba segura; aunque él seguía mostrándose distante, ausente. Incluso cuando llegaban algunos compañeros de cautiverio: cooperantes, radicales,

profesores universitarios y, en una ocasión, durante unos días, un candidato de la izquierda al Senado. Cinco meses en la selva, cuatro semanas en el escondite: en total, seis meses. Qué capacidad tenía él para mirar fijamente. Esos mil metros que ponía por medio. El joven tenía un lunar en la mejilla. ¿Lo seguiría teniendo? La noche anterior, ella había extendido el brazo y había tocado el fantasma del rostro del hombre, las interferencias del televisor. Habría advertido la ausencia del lunar, sin duda. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¿Por qué no había grabado el programa? Podría haberlo destruido, haberse desembarazado de él. ¿Qué he hecho? Señor, perdóname.

En cierta ocasión, él se quitó el pañuelo y se lo metió a Beverly en la boca para que no hiciera ruido, conque, hacia el final, ella se limitó a estar tumbada, obediente, con una vaga libertad en la vergüenza, pensando en otras cosas, en el oeste de Irlanda, los muros de piedra, la lluvia eterna en los campos, la cara de su madre, roja de vergüenza, la figura de su padre que salía a la carretera, su hermano paseando por la calle, distanciándose de ella, esa infancia, desaparecida, una gota del sudor del joven le caía a ella en el puente de la nariz, *puta*, le aplastaba la cara contra la tierra, *puta*, el sonido de esa voz, tranquila y comedida, *puta*.

La sobresaltan el bocinazo de un claxon detrás de ella y el silbido de unos neumáticos. Ha empezado a chispear.

—¿Vuelves a casa?

Como si se hubieran sincronizado, la hermana Anne y la hermana Yun se inclinan hacia ella, serias, expectantes. *Casa*: qué palabra tan rara. Se da cuenta de que intenta hablar, pero, a saber cómo, las palabras se le han quedado alojadas en el interior, no tanto en la garganta sino más bien en el hueco del estómago, y cuando responde, le asusta la ascensión de los sonidos por su cuerpo: *Sí, gracias, a casa, es un poco de frío*, tan incongruentes y fuera de lugar, no tiene la menor idea de cómo le ha salido el español así de fácil, cómo ha permitido que el hombre vuelva a su vida de forma tan inmediata, cuando estaba segura de que había muerto, o de que había vuelto a internarse en la selva, o de que había desaparecido.

Carlos había escapado. Rumores de escuadrones de la muerte, venganza. Ella siguió la noticia en arrebatos esporádicos, pero nunca dejó que se le metiera en el cuerpo; no desde su estancia en San Luis al menos. Después de

eso, un refugio en Baltimore, a continuación el hogar de la mujer. Heridas más profundas, otras vidas. La vida de una hermana Maryknoll. A lo largo de los años, ciertas personas habían tratado de convertirla en una heroína, un símbolo, un autógrafo político, y ella sabía que cuchicheaban a sus espaldas sobre contratos para libros y para películas. Hasta su hermano, en Inglaterra, quiso hacer un documental radiofónico, pero ella prefería pensar en otras cosas, en su vida en el pueblo antes de que la capturasen, en el volumen del cielo azul, en los niños del colegio, en la caída de la lluvia sobre el tejado de hojalata, en el polvo que se levantaba del suelo de tierra de su choza, en el barril amarillo del fondo de la clase, en el cucharón de madera con el que sacaban el agua de lluvia, en la tiza que llevaba en la caja de cigarrillos, en el carburador estropeado del todoterreno, siempre trataba de arreglarlo, se encorbaba sobre el motor, la tiza se deshacía bajo la lluvia.

—Date prisa, Beverly.

Saca las manos de los bolsillos de la rebeca, se mete en el asiento de atrás. La ventanilla sube.

—Si no, vas a pillar un resfriado de muerte.

En el salpicadero, la hermana Yun tamborilea un poco con los dedos largos y finos.

—No podemos perdernos la oración de las tres.

La Hora de la Gran Misericordia, el más ferviente de sus rezos, el momento en el que Cristo murió en la cruz. En la selva, estaba atenta a la radio de algún vigilante y prácticamente acabó siendo capaz de saber la hora fijándose en el ángulo de la luz del sol a través de los árboles.

—¿Seguro que te encuentras bien, Beverly?

—Vas muy poco abrigada.

—Debes de estar congelándote.

Ella observa cómo la hermana Anne ajusta el retrovisor.

—¿Qué has dicho antes?

Las cuentas del rosario de la hermana Anne emiten un chasquido al chocar con el volante mientras la hermana conduce el coche hacia la carretera.

—No, no era nada. Es que a veces divago. Perdonadme. *Frío*. Creo que he dicho que hace frío.

Las dos monjas ancianas intercambian una mirada en el espejo durante un instante. Ella aparta la vista y agradece el silencio hasta que la hermana Anne alarga el brazo para sintonizar la emisora de la radio pública: un ataque de un dron en Afganistán, un tifón en Filipinas, un incendio descontrolado en Australia.

El coche se desliza por el silencioso pueblo de Long Island, deja atrás las tiendecitas de ropa, las cafeterías, la agencia de viajes, la tienda de arreglos florales, la *pastelería*.

La casa es una donación reciente que ha recibido la Iglesia. Como todavía no se ha reformado del todo ni se ha consagrado, sigue siendo un lugar de espejos. Ella se ve por todas partes. Hay uno en el vestíbulo de entrada, dorado y recargado, en el que se reflejan los peldaños de la fachada, de modo que, en la puerta, se tiene la impresión de estar entrando y saliendo a la vez. Hay otro espejo en lo alto de la escalera de caracol, cerca del Sagrado Corazón, con un jarrón de flores frescas debajo. Unos óleos se extienden a lo largo del pasillo, con marcos de cristal, y con un mal ángulo ella puede vislumbrarse mientras avanza. En su cuarto de baño hay otro espejo que ocupa toda la pared.

Al principio se planteó la posibilidad de taparlo completamente, de cubrirlo con una tela, pero no quiso ser maleducada, lo mejor era no hacerle caso, dejarlo donde estaba.

Beverly se alza pálida, blanca, desnuda, marcada por las cicatrices. Se aleja enseguida del espejo, se mete en la ducha, cierra la mampara. Al principio, el agua sale fría, pero después el calor cobra profundidad. Un potente latido de agua en el vientre, los hombros, el cuello. Se echa el acondicionador, lo aclara, espera, se yergue de nuevo, se enjabona los pies, los dedos. Apoya la cabeza en los azulejos frescos y fríos de la pared. Nota cómo las últimas gotas le corren por la espalda.

Sale al suelo frío, se pone una toalla en la cabeza como si fuera un turbante. Después de morderle el pecho, él mismo le dio unos puntos bastos, juntó los pliegues y los traspasó con una aguja que había calentado, los atravesó con el hilo de sutura. Envolvió un frasco de antiséptico, le puso un

lazo, se lo regaló. Cuando el seno se le infectó, la llevó a la enfermería del campamento, donde volvieron a rajárselo. Él estuvo semanas sin acercársele. Beverly se volvió a abrir la herida dos veces para mantenerlo a raya.

Dándole la espalda al espejo, se seca con una toalla y se viste. Las noticias de la noche. Los últimos momentos del día. El mundo en su vertiente menos consoladora. La oscuridad se apodera del exterior. Ahora todo se acerca al sueño, o a su ausencia. Las ancianas monjas argentinas medio dormitan juntas, en el sofá. Delante de ellas, un ejemplar abierto de *Clarín*. Bandejas y tazas de té. Revistas. No han reparado la moqueta, pero han echado las butacas hacia delante para tapar las quemaduras de cigarrillo. ¿Cómo es posible que ella ni se diera cuenta? No una vez, sino dos. Qué imprudente. Podría haberle prendido fuego al edificio entero. Ni siquiera se acuerda de haber encendido un cigarrillo.

Un latido de urgencia le recorre el interior como un latigazo. Dicen que es la más adictiva de las drogas. Al día siguiente irá a la farmacia. Parches de nicotina. Chicle. Una cuestión de voluntad.

Le gusta estar con las monjas ancianas, la informalidad, la franqueza, la sensación de que ya tienen mucha tarea hecha, de que les ha llegado el momento de descansar y contemplar cómo va pasando el tiempo, de rezar cuando ven las congojas que siguen atenazando al mundo.

Nota que las hermanas se revuelven, que ambas se incorporan como si estuvieran unidas por una soga.

—¿Podemos ver... *a ver las noticias*?

—Sí, sí, ¿por qué no?

Un reportaje sobre la desaparición de los jaguares del Amazonas. El derrumbamiento de una mina cerca de Valparaíso. Noticias de las elecciones en Guatemala. Hacia el final de las noticias hay una breve crónica sobre la conferencia de Londres (progresos mínimos en las conversaciones, algo referente al narcotráfico, a los derechos de minería, un calendario para posteriores conversaciones de paz en La Habana), pero a Carlos ni se le ve ni se le menciona.

Debería buscar por la red, pero durante todos esos años ha logrado evitar internet, apartarlo de su mente, ni siquiera sabe muy bien cómo usarlo: la idea le resulta levemente aterradora.

—Demasiada tristeza —dice la hermana María mientras se levanta.

—Buenas noches.

Beverly observa cómo las dos ancianas suben la escalera, una sombra junto a otra, con rebecas entrelazadas.

Espera a la segunda reposición del programa, por si acaso. Ridículo. Como si la reposición pudiera cambiarse sola y cupiese la posibilidad de que él apareciese, vuelto a cambiar.

¿Se ha convertido, quién sabe cómo, en un hombre de paz? ¿Ha puesto la otra mejilla, Señor? ¿Ha transformado su existencia? ¿Cuántas otras cosas contradicen la vida que llevó antes? ¿Quién es él ahora? ¿Un hombre elegante con camisa azul? ¿El miembro de un instituto que promueve la paz? ¿Qué hecho fortuito ha llevado la conferencia a Londres? ¿Cómo ha logrado Carlos zafarse de su pasado?

Ella sólo lo vio una vez a punto de venirse abajo. En el escondite próximo a Puerto Boyacá. Las ventanas estaban selladas y pintadas de negro. La única luz que entraba se filtraba por debajo de la puerta. Sonidos imprecisos del otro lado. Una radio a lo lejos. Ella trataba de recordar viejas poesías, oraciones, salmos, hasta el aspecto que tenían las palabras en la página. Él la desencadenó y le llevó un vaso de leche de coco. Beverly no tenía la menor idea de por qué. Él se le acercó por el duro suelo de tierra. Una leve cojera. Llevaba botas de cordones negros en las que se había remetido los pantalones de camuflaje. Un cuchillo envainado le colgaba del cinturón. Se arrodilló delante de ella, con ojos entrecerrados y castaños. Las mejillas sin afeitar. La linterna dejó a Beverly momentáneamente herida. Se apartó. Carlos le puso una mano en la nuca y le echó la cabeza hacia atrás con el dedo índice y le dio de beber: la leche estaba fresca, aunque en la casa no había frigorífico. Ella notó el frío, una infancia entera de frío, quebrándola al atravesarla. Lluvia en la playa coralina de Galway. Pelotas de tenis blancas en la cancha estropeada. Su hermano con su radio de onda corta. Un nido de cables y voces. El ganado de su padre apiñado en una carretera. La campana rota de la iglesia. Una franja verde de hierba a la orilla de la carretera.

Ventanas altas. Demasiado altas para las sillas del colegio. La leche, en pequeñas latas plateadas. Ella no pensaba llorar ni gemir. Siempre le había negado eso a Carlos, que se sentó con la espalda apoyada en la pared y se dedicó a observarla con los labios temblorosos. A ella le pareció que la leche presagiaba algún tipo de abuso (un puñetazo en el oído, un cuchillo en el cuello, un empujón contra la pared), pero él se limitó a darle de comer, después bebió del mismo vaso, farfulló algo que sonó a una disculpa, se marchó y cerró la gruesa puerta de acero al salir. Un bordecito de luz se filtró por debajo de la puerta.

Según el reloj del DVD, son las dos de la madrugada cuando ella se pone en pie para irse a la cama. Va arrastrando los pies por el suelo de la cocina, alarga el brazo para apagar la luz exterior del porche. Ahí sigue colgado el cenicero, la lata se mueve con la brisa levísimamente.

Beverly abre la puerta mosquitera. No han vaciado el cenicero. Lo inclina. El olor es nauseabundo.

Atraviesa el porche en ese frío intenso. Se ven las estrellas que clavetean la noche. Pasan unas pocas nubes. Los árboles se recortan sobre la oscuridad. Se aprieta una vez más la frente con los pulgares: degradar el yo de esa manera, no, no puedo. Debo resistirme.

Un silencio alarmante. Hubo una temporada en San Luis, de eso hace años, en la que ella no soportaba estar en el exterior: incluso el sonido de los insectos le parecía un taladro.

Mete la mano en el cubo con agilidad, saca un cigarrillo deformado, lo alisa y lo enciende.

En el jardín, un repentino cuadrado de luz cae desde una ventana del piso superior, como el marco de un cuadro tirado al suelo. Apura el cigarrillo en tres caladas intensas.

Una oleada de asco le acuchilla el estómago y se tambalea, mareada de arrepentimiento.

Dentro de la casa, cierra la puerta, apoya la cabeza en una jamba. ¿Es esto lo que me espera, Señor? ¿Es aquí donde acabo? ¿Es aquí adonde me has traído?

Se atisba una sombra en lo alto de la escalera. Un chirrido. Motas de luz que se ordenan y se reordenan. Beverly cruza el salón en penumbra, se agarra a la barandilla.

La hermana Anne está sentada en medio de la escalera, con el camisón y las zapatillas de estar por casa. No hay censura en la ancha y pálida extensión de su frente. No aprieta los labios. No mueve la cabeza.

—¿No puedes dormir?

—Es que estoy inquieta.

Beverly es muy consciente de la acritud del cigarrillo. Respira profundamente, se acerca a la pared, pasa a duras penas por delante del espejo de la escalera. Tiene el rostro flaco y espectral, el cuello estriado.

—Beverly, ya sabes que estoy aquí en cualquier momento si necesitas hablar.

—Claro.

—Somos, en gran medida, las oraciones que compartimos.

Ella se aleja enseguida de su reflejo, se detiene en lo alto de la escalera, bajo la luz roja del Sagrado Corazón.

—La verdad es que estaba pensando en hacer un viajecito.

—¿Cómo?

—A Londres. Estaba pensando en hacer un viajecito a Londres.

Un arrebató de pánico: la idea es tan repentina y tan espontánea que tiene la sensación de haber recibido un golpe inesperado de su propia sombra.

—¿Y eso?

Un sótano, un sitio sin aire, el pozo de una mina, el arrastrarse de una oruga, una cadena en el suelo, una única cuenta de luz por debajo de la puerta.

—Ahí vive un hermano mío.

—Pero si acabas de llegar. ¿No te habían dicho los médicos que tienes que descansar?

Doblar, formar, romper la verdad. ¿Me he convertido en la mentirosa que nunca quise ser? ¿Por qué no decirle a la hermana Anne que la han desestabilizado, tal cual? ¿Que ha visto a un hombre al que conoció hace mucho tiempo? ¿Que éste ha reaparecido? ¿Que tiene que confirmar que es

él? ¿Que él se presenta como hombre de paz? ¿Que ahora está en Londres? ¿Que ella debe marcharse? ¿Que esto es todo lo que sabe, todo lo que puede contar?

—¿Le ha pasado algo?

—¿Perdón?

—Que si le ha pasado algo a tu hermano...

—Está enfermo.

Para sobrevivir a un error, se ha comprometido con el siguiente y después con el próximo. Mueve un poco el pie en el peldaño.

De pequeño, su hermano se pasó un año en cama con mal de Pott. Tenía la habitación llena de cristales, rollos, cables; aprendió solo a fabricar modelos de radio. Era seis años menor que ella, pero Beverly le hacía compañía sentada en la cama y escuchaba el parloteo de barcos que estaban en medio del Atlántico. Al cabo de los años le escribía cartas, una vez por semana, hasta que él, también, se fue: primero a Dublín, luego a Edimburgo, hasta que acabó recalando en Londres para hacer críticas de literatura en la BBC. Empezaron a mantener esa relación de hermano y hermana distanciados: las felicitaciones navideñas anuales, las esporádicas llamadas de teléfono, los funerales de sus padres. Se fueron distanciando aún más hasta que la raptaron. En ese momento, él organizó recogidas de firmas. Manifestaciones en la Dáil, la Cámara de los Comunes, la embajada colombiana. Después, él quiso hacer un documental radiofónico de lo que ella había vivido, pero Beverly no se vio capaz. *¿Te encadenaban? ¿Te pegaban con un tablón? ¿Te tenían encerrada en una habitación? ¿Te ponían la comida en un plato de metal?* La verdad la paralizaba. Él le concedió el silencio. Retomaron las viejas pautas, hablaban un par de veces al año, no tanto por descuido ni por vergüenza, sino porque así era como parecía que se comportaban las familias, así iban desecándose.

—Ah, ¿está enfermo?

—Sí.

—Entonces, ¿él también fuma?

No hay malicia en la pregunta de la hermana Anne, pero a ella le molesta. Cómo, ¿me estás vigilando? ¿Has descornado las cortinas y la luz ha caído sobre el jardín? ¿Me has visto meter la mano en la lata de café? ¿Te ha

llegado el olor del humo al colarse en tu cuarto? ¿Vuelvo a ser rehén? ¿Es aquí donde acabo después de tantos años? ¿Un cuarto en Long Island, en el extremo del continente, donde el agua forma calladas crestas al romper en la orilla?

—Rezaré por él.

—Eres muy buena.

—Tendrá que darte permiso tu orden.

—Estoy segura de que rezarán conmigo.

—Dios nos mide. De veras.

—Sí, desde luego.

—¿Hay algo más que tengas que contarme, Beverly?

Él me puso una cadena al cuello. Me rajó el pecho. Me violó.

—No —dice mientras cruza la vacilante luz roja del rellano.

Se detiene un instante delante de su puerta, se apoya en el marco, oye el chasquido de la puerta de la hermana Anne.

La casa queda sumida en el silencio y las sombras se repliegan, oscuras.

2

Estación Victoria. Una aglomeración de caras. Los turistas, como los salmones, a contracorriente. Su falda larga roza el suelo. Su maleta no tiene ruedas y el asa está tan suelta que tiene que llevarla a rastras, reacia, díscola. Le gustaría detenerse un instante. Sentarse y descargar las piernas. Encontrar un refugio. Quizá una capilla para los viajeros o una pequeña cafetería con un rincón tranquilo.

La sobresalta una paloma que pasa batiendo las alas delante de un piano. Por lo visto, este piano forma parte de un proyecto artístico, lo han dejado en la estación de tren para que lo toque quien quiera.

La paloma se queda revoloteando, luego se posa en la tapa unos instantes, avanza por el borde biselado.

En un puesto de comida, Beverly se compra un cruasán y un té en un vaso de cartón. Es espantoso tomar té en un cartón mientras la pequeña etiqueta de la bolsita cuelga. No hay donde sentarse, así que se acerca al

piano, se instala en el borde del banco.

Punzadas rítmicas de dolor en los riñones. El viaje ha sido duro, un retraso de dos horas en el JFK, un incidente en la pista de Heathrow, se ha equivocado de dirección al coger el metro en Paddington; no se ha despertado hasta que ha llegado al final de la línea.

La paloma vuelve y se pone a picotear delante de sus pies. Está extraordinariamente gorda, advierte Beverly, tiene el color de una cosa que no refleja ningún color. Es raro pensar que quizá viva dentro de la estación, con un nido en las vigas, que puede que no haya ni un solo árbol en su vida.

Apoya la cabeza en el borde lacado del piano y al poco rato la despiertan los zarandeos de un niño pálido cuya madre está cerca; pone cara de disculpa y tiene ganas de tocar. Durante unos segundos Beverly no recuerda dónde está, ni cómo ha llegado.

—Señorita, no se deje el té.

Acaricia en la cabeza al pequeño. Una bendición para el niño. Antes, hace mucho, podíamos hacer la señal de la cruz. Ya pasaron, esos tiempos. Quizá sea para bien: ¿quién sabe qué podría decir la madre si tratara de bendecir al pequeño?

En el exterior, la luz cae dura y clara y amarilla. El té se le ha enfriado, pero aun así apura el último trago. No se ve ninguna papelera. Aplasta el vaso, se lo mete en el bolsillo de la rebeca y se dirige a la fila de los taxis, arrastrando la maleta.

Está segura de que le llega desde lejos el leve rumor del piano: el niño muestra una confianza y una agilidad impropias de su edad.

Se abre paso en la fila a empellones, se toca el bolsillo de la rebeca, hojea el pasaporte y busca la dirección de su hermano. El resguardo de un billete, algunas facturas, nada más. Dios mío, ayúdame. Tengo que encontrar su dirección. Cerca de la estación Victoria. De eso me acuerdo.

Deja la maleta tumbada en el suelo, abre la cerradura de acero. Tres vestidos, un abrigo, otro par de zapatos, un libro de Thomas Merton, una biografía del nuevo papa. Una intensa oleada de impotencia se apodera de ella, unas náuseas que nacen en la base del estómago, que suben y se extienden.

—¿Se encuentra usted bien?

Hay un tatuaje al lado del cuello de la camisa del taxista, el extremo de una vid o de cierto tipo de arbusto. Ella baja la tapa de la maleta, la cierra, se apoya en la tapa para no desplomarse, se pone en pie temblando.

Él levanta los ojos para mirarla con un leve gesto de alarma. Ella le saca toda la cabeza y los hombros. Si se cayera, lo tiraría al suelo.

—He perdido la dirección. Mi hermano. La llevaba anotada. Es que... se me nubla el pensamiento. La cosa va y viene.

—Lo siento, guapa —dice él—, pero en eso no la puedo ayudar.

Ella observa cómo el taxista le abre la puerta del vehículo a otro cliente. Una vid. De un verde oscuro. Un cable entre los árboles. El sonido de una radio. Un pequeño cerrojo de acero en la puerta. Huida. No le costó cortar el bambú: una vez con una percha afilada, otra, con un trozo de plancha ondulada. Logró meterse por el hueco, avanzó sigilosamente con las zapatillas de suela de goma. Consiguió llegar al río, pero iba tan crecido por las lluvias que la llenó de miedo: se limitó a arrodillarse y a esperar, desplomada contra el tronco de un árbol. La encontraron completamente cubierta de picaduras de hormiga. Cuando se recuperó, le dieron una paliza. Le taparon la cabeza con una capucha. La oscuridad la envolvió. La tela olía a fruta podrida. Vomitó y él tardó unos minutos en quitarle la capucha, para que se cociese. Después, ella masculló sus oraciones. Rosario tras rosario. Le dolía el cuerpo. Sangraba. Se le manchó el vestido. Carlos la dejó lavarse. La espantosa vergüenza. Siempre se daba la vuelta, se acuclillaba, se cubría los pechos, la entrepierna, se metía en cualquier sombra que encontrase. Alguien observaba desde lejos. Se preguntaba qué pasaría si se quedaba embarazada. En cierta ocasión, el reloj de su cuerpo se detuvo dos meses. Aquello la llenó de miedo; después volvió a sangrar. No la había abandonado. Se lavó. *Entrégate a la oración estés donde estés.*

Beverly se aleja de la fila de taxis arrastrando los pies y vuelve bajo la marquesina de la estación de tren. La emboscada de la mente. Se ha vuelto poco fiable incluso para sí misma. Esos cambios, esos fallos. El piano distante sigue resonando. ¿No será la música de la megafonía de la estación? ¿Cómo se llamaba la calle de Ian? ¿Cómo he llegado donde estoy? Llevaba su dirección en el aeropuerto. En el tren. En el metro. Tal vez se cayó al suelo.

Durante un instante lamenta no encontrarse junto a las chicas de Houston. Que, por arte de magia, se materialice un sitio seguro de la nada. Volver a lo conocido, lo benévolo, lo fácil. Estar con ellas en la puerta de atrás. La hermana Estirón. Sentada en los escalones traseros, fumando. Arrodillada en la capillita del sótano junto a las hermanas. O incluso la sencillez del convento de Long Island. Pasear por la playa y observar cómo las gaviotas se recortan sobre el amanecer. La hermana Anne. La hermana Camille. La otra monja, la argentina, no recuerda cómo se llamaba, ¿cómo era?

En el semáforo de Vauxhall Bridge Road se detiene. Le viene a la mente, se acuerda: John Islip Street.

A él le ha salido un poco de tripa y tiene los ojos hinchados, como si llevara tiempo sin dormir bien, pero sigue siendo alto y elegante y de cabello canoso, de esos hombres que se empeñan en llevar corbata a media tarde, aunque estén solos.

—Bev —le dice.

El nombre de su infancia; le recuerda el puente de piedra del río de Oughterard, cuando el agua discurría rápida y superficial y con aire despreocupado por debajo de ella.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Le coge la maleta de inmediato. Ella se queda unos segundos en el precipicio del apartamento. El río bajaba al oeste con rapidez. En verano, cobrizo. Pescadores a mosca en el recodo en el que se inclinaban los robles. Una llanura baja de cielo rojo los cubría.

Ian la coge del brazo y la lleva al salón. Una antigua capa de libros en las paredes: novelas, colecciones de fotografía, ejemplares de lectura, poesía. Montones apilados de cualquier manera en el suelo.

Ian aparta de un manotazo cinco o seis libros del sofá marrón lleno de bultos y socavones; los tomos huyen por la moqueta y se reúnen con sus compañeros.

—Colisión —dice ella.

Ian le da la mano. Ella le nota los dedos fríos. ¿Con qué llena él ahora los días? ¿Qué le procura tranquilidad? ¿Qué le estimula la mente, al margen de los libros? Ni siquiera de niño creía en Dios, ni en las ideas de pobreza, piedad, pureza. Hubo ocasiones, en años recientes, por teléfono, en que despotricó contra la Iglesia católica. Los abusos. Los escándalos. Las lavanderías de la Magdalena. El engañoso marasmo de la burocracia. Las vidas compradas, según afirmaba Ian, a cambio de la ignorancia del comprador. Ella conocía los fallos, la vergüenza espantosa, la codicia flagrante. A ella no le hacía ninguna falta defender aquello, protestar. También había dudado de la Iglesia, más profundamente, quizá, de lo que su hermano podría llegar a sospechar. No tanto en la selva como después, entre las limpiísimas sábanas del hospital de San Luis, donde ella admitió el terror, como si lo hubiera activado con retraso. ¿Era aquello lo que ella misma había deseado? ¿Qué espejo le había puesto Él delante? Había días en los que la sensación de culpabilidad la golpeaba con tanta fuerza que apenas se sostenía en pie. Se decía que era su culpa: su cuerpo, su mente, su fallo. Ella lo había provocado. Lo había querido. Lo merecía. Los días negaban su luz. Su mente era una semilla yerma. La desesperanza aumentaba bajo el manto de la oscuridad.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado, Bev? Has hablado de una colisión.

—¿Ah, sí?

—Voy a preparar un té. Te traigo una taza.

—Estaría bien, gracias.

El entrecocar de las tazas. Él saca la cabeza por la esquina y le dice:

—Estoy aquí al lado, no te duermas.

Ella oye entonces el agudo silbido del hervidor de agua y el suave suspiro de la puerta de la nevera.

En una de las estanterías hay una fotografía en la que aparecen sus padres sentados en el parachoques de un automóvil antiguo, los faros enormes y blancos, los paneles curvados, el claxon neumático. Una época imposible. Están muy lejos de ella, son más fotografía que recuerdo. De las profundidades del apartamento le llega una voz y después un estallido de música clásica. Un piano por la radio.

Ian entra en la sala y deja con tiento la bandeja en la mesa. Dos tazas de porcelana, un plato de galletas, una tetera con una funda. Sigue siendo un hombre chapado a la antigua. Estuvo casado, hace mucho tiempo, con una escocesa, pero no tuvieron hijos. Una mujer de pelo corto y gafas. Psicolingüista. Se divorciaron. Al principio, Ian había tenido miedo de contárselo a Beverly. Esto..., ¿y ella cómo se llamaba? Las palabras se le escapaban como si fueran lento aire perforado que le salía de los pulmones.

Ian sirve el té con un pequeño colador de metal y sostiene la jarra de leche como si no sólo quisiera evaluar lo que prefiere Beverly, sino también su actitud.

—Me parece que igual se me están olvidando las cosas, Ian.

—Ay, Dios mío, no.

—No, no es alzhéimer, no es eso. —Se queda callada con la taza en la boca—. No, no es olvido exactamente. No sé muy bien cómo explicarlo. Tiene algo que ver con el recuerdo, imagino.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es que ha vuelto.

—¿Quién ha vuelto, Bev?

Un velo se descorre en el rostro de su hermano, entonces, cuando se lo cuenta: el agotamiento en Houston, el traslado a Long Island, la aparición por televisión, la confusión, la duda, la noche en la escalera con la hermana Anne, el constante regreso, durante los paseos por la playa, de la cara de Carlos, que ahora se había convertido en hombre de paz, aquello la perturbaba, no podía librarse de la sensación, tenía que venir a verlo, tenía que ver si a lo mejor era verdad, que era posible hallar la paz cuando has querido destruirla desde el principio, cómo es posible que un hombre pueda cambiar de forma tan completa, dónde se produjo la transformación en él, ¿cuál era la palabra que buscaba ella, *reconciliación*?

—¿Y ahora está en una conferencia de paz?

—En un instituto, sí.

—¿Y quieres verlo?

—Ni siquiera estoy segura de que sea él.

El breve parpadeo de los ojos de Ian: verdes, como los suyos. Ah, un hermano. ¿Sería ésa la explicación? ¿Tendría Carlos un hermano? ¿Un primo? El pánico le atenaza la garganta. ¿Y si ha cometido el error más sencillo de todos y hay otra persona idéntica? ¿Un doble exacto que es, en realidad, lo opuesto?

Ian coge una galleta del plato, la muerde con delicadeza y deja que se le deshaga en la lengua.

—¿Hoy qué día es?

—Domingo, qué día va a ser.

Ella deja escapar un jadeo:

—Ay, no he ido a misa. La primera vez en mi vida. No he ido a misa, Ian. No me lo puedo creer. Me la he perdido.

—Has estado de viaje.

—Estoy muy cansada. Cansadísima.

Beverly levanta el plato en dirección a la taza para calmar el temblor del pulso.

—Estoy seguro de que habrá algún tipo de dispensa, ¿no? ¿No es ésa la palabra católica? —Mueve los libros con los pies, como si pudiera encontrar el término en el caos del suelo—. Indulgencia —añade, chasqueando los dedos—. ¿No se dice así? ¿Indulgencia?

Beverly se despierta en la cama de Ian: es la primera vez que ha dormido en una cama de matrimonio. Una indulgencia, sí. Se acerca torpemente, vestida del todo, a la ventana, abre las cortinas y deja que entre la luz amarilla de las farolas. Un brillo de humedad en el suelo. La luz patina en unas franjas de la acera. Le llega la risa de dos mujeres jóvenes que caminan vacilantes por la calle, del brazo. Un taxi negro avanza despacio entre la lluvia. Mañana de lunes. Indulgencia plenaria.

En el pasillo, oye el zumbido de la impresora de un ordenador. Una luz se cuelga por una abertura en la puerta del salón, que le deja vislumbrar a Ian bañado en una luz azul, con libros desperdigados en torno a él, inclinado sobre la tarea que lo ocupa.

Vuelve a su cuarto y se arrodilla delante de la cama para decir las alabanzas matutinas. *Por las necesidades de quienes viven en la confusión. Por las necesidades de quienes viven sin esperanza. Por las necesidades de quienes no tienen a nadie que rece por ellos.*

Aún no es de día cuando oye el ruido de los cubiertos y el silbido del hervidor. Ian se sienta con cara de sueño a la mesa del desayuno.

—Para ti —le dice mientras empuja unos papeles por la mesa de formica.

Ella pasa el dedo por el borde de la carpeta y abre la primera página. Ian ha imprimido toda la información que ha encontrado en internet. Tres fotografías de Carlos, una de ellas del rostro, otra con ministros del gobierno, otra hecha delante del Instituto de la Paz.

—Se llama Euclides Largo. Bueno, ése es el nombre que da.

—Euclides.

—Tiene cincuenta y nueve años, pertenece a un pequeño partido de izquierda.

—Es imposible.

—He estado investigando toda la noche. Por lo visto, cuentan con muchos apoyos en el campo. Son de izquierdas.

—Pero si él es de derechas. O eso es lo que...

—Vete tú a saber.

—¿Y los de su partido son católicos?

—No lo parece... No lo sé, no creo. ¿Quién sabe? Lo siento, Bev. Lo único que he descubierto es que ha ido ascendiendo en el escalafón con el paso del tiempo.

Una oleada de rencor en la base de la columna vertebral.

—Era abogado antes de meterse en política. Su especialidad es la minería. Representa a los mineros. Los depósitos de cobre, el acceso de las empresas a las minas, esas cosas. Defiende la paz a partir de premisas económicas.

Ella se acerca un poco más la carpeta y pasa los dedos por el borde de la fotografía. Le entran unas ganas repentinas de fumar; llevaba días sin necesidad de hacerlo.

Fumar, toser, arder y desaparecer.

—Es él.

—¿Estás segura?

En Beverly va calando la idea de que todo aquello es un delirio apoyado en su fe, una prueba de su capacidad de creer.

—Segura como que hay Dios.

—Podrías contárselo a la prensa.

—¿Y luego qué?

—Puedo llamar a unos amigos de la emisora. La embajada, deberías llamar a la embajada...

—¿Para decirles qué?

—Bev, te violó.

—Hace treinta y siete años.

Un trapezoide de luz matutina cruza el suelo de la cocina. Ella oye un grito que llega desde algún punto más alejado de la calle y un estallido de carcajadas, después, el ruido de una botella al estallar contra la acera: tan temprano, tan tarde.

Ian se dirige a la ventana de la cocina, abre las cortinas y contempla toda la calle.

—Gamberros —dice.

Ian espera frente a las cortinas, corriéndolas y descorriéndolas como si aquello fuera un código morse que le estuviera revelando a la calle de abajo.

—Sigues sin fumar, ¿verdad? —le pregunta ella.

Él se encamina pesadamente al salón, vuelve al cabo de unos instantes con un pequeño paquete azul de tabaco y papel de liar. Saca un papel con dificultad, lame el borde, lo alisa, le alarga el cigarrillo liado, coge una caja de cerillas del cajón de la cocina. El olor a azufre despierta bruscamente a Beverly.

Es una casa adosada de cuatro pisos delante de la cual se alza una verja de hierro negro, en la orilla oriental del río. Los muros del instituto parecen recién pintados, de un blanco perfecto. Macetas en los alféizares con flores

rojas, hortensias. Una enorme placa de latón en la pared. Ella esperaba algo más espléndido, más sorprendente. En la puerta no se congrega nadie. No hay madres con pancartas. Ni cámaras ni limusinas esperando.

Cae una llovizna débil. Beverly se queda en el bordillo de la acera, alza la vista y se fija en el contorno oscuro de una lámpara en una ventana de la fachada. Las sombras imprecisas de unas figuras cruzan y vuelven a cruzar la sala. Se le antoja más un sitio de silencio que de paz. Antes de que pueda darse cuenta ya está en la puerta. Acerca la mano al botón del telefonillo. Suena el timbre. Ella mira a la cámara de seguridad. Un silencio y después otro timbrado. Más largo, más insistente, impaciente incluso.

—¿La puedo ayudar en algo?

¿Qué vanidad me ha traído aquí, qué soberbia? Distingue una forma en la ventana, alguien que la observa desde el interior.

—Lo siento —le dice al interfono.

Vuelve el rostro, que queda oculto por el pañuelo mojado que lleva en la cabeza, baja los escalones, se aleja rápidamente, una anciana, siente en los tendones el peso de lo que le está costando todo.

Se detiene en una cafetería. Fuera, periódicos en un expositor. También hay un diario irlandés: lleva años sin ver uno. La luz roja de una cámara parpadea cuando Beverly entra. Compra el periódico y un café, se sienta en la barra a leer.

Observa de lejos la fachada del instituto, las silenciosas entradas y salidas, las formas de unas formas.

Pasan las horas. El silencio reina en la tienda. Ella se lee todo periódico, hasta las páginas de deportes, pero no recuerda ni una sola palabra de lo que ha leído.

A última hora de la tarde se pasa por una iglesia de Westminster. Por el acento, el sacerdote es joven, africano. Correcto. Muy educado. Incluso en la penumbra, ella nota que es de los que se almidonan el alzacuellos. Beverly le dice que no ha sido capaz de entregarse al perdón, que su error ha sido de bulto. Ha mentado sobre su paradero a otros. No ha sabido recibir la gracia divina. Ha vivido sumida en la pereza. No ha buscado a otras monjas en

Londres, ni el solaz de la familia que tiene dentro de la Iglesia. No ha cumplido con sus obligaciones: la misa, la oración, el santo sacramento. Ya no sabe muy bien si sirve en algo al Señor.

Le parece, al final, la más superficial de las confesiones: toda la verdad está allí, la sinceridad brilla por su ausencia.

Tras la penitencia, sale a deambular por la ciudad, a orillas del Támesis. El río pasa a su lado, turbulento y crecido, pero mudo.

En el apartamento de Ian, abandona el cuarto, le devuelve la cama de matrimonio a su hermano. Lleva una manta al sofá. Duerme, rodeada de libros.

Beverly repite el ritual tres días seguidos, se sitúa delante del instituto, espera, observa, se marcha con andares pesados, con el pañuelo fuertemente anudado. En la cafetería se sienta en un taburete giratorio de la barra desde el que ve la calle entera por el escaparate. Siempre hay mucho bullicio por las mañanas. Coches negros. Varias figuras que suben apresuradamente los escalones. Las luces del interior se encienden y se apagan. A la hora de la comida, hombres y mujeres también bajan por los escalones. Desde lejos, él podría ser cualquiera de ellos. Al atardecer, cuando se extiende la oscuridad, cuesta más distinguirlo, la calle brilla por la lluvia, la luz de las farolas borra las formas.

Le da la impresión de que podría estar allí sentada infinitas estaciones, observando cómo la calle se llena y se vacía de hojas.

Décadas antes, en Bogotá, en cierta ocasión tuvo que esperar un autobús para volver a su pueblo. Se quedó dos días y medio en la estación. Humo de diésel. El chirrido de los frenos. Se sentó en un banco de madera, estrujando el billete. No había comido y sólo llevaba una botella pequeña de agua. Leyó la Biblia. El apóstol Pedro. Esposado sin moverse. La cárcel Mamertina.

Al quinto día lo ve.

Falta poco para que anochezca. Beverly está en una esquina de la tienda, rodeando con las manos una taza de café frío. Tiene el periódico abierto delante de ella. Los titulares de un país extranjero. El local, vigilado por una serie de cámaras colocadas en lo alto de las esquinas, está tranquilo.

Está a punto de acabar el café y de volver al apartamento de Ian cuando resuena la campanilla de la puerta.

Una ráfaga de aire frío. Un leve indicio de tos. Ella se inclina hacia delante y se agarra a la barra. Él pasa a su lado. Ella tarda unos instantes siquiera en darse cuenta de quién es. Lleva la parte de atrás del cabello perfectamente peinada; un traje arrugado pero elegante. Sus zapatos taconeán. En el frigorífico, saca una bebida de café fría. Tiene, bajo el brazo, un periódico en español. ¿Cómo es que no lo ha visto pasar por la calle? ¿De dónde ha salido? Beverly está segura de que él le dice algo al tendero pakistaní, pero no acaba de oírlo bien. El hombre deja una moneda en una bandejita de un lado de la caja registradora.

Beverly se quita la rebeca oscura, la dobla en el regazo, gira el taburete, pone las manos en el hoyo de su falda, lo observa en el reflejo del escaparate, todo él invertido, de derecha a izquierda.

Al pasar, desprende un olor a loción para después del afeitado. ¿Basta con haberlo visto? ¿Limitarse a estar ahí? Debería, en la obediencia de la fe, ponerme al servicio del amor de Dios. Convertirme en una piadosa ausencia.

Beverly alarga el brazo y le da un tirón a un lado de la chaqueta. El extremo del faldón, cerca de la cadera. La tela da la impresión de ser carísima.

Él se vuelve. Una oleada de calor palpita en el interior de Beverly. Se le eriza el vello de los brazos. Mundo sin fin. El lunar de la mejilla de él. La inclinación de su mirada.

—¿Euclides Largo?

—¿Sí?

Ella nota enseguida que se ha convertido en uno de esos hombres a quienes les encanta ser reconocidos. La piel se le ha aclarado, como si hubiera abandonado ya el aire libre, como si hubiera bajado el telón de su otra vida. Él enarca una ceja, le alarga una mano política. Ella no se la coge, sino que agarra la rebeca. Sin ningún lenguaje. ¿Bendecirlo ahora, perdonarlo, dejar que siga su camino?

—¿Está usted en el instituto?

—Sí.

—Lo vi a usted por televisión, en español. En Nueva York.

—Qué ciudad tan maravillosa.

Él se fija en la puerta unos instantes, mira al exterior, pero después se vuelve:

—¿Y usted quién es?

—Sólo... una observadora interesada.

Él se echa hacia atrás como si quisiera enfocar la vista en ella.

—¿Periodista?

—Soy demasiado mayor para que me interese el periodismo. Únicamente observo desde lejos, señor Largo.

—Pero ¿también habla español?

—Un poco nada más.

Él quita la tapa de celofán de la bebida, le da unos golpes a la parte inferior del envase con la parte inferior de la palma de la mano. Ella advierte que no lleva ningún anillo. Entonces no se ha casado, ni ha tenido hijos.

Un tirón le produce calambres en el pecho cuando él se lleva el café a la boca. Beverly emite un sonido quedo: algo atrapado, oculto. Él hace el gesto de ir a marcharse, pero ella se inclina en el taburete. ¿Debo conceder el perdón directamente, Señor? ¿Debo reconciliarme con el mal? ¿Es esto lo que se me pide? ¿Es esto lo que me exigés al cabo de tantos años? *Apokatastasis panton*. La restauración de todas las cosas. Entonces, ¿en qué voy a restaurarme? ¿No existe ninguna moraleja? ¿Es eso lo que debo aprender? ¿Que al final no hay ninguna?

Advierte que fuera ha empezado a llover, un golpeteo constante en el escaparate.

Beverly habla lentamente, las palabras asoman, pequeñas piedras de sonido:

—Por televisión dijo usted que estaban trabajando en el borrador de un tratado, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Se han alineado ustedes con los mineros?

—Y sus familias, *sí*. Nos cuesta, pero estamos logrando avanzar, poco a poco. Difundiremos un comunicado...

—*Poco a poco...*

—Me ha comentado usted que sabía español, ¿verdad?

—No lo he llegado a olvidar del todo. ¿Y tu inglés? Ahora es bueno.

—¿Disculpe?

—Que ahora hablas bien inglés, Carlos.

Beverly se pone en pie. Le saca una cabeza entera. Sigue sin alargarle la mano.

—¿Cómo?

—Que lo hablas bien, Carlos. El inglés.

—Euclides —dice él—. Largo.

—Hermana Beverly Clarke —contesta ella.

Él vuelve la cabeza hacia un coche que lo espera en la calle; del tubo de escape escapa un pequeño abanico de humo y la lluvia rebota en el techo. Dos chicos entran en la tienda; cuando se quitan la capucha, ella piensa que uno de ellos se parece muchísimo al niño que tocaba el piano en la estación Victoria.

—Te has convertido en un hombre de paz, Carlos.

—No sé..., disculpe..., creo que igual me confunde...

—No creo.

—Perdóneme. Me espera un coche.

Y a ella le sorprende lo ordinario y lo extraordinario, a la vez, de ese momento, la cafetería, la lluvia, una callejuela londinense, su violador, ya hace treinta y siete años, el sonido de un piano lejano, una paloma que aletea en una estación de tren, su hermano, los libros en el suelo, una colisión, el viejo río de Galway en el que tomó la decisión de hacerse monja, tan joven en esa época, la manera que tenía la luz de iluminar incluso la parte inferior del puente, al rebotar en el cobrizo río Owenriff.

—No he venido a hacerte daño, Carlos. Tienes cosas más importantes que hacer. No he venido a estropear lo que estás llevando a cabo.

—¿Cómo decía usted que se llamaba?

—Hermana Beverly Clarke.

—Bueno, hermana Beverly Clarke, encantado de conocerla, aunque creo que me ha confundido...

—Pero me gustaría saber cómo lo has conseguido.

—Me temo que pierde usted el tiempo.

—¿Dónde la encontraste, Carlos? ¿Esa gracia?

—*Encantado*. Suéltame. Mi chaqueta. La está agarrando usted.

A Beverly le sorprende notar el tirón en los dedos, es cierto, lo ha acercado a ella, le nota un ligero olor a café en el aliento, también le sorprende haber salvado el espacio entre ambos, haberlo pillado tan desprevenido.

Lo suelta, oye el agudo sonido metálico de la caja registradora y a alguien que rebusca dinero, una carcajada de uno de los chicos cuando éstos salen a la calle.

—¿Me reconoces?

—*Por supuesto no le...*

Ella se roza el botón superior de la blusa, lo desabrocha. Él se echa hacia atrás, trata de adoptar un gesto tranquilo.

—¿Estás seguro, Carlos?

—*No me llame Carlos.*

—Me interesa lo que esto significa para ti, ahora que te reúnes ahí a hablar de paz.

Un segundo botón, el collar en sus dedos. El tendero no se ha movido, las manos oscuras se extienden anchas en la barra.

—Estaré encantado de hablar con usted en mi despacho, señorita...

—Hermana Beverly.

—Podría concertar usted cita con mi secretaria.

—Estás llevando a cabo una buena labor, Carlos.

—Déjelo ya.

—No voy a perjudicar tu trabajo.

Él se inclina hacia ella:

—*No sé quién diablos eres.*

Ella se desabrocha el tercer botón de la blusa; al tocársela, nota la piel fría. Él se da la vuelta, presa del pánico, hacia el tendero, y después vuelve a fijarse en Beverly.

—*No puedes hacer esto.*

—Ya ha cicatrizado, ¿no ves?

—*Suéltame.*

Ni un atisbo de vergüenza. Ni de pena. A Beverly le asombra la banalidad de la situación, lo desnudo y lo ordinario que le resulta aquello, tener en la mano esa pequeña ruina que es su pecho.

—¿*Qué quieres conmigo?*

—Nada.

—Dime lo que quieres.

—Nada, Carlos. Nada. Únicamente que sepas que estoy, que existo, sólo eso.

Él va retrocediendo, aterrado, hacia la puerta. Una leve cojera al salir. Trata de coger el pomo. La puerta se mece lentamente y se cierra cuando sale.

Ella observa por la ventana cómo Carlos abre bruscamente la puerta trasera de un coche. Hay algo de aparición en ese momento: un hombre inmune a sí mismo. A ella le parece verlo entrar en el arcón de su soledad. Da un portazo. El cristal tintado de la ventanilla baja.

Ella empieza a abrocharse la blusa de nuevo.

Desde el asiento de atrás, Carlos mira afuera. Hace un ademán con la mano abierta y el vehículo comienza a avanzar mientras el hilito de humo del tubo de escape se deshace en el aire.

Al cabo de cinco metros, el coche se detiene y la portezuela se abre. La chaqueta del traje de Carlos se mece al viento. Él se dirige a la acera con las manos por encima de la cabeza, como si pudiera detener la lluvia.

Vuelve a tintinear la campanilla de la tienda. Tiene el empuje de los zapatos mojado, le gotea. Se queda donde está, con la cara roja y las venas del cuello relucientes. Hay algo cambiante y bullicioso en su mirada.

Alza la vista, se fija en el techo y le da la espalda a la cámara. Ah, entonces no quiere que lo vean. ¿Cuántos años ha estado transitando ese páramo?

Carlos se echa hacia delante con un destello en la frente, si de sudor o de lluvia, ella no sabría decirlo. Durante un instante se queda inmóvil y cerca de ella, lanzándole un intenso aliento al oído.

—*Putá* —susurra.

La palabra se vuelve inmediatamente dócil e inútil, se roza contra Beverly, se deshace, se desploma, incluso su caída tiene cierta elegancia.

Beverly da media vuelta, se dirige a la barra con el té y el periódico. No se adivinan nervios en sus dedos. No le tiemblan las manos. Se cierra el último botón de la blusa.

Ya sabe, ahora, en qué tipo de hombre se ha convertido Carlos. No hay paz en él. No le ha dado un gran giro a su vida. Ha sacado brillo a todas sus mentiras.

Ahora ella podría hacer cualquier cosa: organizar una conferencia, desenmascararlo en todos los periódicos, dirigirle una severa reprimenda, contárselo a todo el mundo, ejecutar venganza por una cuestión de justicia. Pero sabe que lo que hará será quedarse en la barra, tomarse el té despacio, dejar que pasen los minutos, doblar el diario, levantarse, irse de la tienda, pasear junto al Támesis, volver al piso de su hermano, sentarse con él, hablar, dejar que la noche se vaya desvaneciendo, y después se dará un baño caliente, se levantará, se secará con la toalla, se mirará en el espejo, apartará la mirada, se vestirá, dormirá en el sofá y no en la cama, escuchará los golpes de la noche en el cristal de la ventana, luego se despertará, volverá a Houston, un largo vuelo al otro lado del Atlántico, un regreso, escaleras arriba, esas jóvenes, ese pequeño horno de amor y muerte.

Hay un silencio a su espalda; después le llega el sonido de la puerta al cerrarse, luego el de un coche, un motor, y Carlos desaparece.

Beverly pasa el dedo por el borde del platito, dobla el periódico, alisa los pliegues, se acerca a la caja registradora. Filas de cigarrillos, boletos de lotería, golosinas. Empuja el periódico doblado por la barra. Se lo va a dejar al tendero para que lo pueda vender de nuevo, por qué no: ella ya no lo quiere para nada.

Vuelve al taburete, se anuda el pañuelo, se cuelga el abrigo de los brazos.

El tendero sigue inmóvil, con las manos extendidas. Ella advierte que hay un ejemplar del Corán cerca de la caja registradora, manoseado, leído. Detrás de él, en un televisor en blanco y negro, Beverly ve la puerta de entrada del establecimiento, los pasillos de comida, una monedita de calvicie en la coronilla del hombre.

Tiene aspecto de ser propenso a las cicatrices y los moratones. Se le ve una marca oscura en el centro de la frente. Un cardenal causado por la oración. Beverly nota un escalofrío. Ha entrado en su mundo, ha sido impúdica.

—Perdone, señor.

—Diga, señora.

—Lo siento.

—No he visto nada, señora. Se lo aseguro. Nada de nada.

La rapidez de la mentira hace que el hombre le caiga bien; dirige la mirada a la cámara del techo.

—¿Y las cintas?

—¿Sí?

—Imagino que no me las podrá dar, ¿no?

—¿Disculpe?

—No me gustaría que nadie las viera.

Da la impresión de que él sopesa la cuestión unos instantes, la valora. Extiende la mano, da unos golpecitos al periódico de la barra, le dirige un gesto de una intensa cordialidad.

—Me temo que no. Las imágenes quedan grabadas en el disco duro. No hay cintas. No se las puedo dar.

Se lleva la mano al pecho, donde, en el bolsillo de la camisa, lleva una fila de bolígrafos.

—Pero le prometo que nadie las verá.

Beverly se cubre los hombros con la rebeca, se pone el abrigo, se distingue brevemente en las pantallas cúbicas, dos o tres versiones de sí misma, de pie en la tienda, desde delante, desde detrás, atrapada en el coro de la luz y la oscuridad.

Atraviesa el local, se detiene un momento, mira de refilón el reflejo del tendero en el escaparate. En la caja registradora, el parpadeo de la luz roja de la cámara en lo alto es inmutable, casi sagrado.

—Gracias —dice ella sin darse la vuelta.

Advierte que ha sellado un pacto de fe con un hombre de quien no conoce ni el nombre.

Acerca la mano al pomo de la puerta, se sube el cuello del abrigo para protegerse del frío y sale a la calle, a la caída intensa y libre de la lluvia.

NOTA DEL AUTOR

Estos relatos quedaron casi terminados en 2014. Preceden y siguen al incidente que tuvo lugar en New Haven, Connecticut, el 27 de junio, cuando, debido a un puñetazo por la espalda, quedé inconsciente y acabé en el hospital después de tratar de ayudar a una mujer que también había sido víctima de una agresión por la calle.

Algunos de estos relatos los escribí antes de la agresión y otros los escribí después (el puñetazo de «Trece formas de mirar», por ejemplo, lo había ideado mucho antes del suceso, pero la identificación del agresor de Beverly en «Tratado» la escribí más tarde).

Tengo la impresión de que a veces escribimos nuestra vida por anticipado y otras no nos queda más que mirar atrás. A la postre, sin embargo, cada palabra que escribimos es autobiográfica, y más aún cuando rehuimos la autobiografía.

Por muchos momentos imaginados que tenga, la literatura sigue caminos inimaginables.

Estos relatos tienen su propia voz, pero quien quiera descubrir más sobre su origen o leer la Declaración de la Víctima que presenté tras la agresión puede visitar mi página web, colummccann.com.

Trece formas de mirar
Colum McCann

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Thirteen Ways of Looking*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Colum McCann, 2015

© de la traducción, Marta Alcaraz, 2017

Este libro se ha publicado con la colaboración de Literature Ireland



Las citas de Wallace Stevens están tomadas de: *Cuatro poemas*, trad. Tedi López Mills, Monterrey, UANL, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correctos, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-322-3302-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!





Colum McCann

Trece formas de mirar

